

China
Una potencia emergente en un mundo de interdependencia
(Informe para la Comisión Trilateral)

YOICHI FUNABASHI
MICHEL OKSENBURG
HEINRICH WEISS

INSTITUTO DE CUESTIONES INTERNACIONALES Y POLÍTICA EXTERIOR
ENSAYOS INCIPE N° 6
1994

Este informe es el resultado de un proyecto iniciado en 1991-1992 por un grupo de trabajo de la Comisión Trilateral sobre migraciones y refugiados, presidido por Roger Hormats e integrado, entre otros, por la redactora del mismo, Doris Meissner. Al igual que la versión original del informe, esta edición en español, realizada por el INCIPE, se publica bajo los auspicios de la Comisión Trilateral.

Los Ensayos Incipe no reflejan necesariamente los puntos de vista del Instituto de Cuestiones Internacionales y Política Exterior ni de sus patrocinadores.

Ensayos INCIPE N° 6

CHINA

UNA POTENCIA EMERGENTE EN UN MUNDO DE INTERDEPENDENCIA

Informe para la Comisión Trilateral

Yoichi Funabashi

Jefe de la oficina en Washington y ex corresponsal en Pequín
de *Asahi Shimbun*

Michel Oksenberg

Presidente del East-West Center de Honolulu; Ex miembro del
Consejo de Seguridad Nacional de Estados Unidos

Heinrich Weiss

Presidente del Consejo de Administración de SMS AG,
Düsseldorf; Presidente del Comité de China de la Comisión para
Asia de la Industria Alemana

Prólogo

Eduardo Serra Rexach
Presidente del INCIPE

Madrid, octubre de 1994

El Instituto de Cuestiones Internacionales y Política Exterior (INCIPE) es una fundación cultural privada sin finalidad de lucro reconocida por el Ministerio de Cultura. En 1994 ha recibido aportaciones económicas de las siguientes entidades: Argentaria, Banco Central Hispano, Fundación BBV, Instituto Nacional de Industria, Repsol y Telefónica. El INCIPE recibe además ayuda desinteresada de otras entidades públicas y privadas y personas individuales.

Edita el Instituto de Cuestiones Internacionales y Política Exterior
Almirante 30, 28004 Madrid. Teléfonos: 532 66 61 y 522 77 50.
Fax: 532 96 28

Maquetación y composición: microPrint Ibérica

Los Autores

YOICHI FUNABASHI es corresponsal diplomático y del AsahiShimbun, uno de los principales periódicos de Japón. Desde septiembre de 1993 ha estado al mando de la redacción del Asahi en Washington D.C.. Anteriormente, trabajó como corresponsal en Beijing. El Dr. Funabashi obtuvo la beca Nieman de la Universidad de Harvard en 1976-7, y la beca Ushiba en 1986, además de una beca del Institute for International Economics (Washington) en 1987. Ha escrito varios libros, como Theory of Economic Security (1978), Naibu -Inside China (1983), The U.S.-Japan Economic Entanglement: The Inside Story (1987) y Nihon Senryaku Sengen [Manifiesto Civil] (1991, editor y autor). Además de obtener el Premio Suntory de Humanidades en 1983, en 1985 fue galardonado con el Premio Vaughn-Ueda -considerado como el Premio Pulitzer de Japón- por su reportaje sobre las fricciones entre los Estados Unidos y Japón, en 1988 obtuvo el Premio Yoshino Sakuzo por su libro Managing the Dolar: From the Plaza to the Louvre y, en 1992, el Premio Ishibashi Tanzan por sus artículos "Japan and the New World Order", en Foreign Affairs, y "Japan and America: Global Partnership", en Foreign Policy.

MICHEL OKSENBERG es presidente del East-West Center de Honolulu, Hawai. Anteriormente fue catedrático de Ciencias Políticas y director del Centro de Estudios Chinos en la Universidad de Michigan. Sus enseñanzas y sus escritos se centran en los asuntos internos de China, la política exterior de China y las relaciones entre China y los Estados Unidos. Estudió en Swarthmore College (B.A., 1960) y en la Universidad de Columbia (Doctorado, 1969). Antes de incorporarse a la Universidad de Michigan en 1973, fue profesor auxiliar en la Universidad de Stanford (1966-8) y profesor auxiliar y adjunto en la Universidad de Columbia (1968-74). Entre 1977 y 1980 trabajó en el Consejo Nacional de Seguridad de los Estados Unidos, con dedicación especial a China y las naciones de Indochina. En 1987 se convirtió en asesor para China del despacho de abogados de Washington D.C., Akin, Gump, Strauss, Hauer and Feld. El Dr. Oksenberg colabora asiduamente en publicaciones como The China Quarterly (pertenece al consejo editorial), Problems of Communism, Asian Survey y Foreign Affairs. Sus últimos libros incluyen Policy Making in China: Leaders, Structure, and Processes (1980, coautor); China's Participation in the IMF, the World Bank and GATT: Toward a

Global Economic Order (1990, coautor); y Beijing Spring, 1989: Confrontation and Conflict (1990, coeditor).

HEINRICH WEISS es presidente del Consejo de Administración y accionista de SMS Aktiengesellschaft de Düsseldorf, la rama financiera de un grupo empresarial dedicado al diseño y la manufacturación de maquinaria y plantas de acero, aluminio y procesamiento de plásticos con actividades en todo el mundo (incluida China desde hace más de tres décadas). También es presidente del Comité de China de la Comisión para Asia de la Industria Alemana, en Colonia. Estudió Ingeniería Eléctrica en la Universidad de Munich, y empezó su carrera en 1971 como presidente, director general y accionista de Siemag Siegener Maschinenbau, en Hilchenbach. Tras la fusión de 1974 con la empresa competidora Schloemann AG, asumió su cargo actual de presidente del grupo SMS Schloemann-Siemag. También es director de varios bancos y empresas industriales. El Sr. Weiss fue presidente de la Federación de Industrias Alemanas (BDI) en 1991-92. También fue presidente del Consejo de Asesoría Económica del CDU entre 1983 y 1988.

El proceso Trilateral

El siguiente informe es responsabilidad conjunta de sus tres autores, con Yoichi Funabashi como autor principal. Aunque los autores son los únicos responsables del análisis y las conclusiones, han contado con la colaboración de muchas otras personas. Los autores quisieran expresar en especial su agradecimiento a Charles Morrison, director del programa internacional de economía y política del East-West Center de Honolulu, cuyos comentarios y sugerencias han sido de gran ayuda durante la elaboración del informe. Cada uno a su manera, los tres directores de la Comisión Trilateral - Tadashi Yamamoto, Charles Heck y Paul Révay- han contribuido de forma crucial a la preparación del informe. Los autores también quieren agradecer especialmente su ayuda a Louise Price, de la redacción del Asahi Shimbun en Washington, a Makito Noda, miembro de la Trilateral japonesa, y a Monika Lützow, directora del Comité de China en la Comisión para Asia de la Industria Alemana.

También agradecen especialmente el generoso apoyo financiero de la Henry Luce Foundation.

Este informe se empezó a concebir en 1992 y se empezó a elaborar en 1993. Yoichi Funabashi les entregó un primer borrador del informe a los otros dos autores en junio de 1993. El 1 de agosto, los autores se reunieron por primera vez en Honolulu, estando presentes Funabashi, Oksenberg, Yamamoto y Morrison. Weiss proporcionó datos escritos de la vertiente europea. En esta reunión se discutieron los principales pasos a seguir durante la elaboración del informe y se desarrolló un segundo borrador. El 26 de agosto, Funabashi discutió el proyecto en Tokio con expertos y miembros de la Trilateral japonesa. El 15 de octubre, durante la reunión de otoño del Grupo Europeo celebrada en Barcelona, Weiss discutió el proyecto con miembros de la Trilateral europea (y con algunos japoneses y norteamericanos presentes).

Los autores se reunieron por segunda vez el 10 de noviembre, en Nueva York. La discusión giró en torno a los esquemas trazados por Funabashi para la mayoría de los capítulos. Parte del día fue dedicado a cruzar impresiones con varios expertos chinos. En enero de 1994, Heinrich Weiss discutió el informe en Londres, París, Bruselas y Bonn durante sucesivas reuniones con miembros de la Trilateral y destacados funcionarios y expertos. El 17 y el 18 de febrero, Oksenberg y Funabashi se reunieron en Nueva York y Washington D.C. con

miembros, funcionarios y expertos de la Trilateral estadounidense y canadiense.

El 19 y el 20 de febrero, los autores se reunieron por tercera vez, en Washington D.C. Las discusiones se centraron en el primer borrador del informe, que había sido elaborado por Funabashi. El 20 de febrero se discutieron temas claves del informe con varios expertos chinos.

El segundo borrador del informe, terminado durante los últimos días de marzo, fue debatido durante la reunión anual de 1994 de la Comisión Trilateral, celebrada en Tokio entre el 9 y el 11 de abril. En la reunión anual también se celebró una sesión especial dirigida por tres expertos chinos. El 8 de abril, justo antes de la reunión anual, se discutió el borrador del informe con expertos japoneses. El tercer y último borrador del informe quedó preparado a finales de abril.

Las personas consultadas para la elaboración del informe colaboraron con carácter individual y no como representantes de ninguna institución a la que puedan pertenecer. Las siguientes personas fueron consultadas, o contribuyeron de alguna forma a la elaboración del informe:

Michel Albert, miembro del Consejo de Política Monetaria del Banco de Francia; ex Presidente de Assurances Générales de France; ex Alto Comisionado de la Agencia de Planificación de Francia.

Jacques Andrieu, director de Investigación (China) en el Centre National pour la Recherche Scientifique (CNRS).

Claude Aubert, director de Investigación en el Institut National pur la Recherche Agricole (INRA).

Georges Berthoin, Presidente Honorario Internacional del Movimiento Europeo, Presidente Europeo Honorario de la Comisión Trilateral, París.

John Beyer, Director del Grupo de Comercio Chino-Británico, Londres.

Claude Blanchemaison, Director para Asia, Ministerio de Asuntos Exteriores de Francia.

Jean Bonvin, Presidente del Centro de Desarrollo de la OCDE, París.

Pierre Callebaut, Presidente de Amylum, Bruselas; ex Presidente, Federación Belga de Industrias Agrarias y Alimentarias.

Hervé de Carmoy, Presidente de la Banque Industrielle Mobilière et Privée; ex Director General de la Société Générale de Belgique, Bruselas.

Joseph Caron, Director de la División de Relaciones con el Norte de Asia, Departamento de Asuntos Exteriores de Canadá.

Frédéric de Castro, Secretario del Grupo Francés, de la Comisión Trilateral; Director Financiero de Rexel, París.

Chen Quimao, Presidente del Consejo Consultivo Académico, Shanghai Institute for International Studies.

André Chieng, Presidente de Asiatique Européenne de Commerce, París.

Dominique Clavel, Vicepresidente Primero del Chase Manhattan Bank.

Alain Cotta, Catedrático de Economía y Gestión, Universidad de París.

Gerald L. Curtis, Catedrático de Ciencias Políticas, Instituto de Asia Oriental, Universidad de Columbia.

Dominik Declercq, "Bruselas".

Barón Guido Declercq, Presidente de Fidisco, Investvo and Benevent, Bruselas; Administrador General Honorario, Universidad de Kath, Leuven.

Jean Deflassieux, Presidente de la Banque des Echanges Internationaux; Presidente Honorario del Crédit Lyonnais, París.

Ding Jinping, Director Adjunto del Instituto de Economía Industrial, Academia China de Ciencias Sociales, Pequín.

Sir Alan Donald, ex Embajador británico en China.

Erin Endean, Director de Hills & Company; ex Director de Asuntos Chinos y Japoneses, Oficina del Representante de Comercio de los Estados Unidos.

Victor Falkenheim, Departamento de Ciencias Políticas, Universidad de Toronto.

Peter Ferdinand, Royal Institute for International Affairs, Londres; Universidad de Warwick.

Charles Freeman, Secretario Adjunto para Asuntos de Seguridad Regional, Departamento de Defensa de los Estados Unidos.

Orit Frenkel, Director Gerente de Comercio e Inversiones Internacionales, General Electric.

Kiichiro Fukasaku, Centro de Desarrollo de la OECD, París.

Shinji Fukukawa, Vicepresidente Ejecutivo, Kobe Steel Co.Ltd.

Jeffrey Garten, Vicesecretario de Comercio Internacional, Departamento de Comercio de los Estados Unidos.

John Gilbert, miembro del Parlamento Británico (laborista); ex Ministro del Tesoro, de Transportes y de Defensa; presidente, John Gilbert & Associates.

Francois Godement, Investigador Asociado (China/Asia), Institut Français de Relations Internationales (IFRI); Catedrático en el Instituto Nacional de Lenguas y Civilizaciones Orientales, París.

Barón Jacques Groothaert, Presidente Honorario del Consejo, Générale Banque, Bruselas; ex Embajador de Bélgica en China.

Conde de Harrowby, Presidente de The Private Bank, Londres.

Ruth Hayhoe, Ontario Institute for Studies on Education

Charles Heck, Director de Norteamérica, Comisión Trilateral.

Peter Howell, Director Comercial de Asia-Pacífico, Citibank.

Christopher Hum, Vicesecretario Adjunto para Asia Septentrional, Foreign and Commonwealth Office, Londres.

Sir Michael Jenkins, Director General de Kleinwort Benson Ltd., Londres.

Ji Guoxing, Director de Estudios de Asia y el Pacífico, Shanghai Institute for International Studies.

Jin Dexiang, Vicepresidente del China Institute of Contemporary International Relations, Pequín.

Alain Joly, Consejero y Director Gerente de L'Air Liquide, París.

Beryl Joncour-Chapuis, Vicepresidente de Alcatel CIT, París.

Karl Kaiser, Director del Instituto de Investigación de la Sociedad Alemana de Asuntos Exteriores, Bonn; Catedrático de Relaciones Internacionales, Universidad de Bonn.

Hiroshi Peter Kamura, Comisión Trilateral (Japón); Director Ejecutivo del Centro Japonés de Intercambio Internacional, EE.UU..

Ryosei Kokuburn, Catedrático de Política China, Universidad de Keio.

Michael Kramer, Corresponsal jefe de política, Time Magazine.

Horst Krenzler, Director General de Relaciones Exteriores, Comisiónn Europea, Bruselas.

Conde Otto Lambsdorff, miembro del Bundestag alemán; Presidente de la Internacional Liberal; Presidente Honorario del Partido Liberal Demócrata; ex ministro federal de Economía.

David Michael Lampton, Presidente del Comité Nacional para las Relaciones entre Estados Unidos y China, Nueva York.

Alan Lee Williams, Director del British Atlantic Council, Londres.

Pierre Lellouche, miembro de la Asamblea Nacional y portavoz de Defensa del RPR, París.

Li Luye, Director General del Centro Chino de Estudios Internacionales, Pequín; ex Embajador de China en las Naciones Unidas.

James Lilley, ex Embajador de los Estados Unidos en la República Popular de China.

Winston Lord, Secretario Adjunto para Asuntos de Asia Oriental y el Pacífico, Departamento de Estado de los Estados Unidos.

Monika Lützow, Directora del Comité de China, Comisión para Asia de la Industria Alemana, Colonia.

Jean-Louis Martin, Economista, Departamento de China y Asia, Banque Indosuez, París.

Gilles Martinet, Embajador de Francia; Presidente de la Asociación para la Comunidad Cultural Europea, París.

Conde Albrecht Matuschka, Presidente del Grupo Matuschka, Munich.

Hanns Maull, Catedrático de Relaciones Internacionales, Universidad de Trier.

Laure Mellerio, Secretario General del Comité Franco-Chino, París.

Charles Morrison, Director del Programa Internacional de Economía y Política, East-West Center, Honolulu

Masashi Nishihara, Director del Primer Departamento de Investigación, Instituto Nacional de Estudios de Defensa; Catedrático de Relaciones Internacionales, Academia Nacional de Defensa.

Makito Noda, Comisión Trilateral (Japón); Jefe de Programas, Centro Japonés de Comercio Internacional, Tokio.

Shijuro Ogata, Asesor de Yamaichi Securities, Co. Ltd.

Hisashi Owada, Embajador de Japón en las Naciones Unidas; ex Viceministro de Asuntos Exteriores.

Sir Michael Palliser, Vicepresidente de Samuel Montagu & Co.; ex Vicesecretario Permanente de Estado, Foreign and Commonwealth Office; Presidente del Comité de Comercio Chino-Británico.

Pan Zhenqiang, Director del Instituto de Estudios Estratégicos, Universidad de Defensa Nacional, Pequín.

G. Martín Prada, Oficina de China (DG1), Comisión Europea, Bruselas.

Louise Price, Asahi Shimbun, redacción de Washington.

Paul Révay, Director Europeo de la Comisión Trilateral.

Rozanne Ridway, Co-presidente del Consejo Atlántico; ex Secretario Adjunto para Asuntos Europeos y Canadienses, Secretaría de Estado de Estados Unidos.

Lord Rippon of Hexham, Presidente de Unichem and Dun & Bradstreet, Londres; ex ministro del Gabinete Británico.

David Rockefeller, fundador y Presidente Honorario de la Comisión Trilateral.

John Roper, Director del Instituto de Estudios de Seguridad, Unión Europea Occidental, París; ex miembro del Parlamento Británico.

Francois de Rose, Embajador de Francia; ex Representante Permanente en la OTAN.

Kiichi Saeki, Presidente Adjunto del Instituto Internacional para la Paz Mundial.

Gerald Segal, Instituto Internacional de Estudios Estratégicos, Londres; editor de The Pacific Review.

Masahide Shibusawa, Director del Seminario Oriente-Occidente, Tokio.

Peter Shore, miembro del Parlamento Británico (laborista).

Dan Snyder, Asesor del Presidente, East-West Center, Honolulu.

Paula Stern, miembro del Consejo de Gobierno del Instituto de Política Progresista, Washington; ex Presidenta de la Comisión de Comercio Internacional de Estados Unidos.

Nick Swales, Ayudante Ejecutivo, Grupo Canadiense de la Comisión Trilateral.

Sir Peter Tapsell, miembro del Parlamento Británico (conservador).

Jacques Thierry, Presidente del Consejo, Banque Bruxelles Lambert; Presidente del Consejo, Artois Piedboeuf Interbrew, Bruselas.

Ko-Yung-Tung, Presidente de Global Practice Group, O'Melveny & Myers, Nueva York.

Ernesto Vellano, Secretario del Grupo Italiano de la Comisión Trilateral; consultor internacional, Roma.

Francois de Villepin, Presidente del Comité Franco-Chino, París.

Ezra Vogel, Agencia Central de Inteligencia, Estados Unidos.

Angelika Volle, Secretario de Tesorería del Grupo Alemán, Comisión Trilateral; Editor Jefe de Europa Archiv, Bonn.

Mary Wadsworth-Darby, Director Ejecutivo de la Sociedad Chino-Americana.

Wan Guang, Director de Investigación y miembro de la Junta Ejecutiva, Centro Chino de Estudios Internacionales), Pequín; Catedrático, Departamento de Política Internacional, Universidad Popular de China.

Serge Weinberg, Presidente y Consejero Delegado de Rexel; Consejero y Director General del Grupo Pinault, París.

Norbert Wieczorek, miembro del Bundestag alemán y Portavoz de Asuntos Económicos Internacionales y Monetarios del Grupo Parlamentario del SPD.

Lord Wilson of Tillyorn, ex Gobernador de Hong Kong(1987-1992).

Peter Witte, Ayudante del Director de Norteamérica, Comisión Trilateral.

Otto Wolff von Amerongen, Presidente de la Comisión para Asia de la Industria Alemana; Presidente y Consejero Delegado de Otto Wolff Industrieberatung und Beteiligung, Colonia.

Xu Jian, investigador, Centro Chino de Estudios Internacionales, Pequín.

Tadashi Yamamoto, Director de Japón, Comisión Trilateral; Presidente, Centro Japonés de Intercambio Internacional.

Takaaki Yokota, Catedrático, Universidad de Chubu.

Yuan Ming, Director del Instituto de Relaciones Internacionales, Universidad de Pequín.

Bernhard Zepter, Gabinete del Presidente de la Comisión Europea(Asuntos Internacionales), Bruselas.

Zhan Shilang, Director General Ejecutivo del Centro Chino de Estudios Internacionales, Pequín; ex Embajador de China en Egipto y Turquía.

Zhou Xiaochuan, Vicepresidente Ejecutivo del Banco de China.

Indice

Prólogo

- I. Introducción: una nueva potencia emergente
- II. China desde una perspectiva histórica
- III. El contexto interior de la China continental
- IV. Hong Kong, Taiwán y la "Gran China"
- V. La economía china: aspectos mundiales y regionales
- VI. La seguridad nacional china
- VII. Problemas de índole mundial y el papel de China
- VIII. El buen y eficaz gobierno de China
- IX. Resumen de recomendaciones políticas

Prólogo

El Instituto de Cuestiones Internacionales y de Política Exterior (INCIPE) se complace en presentar en España el más reciente informe de la Comisión Trilateral, con el que son ya cuatro los informes de esta institución no gubernamental que publica el INCIPE. La colaboración editorial del INCIPE con la Comisión se remonta a la traducción al español, en 1989, del informe sobre las *Relaciones Este-Oeste*, elaborado por Valéry Giscard D'Estaing, Yasuhiro Nakasone y Henry Kissinger, que prologó en su versión española Miguel Herrero de Miñón, miembro a la vez de la Junta Rectora del INCIPE y del grupo español de la Trilateral. Posteriormente se han publicado *América Latina en la encrucijada*, de George Landau, Julio Feo y Akio Hosono, y *Los nuevos retos de las migraciones internacionales*, de Doris Meissner, Robert Hormats, Antonio Garrigues Walker y Shijuro Ogata. El presente informe, que como todos los de la Comisión Trilateral es el resultado de un exhaustivo proceso de investigación y consultas, fue encargado por la Comisión a Yoichi Funabashi, Michel Oksenberg y Heinrich Weiss, de cuya preparación y competencia da cumplida noticia la reseña curricular que antecede.

En este caso se trata de poner al alcance del lector español un informe sobre la que se perfila como la potencia emergente más importante de la comunidad internacional en las próximas décadas. Nuestro propósito es el de contribuir a superar el relativo desconocimiento de China en España en un momento en que el país más poblado del mundo comienza a ofrecer a posibles socios extranjeros oportunidades de alcance aún no vislumbrable. España no debe inhibirse de este nuevo terreno de su acción exterior, en el que es fácil desanimarse ante las distancias geográficas y culturales, o desistir ante la intransigencia de las autoridades chinas en materia de libertades políticas y derechos humanos, componente genuino de nuestra política exterior. Los intereses españoles merecen ser tenidos en cuenta tanto al menos como las legítimas aspiraciones del pueblo chino, las cuales, a la postre, podrían verse más favorecidas por una relación continuada en todos los campos que por una actitud condicionada enteramente por uno solo de esos campos.

Pero no es mi intención substituir o comentar siquiera el estimable informe que sigue con reflexiones menos autorizadas, por lo que una vez situado el texto y sus autores, me limitaré

en este prólogo a completarlo para el público español con una breve evaluación de la política de reformas y apertura exterior de la actual dirección china (que podría terminar por trastocar el vigente equilibrio de poderes en el mundo) y recordando al lector el estado de las relaciones de nuestro país con China.

La aparición de China como posible nueva gran potencia viene suscitando en tiempos recientes todo tipo de análisis que en sus conclusiones parecen remitir, a la postre, a la famosa frase de Napoleón Bonaparte: "Cuado China despierte, temblará el mundo". Es decir, parece preocupar sobre todo el impacto internacional del espectacular proceso de cambio en que China se halla envuelta desde finales de los años 70. En dicho sentido, el informe que aquí presentamos analiza de manera concisa los principales retos, interrogantes, e incluso contradicciones que el mundo en general, y los países de la Trilateral en particular, deberán afrontar ante la perspectiva de un país del enorme peso específico de China (por factores geodemográficos y económicos) como nueva gran potencia emergente.

Fijándonos como horizonte temporal el umbral del siglo XXI se puede apreciar cual ha sido y será el peso específico de China en la escena mundial. Así, en 1994 se prevé que la economía china habrá alcanzado una dimensión cuatro veces mayor que la de 1978. Al mismo ritmo de crecimiento, en el año 2002 la economía china será ocho veces mayor que en 1978. Con estas cifras globales, China habría imitado a Japón, Taiwán y Corea del Sur en el cuarto de siglo de crecimiento más rápido de éstos.

En términos macroeconómicos agregados, alrededor del año 2010 China tendrá la mayor economía del mundo, si mantiene el crecimiento medio anual que ha tenido en los últimos quince años (entre el 8 por ciento y el 10 por ciento). Si esto se cumple, supondría el mayor cambio histórico desde la Revolución Industrial: cerca de una quinta parte de la humanidad habría salido de la pobreza. Como señala el informe, el desarrollo de China está en estos momentos sacando a una buena parte de la humanidad de las filas de la pobreza. Siguiendo con este ejercicio de prospectiva económica, en el año 2020 China alcanzará un nivel de bienestar equivalente al de Taiwán hoy, y su economía será el 80 por ciento de las actuales combinadas de los países de la OCDE.

La cuestión que entonces se nos plantea es si podrá realmente China mantener de forma estable este ritmo de crecimiento, iniciado a partir de 1978 con la política de

reforma económica y apertura exterior del actual "hombre fuerte" de China, Deng Xiaoping. Nuestro informe analiza este interrogante principiando desde una perspectiva histórica para luego estudiar el contexto doméstico chino en la actualidad, el influjo de la llamada "gran China" (las etnias chinas dispersas por el sudeste asiático y, sobre todo, en Hong Kong, Taiwán y Singapur), las perspectivas de la economía china, sus preocupaciones de seguridad, el papel de China ante los nuevos retos globales medioambientales y, finalmente, las posibilidades de un continuado "buen gobierno" en la República Popular.

El impacto del alto ritmo de crecimiento chino en la escena internacional ofrece sobre todo a los países de la Trilateral las inmensas oportunidades que brinda un ejercicio de reestructuración global en un país de tan enormes dimensiones como China. Este ejercicio de reestructuración global se debe entender como el proceso que integra en el ámbito económico de las naciones industriales avanzadas occidentales a las poblaciones y economías de nuevos Estados emergentes que viran hacia el sistema de mercado. Este es el reto al que China se debe enfrentar, al igual que hoy lo hacen también los países surgidos de la post-Guerra Fría, y en especial la Federación Rusa.

A diferencia de la ex-URSS y los países de la Europa Central y Oriental, China comienza su proceso de reestructuración global a partir del final de la década de los 70. La llamada política de reforma económica y apertura exterior de Deng Xiaoping se basa en una doble convicción: sin crecimiento económico la adhesión del pueblo chino al liderazgo del Partido Comunista se resquebrajaría, lo que es especialmente cierto en las nuevas generaciones ante las que el PCCh (Partido Comunista Chino) debe renovar su legitimidad; y, por otra parte, sin desarrollo económico China no podría convertirse en una gran potencia, pudiendo ver a largo plazo comprometida su seguridad nacional por su atraso económico y tecnológico.

Esta política de reforma y apertura emprendida por el liderazgo chino desde 1978 consiste en ir introduciendo paulatinamente mecanismos de mercado de corte capitalista en un sistema de planificación central de cariz comunista que va progresivamente siendo abandonado. Se avanza así de manera desigual en el tiempo hacia la paulatina liberalización, apertura y privatización de la economía china, sin que por ello el PCCh abandone su poder totalitario en el ámbito socio-político.

Sin embargo, a pesar de los excelentes resultados de importar mecanismos de mercado capitalista en China, no hay seguridad sobre el resultado final de la política de reforma y apertura en cuanto a sus repercusiones sociales y políticas. Está por ver si el sistema socio-político permanecerá o no inalterable a medio o largo plazo: ¿Será el liderazgo chino capaz de armonizar el liberalismo económico imperante con el monopolio de poder del PCCh? ¿Qué transformaciones se operarán en el propio PCCh si bajo su dirección y utilizando mecanismos de mercado China logra desarrollarse? Estos interrogantes sólo pueden ser contestados por el paso del tiempo.

Lo que sí es evidente es que hasta el momento la política liberalizadora de reforma y apertura económicas ha tenido enorme éxito en China y ha permitido mantener durante más de 15 años un ritmo de crecimiento espectacular. Las razones a favor de este éxito se pueden sintetizar en los siguientes factores:

? Su inicial éxito en el campo, donde hoy vive todavía el 80 por ciento de la población china (de los actuales 1.200 millones de habitantes).

? El convencimiento de la inmensa mayoría del país de que los ensayos ultrarrevolucionarios de la todavía reciente Revolución Cultural (1967-76) constituyeron una sangría para las jóvenes generaciones de entonces y un camino equivocado para el país.

? Existe una mayoría de partidarios de la reforma entre las generaciones jóvenes deseosas de mejorar su nivel de vida y ante las cuales el PCCh debe relegitimizarse, garantizando un crecimiento sostenido de aquél.

? El ejemplo de los países de etnia china en la región Asia-Pacífico que han alcanzado un alto nivel de desarrollo económico en pocas décadas (Taiwán, Hong Kong y Singapur) y de otros países de ética confuciana (como Corea del Sur y Japón).

? El chino, por razones culturales, es un ser capacitado para el comercio y el capitalismo, como demuestra el rápido éxito y enriquecimiento de los chinos de ultramar en el sudeste de Asia y otros países.

A pesar de todas estas razones, el experimento de implantar mecanismos de mercado capitalistas en un sistema de corte comunista es muy delicado y no hay seguridades sobre el resultado final, como señalábamos. En los designios de liderazgo chino actual no se pretende sustituir el socialismo por el capitalismo sino, en todo caso, lograr un sistema híbrido que, sin embargo, no escape del monopolio de poder del PCCh. Así, el régimen chino, desde la puesta en práctica de la política de reforma y apertura de Deng Xiaoping, ha emprendido ya tres campañas de rectificación política para garantizar su predominio político: en 1983, la llamada campaña "contra la corrupción espiritual"; en 1987 con la campaña "contra la liberación burguesa"; y el momento de mayor peligro, en Tiananmen en 1989. En todas estas ocasiones el PCCh consideraba que se escapaba de sus manos el control de la situación política y su monopolio del poder, objetivo irrenunciable. Para los líderes chinos, en todos esos momentos se hacía realidad la famosa frase de Deng: "si se abre la ventana, con el aire fresco inevitablemente también entrarán moscas".

Puede decirse que el hecho principal de la evolución de China en los cinco años transcurridos desde Tiananmen, en junio de 1989, es que la política de reforma y apertura de Deng Xiaoping no ha sido desmantelada, es decir, no hubo involución pese a las presiones en el liderazgo chino de los elementos más conservadores. Es cierto que la reforma fue congelada prácticamente hasta el 92, pero desde entonces Deng consigue relanzarla. Así, los grandes logros de Deng siguieron vigentes: sistema de responsabilidad familiar en la agricultura, que desmantela las comunas maoístas y de hecho privatiza el campo; sistema de responsabilidad en la gestión de los directivos de empresas estatales; sistema de autonomía financiera para las provincias y municipios; sector privado creciente en cooperativas, empresas rurales y, sobre todo, empresas de "joint venture" con capital extranjero; "zonas económicas especiales" en las regiones costeras prácticamente capitalistas; apertura exterior al comercio y a la inversión directa; etc.

A todo este enorme entramado de cambios respondió entusiásticamente la inversión extranjera convirtiéndose hoy China en la nación que más inversiones extranjeras recibe (básicamente de las naciones de la Trilateral). En 1992 China recibió un cuarto del total invertido en los países en vías de desarrollo y ya en 1993 se invirtieron en China más de 20.000 millones de dólares, convirtiéndose así en el primer país beneficiario de inversiones extranjeras. Esta notabilísima confianza de la inversión extranjera es especialmente

destacable si se tiene en cuenta que hace tan sólo 15 años China era un mercado autárquico y cerrado al mundo occidental.

Todo este proceso de importantes transformaciones que China ha experimentado, consiguiendo cambiar sus estructuras económicas y logrando al mismo tiempo un alto crecimiento, no ha estado exento de tensiones sociales, como Tiananmen muy bien puso de relieve. Los acontecimientos de 1989 deben interpretarse como el estallido de las contradicciones políticas generadas por una década de reforma económica. Los sectores menos favorecidos materialmente por la reforma (estudiantes, funcionarios, obreros urbanos de empresas estatales, etc.) pero alentados por un ambiente de mayor apertura protestaban contra los efectos secundarios del cambio económico acelerado: inflación, corrupción oficial, fácil enriquecimiento, escasa transparencia del sistema político, etc. Es significativo, sin embargo, que los 800 millones de campesinos y los 200 millones de habitantes de las ricas provincias costeras no se movieran durante Tiananmen. Eran los principales beneficiarios del cambio.

Sin embargo, el inmediato post-Tiananmen sí supuso para la política de reforma y apertura de Deng una seria amenaza de vuelta atrás por parte del ala conservadora del PCCh, ya que el hundimiento del comunismo en Europa Oriental y en la URSS escasos meses después produjo una aprensión aún mayor en dicho sector. Así, si Tiananmen estuvo a punto de provocar el cambio político del sistema, la reacción conservadora que indujo atentaba directamente contra la reforma de Deng. Contra ambos embates Deng consiguió mantener su política tras una breve congelación. Lo que es significativo señalar es que en realidad el éxito continuado de dicha política de reforma económica explica tanto el fracaso de Tiananmen (no tuvo efecto de arrastre en el resto de China, económicamente beneficiada por la reforma) como el fracaso posterior de los conservadores (la vuelta atrás perjudicaría a las clases favorecidas por la reforma y deslegitimaría al PCCh).

Como se ha señalado, debe tenerse en cuenta una peculiaridad muy importante de la política de reforma de Deng de tratar de conseguir el desarrollo económico sin cambio político. Y es que el objetivo de la modernización económica y social es apuntalar la legitimidad y monopolio de poder del PCCh. En la mente de Deng se trata de modernizar el socialismo pero no sustituirlo, logrando con el desarrollo económico el creciente apoyo de la ciudadanía y dotando de nueva legitimidad al viejo régimen comunista revolucionario nacido en 1949. Además, la dirección del PCCh es nacionalista en primer lugar; su viejo liderazgo vivió la humillación china a

manos extranjeras. Si se permite un creciente desfase económico de China con los países avanzados, llegará el punto en que China estará a la merced de éstos. Se trata, en suma, de una especie de "leninismo de mercado" de inspiración nacionalista en último término.

Si con Tiananmen finalmente no se logró el desmantelamiento de la política de reforma, sí fue derrotada la posibilidad de una incipiente reforma política que hubiese permitido acomodar las lógicas tensiones sociales que todo proceso de desarrollo económico conlleva, al irse diversificando la sociedad y emergiendo grupos con intereses y aspiraciones a veces encontrados. Estos factores de pluralismo no encuentran hoy en China suficientes ámbitos de representación institucionalmente sancionados por el PCCh. Así, la derrota del anterior Secretario General del PCCh y supuesto delfín de Deng, Zhao Ziyang, no sólo impidió dar cabida a estas tensiones aperturistas plurales, sino que también bloqueó de manera preocupante la importante sucesión política de Deng (que hoy está cercano a los 90 años) dentro de un régimen político tan personalizado como el chino.

Efectivamente, los elementos conservadores en el poder en el inmediato post-Tiananmen responsabilizaron a Zhao Ziyang de promover "el liberalismo burgués". Zhao y su línea reformista avanzada ponían especial énfasis en la necesidad de acelerar el desarrollo económico, considerando las implicaciones políticas para el papel dirigente del PCCh como secundarias. En lo político Zhao llegó a aceptar durante los disturbios de la primavera del 89 una negociación con los estudiantes (que en principio sólo pedían libertad de expresión más reconocimiento de su sindicato democrático) por entender que una cierta medida de reforma política era imprescindible para llevar a cabo con éxito la reforma económica.

En el enfrentamiento con los elementos más reaccionarios del PCCh tras Tiananmen, el programa político de la línea de reformismo avanzado de Zhao Ziyang, presentado en el XIII Congreso del PCCh de octubre de 1987, fue también derrotado. Las propuestas de dicho programa hoy cobran en China especial importancia como posible proyecto de reforma política que permitiría dar expresión al creciente pluralismo que ha originado el desarrollo económico, debido al éxito de la política de reforma. Zhao pretendía dar un papel supervisor a la opinión pública en la vida social china, reforzar el papel legislativo de las Asambleas Populares a todos los niveles, permitir sindicatos profesionales independientes del PCCh, y separar las tareas y responsabilidades del Partido y del Gobierno, apartando a ambas de la dirección del importante

sector empresarial estatal. Si bien todas estas propuestas nunca fueron aceptadas por los elementos conservadores triunfantes en el post-Tiananmen, hoy una vuelta a este programa no debe darse por enterrada dadas las crecientes tensiones sociales que van emergiendo por el proceso de creciente liberalización económica en China. Es más así ante la perspectiva de sucesión de Deng, que podría ofrecer una oportunidad de vuelta del reformismo avanzado.

Es evidente que en los últimos años, sobre todo desde Tiananmen, las reformas económicas en China no han tenido paralelo en el campo político, que sigue monopolizado por el PCCh. Los intentos del XIII Congreso del PCCh quedaron aparcados, si no descartados, y los disturbios de 1989 convencieron a los dirigentes comunistas de la necesidad de mantener un control político estricto. En 1992, en el XIV y último Congreso del PCCh, primero tras Tiananmen y la caída del comunismo europeo, se volvió a insistir en la importancia de una estrecha interrelación entre Partido y Gobierno como garantía de la unidad y estabilidad del país.

Hoy parece haber unanimidad dentro del PCCh en cuanto al mantenimiento del monopolio sobre el poder político (los abogados de la apertura política como Zhao fueron purgados) y también sobre la necesidad de reformar la economía, evitándose así llegar a la situación de la ex-URSS. Donde sí parecen manifestarse tensiones en la cúpula dirigente es en lo relativo a la profundidad y rapidez con la que debe llevarse a cabo la reforma de Deng. Una facción conservadora sería partidaria de limitar la liberalización económica a lo mínimo imprescindible para continuar el crecimiento. Otra facción reformista pretendería la adaptación más rápida y completa posible a un modelo de economía de mercado. Hasta ahora Deng Xiaoping ha sido el fiel de la balanza y sus inclinaciones hacia un lado u otro han frenado o acelerado el ritmo de la reforma, según la coyuntura socio-política y económica del momento.

Sin embargo, es evidente que la figura política dominante de Deng dentro del PCCh puede estar tocando a su fin. En la actualidad, por su vejez, su salud se encuentra muy deteriorada y no existe sucesor designado ni tampoco personalidad suficientemente fuerte dentro de la cúpula del PCCh capaz de imponerse como líder único. La situación es especialmente arriesgada ya que no existe en el sistema político chino, por su alto grado de personalización, un sistema de transición política institucionalizado. Quizá lo más probable es que a la muerte de Deng se establezca una dirección colegiada de equilibrio probablemente inestable.

Sólo el Ejército de Liberación Popular es capaz de hacer sombra al PCCh y por ello es de esperar que juegue un papel de árbitro entre las diferentes facciones del Partido a la muerte de Deng.

Todo este complejísimo y sin duda apasionante proceso de cambio acelerado que vive China en la última década y media suscita evidentemente la necesidad de que los países occidentales sepan acertar a responder al mismo de forma que se alienten aquellos factores capaces de garantizar la continuación del cambio en China de forma estable, pacífica y no disgregadora. En dicho sentido, el informe que aquí presentamos pone de relieve muchas y valiosas recomendaciones que sin duda deben ser tenidas en cuenta por los Gobiernos occidentales en la formulación de una política realista hacia China. Quizá en este contexto sea de interés hacer ahora mención de cual ha sido la actitud de la política exterior española hacia China y de sus posibilidades.

El reconocimiento diplomático y el establecimiento de relaciones oficiales y Embajadores residentes con la República Popular China sólo se produce en 1973, aunque las relaciones con el gigante asiático han carecido realmente de suficiente contenido específico hasta bien entrados los años 80. En toda la amplia zona de Asia-Pacífico en general no ha faltado históricamente tradición de presencia española (recuérdense los navegantes españoles en el Pacífico, los jesuitas en China y el famoso Galeón de Manila que unía China, Filipinas y Méjico), pero el declive español como potencia europea tras 1898 deja a esta gran región, y a China también, fuera de nuestras coordenadas de política exterior.

Con el primer viaje de Estado de SS. MM. los Reyes a China en 1978 y el también primer viaje del Presidente del Gobierno, Felipe González, a la República Popular China en 1985, la potenciación de nuestras relaciones políticas con China comienza a articularse, sentándose las bases de una mayor presencia española en dicho país. Con ello se perseguía, evidentemente, aprovechar las oportunidades de comercio e inversión ofrecidas por el proceso de crecimiento y desarrollo que principia en la República Popular China la política de reforma económica y apertura al exterior de Deng Xiaoping desde finales de los 70.

España, con éstas primeras visitas, comenzaba a prestar una creciente atención al desarrollo de sus relaciones con China en particular, en una actitud que parece querer marcar el fin del descuido en que, por razones históricas de aislamiento e introversión políticas, se tenía a toda la región de Asia-Pacífico en general. La integración de España

en la Comunidad Europea a mediados de los 80 marca también el comienzo de un mayor interés de China por nuestro país. España, en todo caso, llegaba a China mucho más tarde que la mayoría de nuestros socios comunitarios, los principales de ellos antiguas potencias coloniales en el área de Asia-Pacífico.

Pese a este relativo retraso con el que España llegaba a China, era evidente que se abrían importantes oportunidades para nuestros intereses en dicho país. Sobre todo al confirmarse China como una nueva potencia emergente de enorme peso específico en la esfera internacional, abocada a un elevado nivel de desarrollo y crecimiento económicos como objetivo prioritario que persigue de forma persistente y pragmática su liderazgo político.

El carácter de esta presencia española en China ha de tener un componente económico básico, habida cuenta de la ausencia de contenciosos políticos bilaterales, y por las oportunidades que se ofrecen de mutuo provecho en todas las áreas de cooperación industrial y tecnológica. En este sentido, la Administración española ha dado ya algunos pasos para desempeñar una labor de concienciación, impulso y apoyo a la iniciativa privada española en sus distintos aspectos, difundiendo la imagen de España como democracia industrial avanzada en un país donde se nos conocía poco.

La forma elegida para impulsar las relaciones de España con China, y que ha resultado eficaz como modelo de potenciación de nuestra imagen, ha sido incentivar frecuentes contactos políticos a alto nivel de forma que se han ido superando el desconocimiento mutuo y sentándose las bases de una mayor atención española hacia China. Buen ejemplo de ello han sido los dos viajes del Presidente del Gobierno a Pekín (en 1985 y 1993), que ha viajado acompañado de un séquito ministerial empresarial destacado, así como la del Vicepresidente del Gobierno, Narcís Serra, quien en julio de 1994 visitó China con el Ministro de Comercio, Javier Gómez-Navarro, y un grupo de empresarios. Estas visitas han servido para sentar las bases de un seguimiento y profundización de la relación bilateral a todos los demás niveles (con posteriores visitas ministeriales y de presidentes autonómicos, misiones empresariales, giras culturales, etc.).

La importancia de los contactos políticos personales y a alto nivel parece primordial en un país como China en el que el sistema político está, como hemos señalado, muy personalizado. Además, la simbiosis entre poder político y poder económico está en China muy marcada (hemos caracterizado el sistema chino como un "leninismo de mercado"), por lo que

resulta de especial efectividad económica una densa relación política bilateral fluida y de alto nivel, tal y como la que España viene practicando con China.

Esta política española de profundización de relaciones con China se vio inevitablemente afectada por la crisis de Tiananmen. Las sanciones decididas entonces contra China por la Comunidad Europea a causa de la violenta represión en la Plaza fueron aprobadas precisamente en el Consejo Europeo de Madrid, en 1989. Desde estos sucesos, China ha vivido bajo el síndrome del aislamiento internacional. La superación de este aislamiento ha sido, pues, una prioridad absoluta desde entonces para la política exterior china. La normalización de sus relaciones con los países comunitarios, revisándose las sanciones de Madrid, sólo se produce en otoño de 1990. Hoy todavía permanecen en vigor unas pocas sanciones residuales (interrupción de las visitas de Jefes de Estado y prohibición de ventas de armamento y contactos militares a alto nivel).

Tras el relativo estancamiento post-Tiananmen, España fue el primer país en la Comunidad Europea que apostó por el relanzamiento de las relaciones con China. Así, la entrevista del entonces Ministro de Asuntos Exteriores, Francisco Fernández Ordoñez, con el Ministro chino Qian Qichen en Nueva York en el marco de la Asamblea General de Naciones Unidas en septiembre de 1990 fue la primera de un ministro comunitario con su homólogo chino tras 1989. Los resultados de esta flexibilidad política española con China han sido palpables. España se adelantó a otros países occidentales, reconociendo y agradeciendo China el apoyo brindado para la plena normalización de sus relaciones con los países comunitarios.

Este relanzamiento se confirma con la visita del Ministro de Asuntos Exteriores a Pekín en noviembre de 1990, también la primera de un Ministro de la Comunidad Europea a China tras Tiananmen, y la que hizo a Madrid en febrero de 1991 su colega Qian Qichen. Durante esta visita, realizada en el curso de su primera gira europea desde junio de 1989, Qian Qichen dió una conferencia en el INCIPE sobre la política exterior de su país. El intercambio de visitas oficiales a alto nivel ha proseguido después en uno y otro sentido. Así, han visitado España además del Primer Ministro Li Peng, en su gira europea de 1992, la primera tras Tiananmen, todos los actuales cuatro primeros Vice-Ministros chinos (Zhu Rongji, Qian Qichen, Zou Jiahua y Li Lanqing) aparte del Vicepresidente de la República, el pasado mes de septiembre de 1993. También por parte española han visitado recientemente China, además de los viajes oficiales del Presidente y del Vicepresidente del Gobierno, numerosas autoridades ministeriales y otras tales

como el Presidente del Congreso de los Diputados, el Presidente del Tribunal Supremo, el Presidente de la CEOE, etc.

El lector descubrirá que la política española descrita coincide con las recomendaciones que el informe de la Comisión Trilateral realiza acerca de la necesidad de mantener un diálogo continuado y a alto nivel político de los países occidentales con China. Del informe se desprende que una política de aislamiento de China sería contraria a los intereses occidentales. Se debe apostar decididamente por favorecer el proceso de evolución y reformas en China para instar paulatinamente a dicho país a integrarse en las estructuras multilaterales hoy vigentes en la escena internacional. Si las políticas de reforma económica y apertura exterior se mantienen, el país avanzará hacia un sistema de libre mercado que permitirá un proceso más aperturista y pacífico de cambio socio-político. Es así posible que se abran paso a medio o largo plazo los valores derrotados en Tiananmen.

Según las conclusiones del informe sería irreal intentar aislar a un gigante como China y, en la experta opinión de sus autores, sólo puede instársele a una creciente interrelación con el mundo occidental con paciencia, visión a largo plazo y diálogo franco y directo al más alto nivel político. Esta tesis es también la que finalmente parece haber triunfado en la importante relación chino-norteamericana, con la cuasi incondicional renovación de la Cláusula de Nación Más Favorecida decidida recientemente por el Presidente Clinton. Inclusive una mejoría fundamental de los derechos humanos en China sólo sería previsible, siguiendo el análisis comentado, como consecuencia de los importantes cambios económicos que continúan teniendo lugar en el país. Ello sugiere la necesidad de que continúe dicho proceso de reforma y apertura de China con el concurso y aliento de los países occidentales, y en ese contexto es en el que también parece que se enmarca la flexible y realista política española hacia China.

I. Introducción: una nueva potencia emergente

Durante el último siglo, la emergencia de nuevas potencias ha planteado grandes retos y oportunidades para el orden mundial establecido. Así, el desarrollo de los Estados Unidos, Alemania y Japón durante los últimos años del siglo XIX y los primeros del XX obligó a realizar un reajuste a gran escala del sistema internacional liderado por Gran Bretaña y Francia. Después de la Segunda Guerra Mundial, la emergencia de la Unión Soviética desbarató los intentos de lograr un orden armonioso liderado por los Estados Unidos. La emergencia de Japón y la Comunidad Europea durante la posguerra provocó una gran tensión en el orden monetario y comercial internacional (y, entre otras cosas, contribuyó a la creación de la Comisión Trilateral).

En la actualidad, el mundo -y especialmente los países de la Trilateral- asiste a la aparición de una nueva potencia en rápido ascenso: China. El desarrollo de China está impulsado por su sólido rendimiento económico. Aun partiendo desde una posición poco ventajosa y con una irregularidad considerable, su economía se ha estado desarrollando a un promedio anual del 7-8 por ciento durante casi cuarenta años; y en la última década este ritmo ha aumentado de forma drástica. El mejor modo de expresar el incremento del peso económico de China es mediante los tipos de cambio medidos en paridades de poder de compra, tales como los empleados por el Fondo Monetario Internacional (FMI) para su *World Economic Outlook*.¹ Basándose en el baremo tradicional de los tipos de cambio, la cuota de participación de la economía china en la economía mundial casi no cambió entre 1970 y 1990, rondando alrededor del 2 por ciento (en 1990, Canadá, la menor de las economías del G-7, estaba en un 2,58 por ciento según esta escala). Tomando como referencia una medida basada en las paridades de poder de compra, el peso de la economía china ascendió desde algo menos del 3 por ciento en 1970 a más del 6 por ciento en 1990; no muy por debajo de Japón, con el 7,63 por ciento, y muy por encima de todas las demás economías del G-7 menos la de los Estados Unidos. Mientras que la mayoría de los 1.200 millones de habitantes de China aún pertenecen al tercio o la mitad inferior de la población mundial en términos de renta y consumo per cápita, la República Popular de China está alcanzando puestos de privilegio en muchos indicadores económicos agregados. China es uno de los diez mayores países

exportadores, y su consumo energético sólo es superado por el de los Estados Unidos.²

Para los países de la Trilateral, el desarrollo de China ofrece grandes oportunidades no sólo económicas, sino también en el ámbito de la política y la seguridad. Hace veinte años eran muchos los que creían que las tensiones entre el Norte y el Sur -la rivalidad entre los países desarrollados y los países en vías de desarrollo- serían la fuente principal de inestabilidad mundial durante el siglo XXI. Las mismas personas creían que las tensiones existentes entre el bloque soviético y los países de la Trilateral durante la Guerra Fría llegarían a superarse algún día (aunque muy pocos predijeron el colapso de la Unión Soviética). Creían que las tensiones Norte-Sur eran de carácter más profundo y duradero, y de más difícil solución. El desarrollo de China está sacando de la pobreza a una parte importante de la humanidad, empañando todavía más la distinción entre los países desarrollados y los países en vías de desarrollo. Los retos que plantea el desarrollo de China son más que bienvenidos en comparación con los problemas que se habrían planteado si China hubiese permanecido definitivamente entre las filas de los pobres y los subdesarrollados.

No obstante, tenemos que ser realistas si verdaderamente pretendemos comprender las oportunidades y los retos inherentes al desarrollo de China. Hay que tener especialmente en cuenta cuatro factores:

- En primer lugar, la trayectoria de China hasta la fecha sugiere que emergerá como una potencia completa. Es decir, que como los propios representantes de la administración china reconocen, los líderes de Pequín quieren que su nación sea rica y poderosa. Al contrario que la Unión Soviética, que tenía poderío militar sin fuerza económica, o que Japón, que es poderoso económicamente pero limitado militarmente, China probablemente emergerá como una "potencia completa" con poderío tanto económico como militar. Aunque el poder de China aumentará de forma paulatina, nadie debe dudar de la determinación de sus líderes por alcanzar -ya sea ahora o en el futuro- una voz propia, prominente y respetada a la hora de modelar tanto el destino del mundo como el de su zona geográfica de influencia, y por reunir el material bélico necesario para conferirle credibilidad a su voz.

- En segundo lugar, el ascenso de China coincide con la globalización de los procesos de manufacturación, la

transformación de las telecomunicaciones y la internacionalización de los mercados financieros. Existe la posibilidad de incorporar a China a un mundo interdependiente durante una fase relativamente temprana de su desarrollo, reforzando así su anclaje a un orden global estable. También es urgente involucrar a China en la toma de decisiones sobre una serie de cuestiones que amenazan el bienestar de toda la humanidad, como son el cambio climático de la tierra, la degradación del medioambiente, la pérdida de biodiversidad, la propagación de armas de destrucción masiva y el incremento sin precedentes de la población mundial. No se puede obtener una respuesta adecuada a estos problemas sin la cooperación activa de China.

· En tercer lugar, China desafía el concepto tradicional de potencia emergente. Hasta la fecha, las potencias emergentes siempre habían controlado sus fronteras, casi no tenían malestar social y contaban con un orden institucional establecido. Sin embargo, el desarrollo de China se está produciendo en condiciones de incertidumbre. El gobierno chino tiene que resolver multitud de cuestiones fundamentales de índole constitucional: el reparto de autoridad entre el centro y las provincias, el papel de civiles y militares, las medidas a establecer para lograr un proceso ordenado de sucesión y de transferencia de poderes entre los sucesivos mandatarios, el papel del Partido Comunista en el poder y la función de las asambleas y los parlamentos representativos. Además, y a pesar de ser reconocido por la mayoría de las naciones como el gobierno legítimo de China, la República Popular no es la única entidad política de etnia china. Tres entidades étnicas chinas - Taiwán, Hong Kong y la China continental- conforman un área económica cada vez más entrelazada. Otras áreas económicas de carácter transnacional están vinculando determinadas zonas de China con Tailandia y Birmania al suroeste, con las repúblicas de Asia central al noroeste, y con Rusia, ambas Coreas y Japón al noreste. Incluso a medida que la China continental aumenta su poder, su control sobre el flujo de bienes, ideas y personas a través de sus fronteras se debilita. Por todo ello, durante los próximos años China probablemente sea territorialmente amorfa, económicamente dinámica, culturalmente orgullosa, socialmente inestable y políticamente cambiante. Estas características nunca han coincidido en otras potencias emergentes, y

necesariamente requerirán un conjunto de soluciones novedosas.

· En cuarto lugar, la emergencia de China se está produciendo en un momento en el que las potencias establecidas dedican sus energías a problemas políticos y económicos de índole interna, y en el que sus líderes se muestran particularmente débiles. Además, cuando los países de la Trilateral le conceden prioridad a la política exterior, su atención se centra en otros lugares del mundo. China sólo recibe atención de forma esporádica, y los mensajes que recibe suelen ser contradictorios. El diálogo de alto nivel con los líderes chinos durante la década de 1970 -a través de figuras como Henry Kissinger, Zbigniew Brzezinski, Edward Heath, Franz-Josef Strauss y diversos japoneses- se interrumpió durante la década de 1980. Se han perdido oportunidades de conformar y compartir nuevas perspectivas sobre la naturaleza de la post-Guerra Fría, y de forjar en los dirigentes chinos el sentido de responsabilidad que debería acompañar a la condición de gran potencia. Como consecuencia, al no haber establecido previamente un marco conceptual común para mostrar a los chinos la razón por la que les interesa resolver problemas comunes, resulta necesario buscar su cooperación en asuntos puntuales de primera página, como la invasión iraquí de Kuwait, la adquisición de armas nucleares por parte de Corea del Norte o el trato dado a determinados disidentes. Por ello, las potencias establecidas se ven convertidas en demandantes de la potencia emergente, dándole una posición ventajosa a China cuando el proceso debería implicar una adaptación mutua.

Este informe traza unas directrices a seguir por los países de la Trilateral en sus relaciones con China. Ve el desarrollo de China más como una oportunidad que como una amenaza, y recomienda un amplio espectro de medidas económicas, estratégicas y políticas que facilitarían la incorporación de China a la comunidad internacional. Al mismo tiempo, recomienda que se mantengan unas expectativas realistas sobre China. Se han albergado esperanzas poco realistas sobre China con demasiada frecuencia, y cuando éstas no se han visto satisfechas se le ha echado la culpa a China por frustrar los sueños de otros. Después de todo, la china es una gran civilización con su propia historia y sus propias tradiciones. El camino que siga dependerá en gran medida de sus fuerzas internas y de las decisiones de sus líderes.

Mientras el resto del mundo pretende incorporar a China al orden global emergente, no hay que olvidar que sus líderes querrán configurar dicho orden de tal forma que sirva a sus propios intereses y les permita gobernar su país de acuerdo con sus propias ideas. Hará falta mucho tiempo para resolver este reto de forma satisfactoria, y el proceso, que llevará décadas e involucrará a varias generaciones, pasará por momentos de grandes avances y por momentos de retroceso. Se necesitan grandes dosis de paciencia y persistencia para lograr el objetivo.

Los intereses de los distintos países de la Trilateral respecto a China difieren entre sí, imposibilitando la búsqueda de una política plenamente coordinada. En su calidad de potencias lejanas, sin obligaciones derivadas de alianzas previas, las naciones continentales de Europa Occidental no tienen la responsabilidad de mantener un equilibrio de poder estable en la región. Gran Bretaña tiene obligaciones hacia Hong Kong, y en los Estados Unidos existe una legislación que regula sus relaciones con Taiwán. Las relaciones históricas de Japón con China son distintas a las de Europa y Norteamérica, y los Estados Unidos llevan mostrando desde hace mucho tiempo un interés misionero e ideológico hacia China que ni Japón ni Europa comparten.

A pesar de estas diferencias, sí existen una serie de intereses comunes. Estos pueden agruparse en distintas categorías, o "cestas": 1) los intereses estratégicos internacionales, donde los países de la Trilateral esperan que China coopere y se comporte de forma responsable en su calidad de miembro permanente del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, que se adhiera sin ambigüedades al *Tratado de No Proliferación Nuclear y al *Régimen de Control de Tecnología de Misiles, que mantenga una política de venta de armas convencionales que no altere los distintos equilibrios regionales y que acepte los límites establecidos para las pruebas nucleares; 2) los intereses de seguridad regional, como el apoyo de China para mantener la estabilidad en la península de Corea y en Indochina, y la resolución de las pretensiones territoriales enfrentadas que existen en los mares de China Oriental y de China Meridional; 3) el interés por lograr que Pequín respete los acuerdos alcanzados con el Reino Unido respecto al gobierno de Hong Kong a partir de 1997, y por lograr que los habitantes de Taiwán puedan continuar disfrutando de tranquilidad y prosperidad bajo un gobierno cada vez más democrático; 4) de acuerdo con la Declaración Universal de Derechos del Hombre, el interés por que el gobierno chino garantice el respeto de los derechos fundamentales de sus ciudadanos, en el reconocimiento de que la no observancia de este principio por cualquier gobierno

influye negativamente sobre el bienestar de toda la humanidad; 5) el interés económico por contribuir a un crecimiento sostenible de China, por asegurarse el acceso a sus mercados y por lograr una incorporación ordenada y duradera de China a los mercados mundiales; y 6) el interés por obtener la cooperación china en la resolución de los problemas de interdependencia mencionados anteriormente (degradación del medio ambiente, migración de la población, etc.). Y para que China pueda responder a estos intereses, los países de la Trilateral tienen un objetivo aún más importante: el buen y eficaz gobierno de China, para el que es necesario un país unificado, en vías de modernización, estable y gobernado humanitariamente.

Así pues, no hay duda de que los países de la Trilateral tienen una importante cantidad de intereses en juego con China. Hay que resaltar que la mayoría de estos intereses coinciden con el interés de los líderes chinos por desarrollar su país en un clima de tranquilidad. No obstante, y a pesar de esta coincidencia de intereses, los países de la Trilateral pretenden influir sobre el comportamiento chino en una serie de cuestiones que van más allá de las que pueden tener importancia a corto plazo. Para ello es necesario tener claras las prioridades y trazar una estrategia que provoque las respuestas deseadas. Las prioridades que se recomiendan en este informe pertenecen a los ámbitos económico y de seguridad, y al de la asistencia para el desarrollo de instituciones que contribuyan al buen y eficaz gobierno de China. No obstante, cada una de las "cestas" tiene importancia, y los países de la Trilateral deben mantener lazos flexibles entre todas ellas. Es decir, que los progresos alcanzados en cada una de las cuestiones deberán revisarse con detenimiento en reuniones periódicas de alto nivel, y los líderes chinos tendrán que aceptar que el fracaso a la hora de avanzar en un ámbito frenará el progreso en los demás. Pero es necesario evitar una relación de dependencia demasiado férrea, por ejemplo exigiendo explícitamente el progreso en un determinado ámbito para poder avanzar en otro distinto.

Esta estrategia implica una aproximación a China desde posiciones de fuerza, conduciendo a China hacia la interdependencia económica, comprometiéndola en la economía mundial y en los acuerdos multilaterales de seguridad, manteniendo frecuentes y extensivas conversaciones de alto nivel con los líderes chinos, y reconociendo el importante papel que deben tener las organizaciones no gubernamentales (ONGs) y el sector privado a la hora de integrar a China en la comunidad internacional. Las posturas de fuerza incluyen un mayor despliegue de la presencia militar de Estados Unidos,

enérgicas alianzas con Japón y Corea, la continuidad de la prosperidad y la estabilidad de Taiwán y los países de la ASEAN (Association of South East Asian Nations) y su extensión a Vietnam, Laos, Camboya y Birmania, y el desarrollo de organizaciones y procesos regionales y subregionales con la participación de China.

Los siguientes ocho capítulos desarrollan las cuestiones mencionadas anteriormente:

Capítulo II: China desde una perspectiva histórica. Para entender la China de hoy y los retos que la esperan es necesario comprender su cultura y su historia. Es necesario entender el orgullo que la mayoría de los chinos sienten por su milenaria civilización y los temores como consecuencia de su reciente y traumático pasado bajo la dominación extranjera. Una mejor comprensión de la importancia de ambos factores en la mentalidad china puede ser de gran ayuda a la hora de guiar la política de la Trilateral.

Capítulo III: El contexto interior de la China continental. Para comprender su futuro resulta fundamental saber valorar la situación política, económica, militar, de la China actual. Determinar las certezas (como el hecho de que la reforma económica seguirá adelante) y las incertidumbres (como el resultado final de la transición del liderazgo) es un modo de sentar las bases para un análisis posterior de lo que China es ahora y lo que será en el futuro.

Capítulo IV: Hong Kong, Taiwán y la "Gran China". La división de China en tres partes -la China continental, Hong Kong y Taiwán- complica sobremanera los esfuerzos internacionales de integración. Algunos prevén la emergencia de una "Gran China", pero la utilidad de este concepto es limitada.

Capítulo V: La economía china: aspectos mundiales y regionales. Este capítulo profundizará en las cuestiones políticas asociadas al crecimiento económico de China y su incorporación a la economía internacional. A este respecto, los países de la Trilateral han de tomar decisiones sobre la política a seguir en diversas cuestiones: las exportaciones chinas, la estrategia china de importaciones, la transferencia de tecnologías a China, la inversión directa y el tratamiento de nación más favorecida otorgado por los Estados Unidos. También se estudiarán distintas formas de integrar a China en organizaciones regionales y mundiales como la APEC (Asia Pacific Economic Cooperation) o el GATT (General Agreement on Trade and Tariffs).

Capítulo VI: La seguridad nacional china. Este capítulo examina las repercusiones militares y de seguridad de la emergencia de China como una gran potencia. ¿Cuáles son las necesidades y las aspiraciones de China en el ámbito de la seguridad? ¿Cómo afectará al orden internacional la creciente importancia del papel de China como proveedor de armas? ¿Cómo podría influir positivamente China en la nueva configuración del orden regional e internacional del mundo? También se analizan las implicaciones políticas de una "asociación de seguridad" con China para los países de la Trilateral.

Capítulo VII: Problemas de índole mundial y el papel de China. En este capítulo se abordan, entre otros temas, cuestiones de salud y población, la degradación del medio ambiente y la no proliferación de armas.

Capítulo VIII: El buen y eficaz gobierno de China. Tras analizar como entienden los chinos la tarea de gobernar, este capítulo examina las implicaciones que el desarrollo económico y la traumática historia reciente de China pueden tener sobre su reforma política. ¿Cómo debería expresarse el interés de los países de la Trilateral por el buen y eficaz gobierno de China?

Capítulo IX: Resumen de recomendaciones políticas. Este último capítulo resumirá y agrupará nuestras recomendaciones a los países de la Trilateral.

II. China desde una perspectiva histórica

El pasado de China es una parte fundamental de su presente. Desde los campesinos de las apartadas aldeas rurales hasta los actuales gobernantes, que siguen viviendo con todo tipo de comodidades en el esplendor del Palacio Imperial de Pequín, todos los chinos se sienten fuertemente arraigados a su civilización milenaria. La mayoría de ellos conocen la historia de varias, o incluso de docenas de generaciones de sus familias. Están familiarizados con las batallas que se han librado alrededor de sus pueblos hace una generación o hace un milenio, y se saben las biografías de los mandatarios de anteriores dinastías que surgieron en sus condados. Aunque los lazos que unen a la gente común de China con el pasado de su nación se han atrofiado bajo el régimen comunista, la memoria histórica, tanto remota como reciente, ejerce una gran influencia sobre los líderes chinos y la mayoría del pueblo llano a la hora de abordar el gobierno de su país y sus relaciones con el resto del mundo.

La carga de la grandeza

Prolongar la civilización y la gloria alcanzada durante las dinastías Han, Tang, Ming y *Qing es algo que está presente en la mente de la mayoría de los chinos. China ha sido grande cuando ha estado unida y ha reinado el orden. Históricamente, la debilidad, causada por el mal gobierno nacional, trajo consigo la agresión extranjera, la guerra civil y las calamidades internas.

Desde tiempos inmemoriales, los líderes chinos han instruido a los intelectuales para que al escribir la historia no buscaran tanto la exactitud de los datos como la formulación de juicios morales y enseñanzas para el presente. Por ello, la historia china honra a aquellos que unificaron China y la hicieron rica y poderosa. Deshonra a aquellos que contribuyeron a su fragmentación, que socavaron su moral y facilitaron su conquista a manos de los extranjeros.

Esta historiografía conlleva una enorme carga para los dirigentes chinos. Tienen el deber de restaurar la grandeza de la nación, de velar por su unidad y evitar que sufra cualquier humillación. Saben que los futuros historiadores les juzgaran con este riguroso rasero.

Pero la historiografía también confunde a los propios chinos. Como apuntó el eminente sinólogo de Harvard, John

Fairbank, en la magistral historia que finalizó justo antes de su muerte, la conciencia china de su propio pasado tiene tanto de mito como de realidad en al menos cuatro aspectos.³

En primer lugar, el mundo exterior -especialmente la civilización india y tibetana a través del budismo, y las culturas centroasiáticas mediante las incursiones de turcos, mongoles y otras gentes del corazón de Asia- tuvo un tremendo impacto sobre la evolución de la civilización china. Por ello, y en contra de lo que mantiene el mito nacional, la cultura china no es sólo el resultado de una descendencia lineal desde las gentes han que se asentaron en la cuenca del río Amarillo y luego se extendieron por el resto del territorio. Es el resultado de la combinación entre la poderosa cultura han (y las numerosas civilizaciones indígenas absorbidas por los han a medida que se extendían por todo el territorio de China) y las civilizaciones extranjeras que invadieron China barriando al pueblo han.

En segundo lugar, el mito que ayudó a mantener el poder imperial se basaba en que los mandatarios del este asiático reconocían la superioridad moral del emperador y le rendían tributo mediante visitas rituales periódicas a la Ciudad Prohibida de Pequín.⁴ Según este mito, el dominio político del emperador y sus burócratas confería tranquilidad a esta parte de Asia. No obstante, algunos estudios recientes ponen en duda la exactitud de esta imagen. La deferencia mostrada por muchos mandatarios era más simbólica que real. Las relaciones entre las dinastías Ming (1368-1644) y *Qing (1644-1911) y Corea y Japón eran mucho más complejas de lo que supone el mito, y lo mismo ocurría con gran parte del sureste y el centro de Asia. La principal preocupación del emperador era la de evitar retos frontales al mito, ya que su objetivo primordial consistía en aprovechar la deferencia ritual exterior para afianzar su legitimidad en sus propios dominios. La mayoría de los gobernantes de la periferia estaban dispuestos a consentir al emperador mientras éste no interfiriese en sus asuntos internos y les brindara ayuda siempre que se enfrentaran a algún oponente de importancia. Cuando una nación se negaba a satisfacer las necesidades rituales del emperador, éste se mostraba dispuesto a negociar los intereses idiosincrásicos del demandante, como de hecho ocurrió con los rusos en el siglo XVII y los británicos en Nepal durante el siglo XVIII. Pero la historiografía china ha tendido a dejar convenientemente de lado las sutilezas del sistema tradicional y las limitaciones del poder imperial chino, de tal forma que, en el mundo actual, lo que se recuerda erróneamente tanto en China como en sus países vecinos es un orden tradicional dominado por China. Y los vecinos de China se preguntan si los futuros líderes chinos pretenderán recrear una versión moderna

de su percepción del pasado. En los momentos de gran esplendor nacional, los propios mandatarios de Pequín albergan sus propios sueños de grandeza sobre el papel de China. Estos sueños encuentran su expresión en algunos de los rituales incluidos durante las visitas oficiales a Pequín, y en la mezcla de arrogancia y benevolencia que China muestra hacia sus vecinos más débiles.

En tercer lugar, la historiografía tradicional retrata un Estado dominado y unificado por los burócratas mandarines, la nobleza terrateniente y los intelectuales al servicio del emperador. En gran medida, esta élite gobernante unificó el territorio a través de su compromiso con y por la propagación del confucianismo, la ideología del Estado. Supuestamente, el comercio y los mercaderes estaban subordinados a la burocracia y los mandarines. Los últimos estudios sobre China trazan una imagen mucho más compleja del orden político y social tradicional y de su evolución.⁵ Los mercaderes y los artesanos tenían más influencia política de la que les otorga el mito.

Y, en cuarto lugar, la imagen del orden mundial chino consistía en que la relación comercial con el mundo exterior se limitaba al comercio sancionado legalmente que tenía lugar en determinados puntos oficiales de la periferia, o al que se llevaba a cabo a través de embajadas de "bárbaros" que le rendían tributo al emperador. Algunos estudios recientes revelan la existencia de un número considerable de transacciones comerciales -a menudo tachadas de "piratería"- que tenían lugar, especialmente a lo largo de la costa, con la connivencia de las autoridades locales.

Al ser perpetuadas, estas cuatro distorsiones históricas -la exageración del dominio imperial en el orden asiático, el no reconocimiento de la influencia del mundo exterior, la denigración de la importancia del comercio y los mercaderes y la minimización de la actividad comercial y los negocios existentes a lo largo de la costa- resultaron cruciales a la hora de promover el gobierno imperial burocrático y asegurar la unidad de China. Pero esta percepción errónea del pasado también forma parte de la imagen que la Trilateral tiene de China. Y para entender realmente la situación actual, es necesario tomar conciencia de que se trata de una imagen errónea. Lo que no quiere decir que los mitos no tengan nada de realidad. Efectivamente, la civilización china goza de una extraordinaria continuidad desde el Neolítico hasta la actualidad. China no tuvo que enfrentarse a un rival exterior poderoso desde el siglo XV hasta la llegada de los británicos en el siglo XIX. La clase burocrática siempre disfrutó de prominencia frente a los mercaderes. Y el comercio exterior era limitado. Pero la apertura al mundo exterior, la capacidad para tratar con otros Estados independientes de igual a igual,

el hecho de dar rienda suelta a los talentos empresariales y la expansión del comercio internacional no resultan conceptos absolutamente ajenos a la experiencia china. Existen tradiciones locales, especialmente a lo largo de la costa china, que apoyan las directrices políticas de la era Deng.⁶

La experiencia china con los países de la Trilateral

La relación de China con los países de la Trilateral desde la década de 1840 hasta 1949 también fue extremadamente compleja.⁷ La mayoría de los chinos asocian a Occidente y a Japón con la agresión y la explotación. El período comprendido entre la Guerra del Opio y la instauración del régimen comunista se conoce como un siglo de humillación, y el objetivo inicial del Partido Comunista era en gran medida acabar con los privilegios extranjeros. Así, al fundar la República Popular el 1 de octubre de 1949, Mao Zedong proclamó que "el pueblo chino se ha puesto en pie. Nunca más será humillado".

Pero no todo lo que hicieron Occidente y Japón en China fue negativo y destructivo. No hay duda de que la invasión japonesa fue brutal, ni de que los chinos sufrieron todo tipo de humillaciones bajo el dominio occidental de los puertos francos. Pero tanto Occidente como Japón también dejaron algún legado positivo y algunos buenos recuerdos. En China, el sistema imperialista extranjero estimuló algunos aspectos (al tiempo que trastornaba otros) de la economía tradicional. La mayoría de las principales universidades y los principales hospitales de China fueron fundados por misioneros, fundaciones y gobiernos extranjeros. Los occidentales ayudaron a crear periódicos modernos y entrenaron a periodistas chinos para trabajar en ellos. Durante la primera mitad del siglo, Japón, Alemania, Francia, Gran Bretaña y los Estados Unidos se esforzaron por redactar distintos códigos legales civiles y criminales. Los bancos occidentales contribuyeron a crear los cimientos de un sistema bancario moderno. Muchos estudiantes chinos que estudiaron en Japón, Europa o Norteamérica contribuyeron al desarrollo de su país. Varias disciplinas académicas -desde la química y la economía hasta la sociología y la asistencia social- fueron impartidas en las universidades chinas por profesores autóctonos formados en el exterior. Y un amplio espectro de conceptos que no estaban bien desarrollados en el léxico filosófico chino -pragmatismo, derechos humanos, libertad, socialismo, individualismo- sirvieron de estímulo a los intelectuales chinos.

Por supuesto, todo ello trastornó el sistema tradicional, que, de cualquier forma, ya estaba en decadencia y se enfrentaba a dificultades antes de la violenta aparición de

Occidente y Japón. Incluso aunque Occidente socavara el sistema tradicional, el mundo exterior también ofrecía soluciones competentes para los problemas de China: cristianismo, liberalismo, democracia, federalismo, fascismo, comunismo. Y educó a muchos chinos que comprendieron y aceptaron algunos de estos conceptos, hasta entonces desconocidos, y los integraron junto a sus propias creencias autóctonas. Como resultado de este complejo encuentro con el mundo exterior surgieron las cuatro cuestiones fundamentales con las que se han tenido que enfrentar los líderes e intelectuales chinos en su búsqueda de un camino hacia la modernidad: ¿Qué hay que tomar de Occidente si se quiere aceptar el reto que plantea? ¿Qué aspectos del pasado chino han de conservarse para preservar la esencia de la civilización china? ¿Qué aspectos de Occidente hay que rechazar para que no erosionen la esencia de China? ¿Y de qué aspectos del pasado chino hay que deshacerse porque impedirían la modernización de China? El debate político chino gira en torno a estas cuatro cuestiones, y las distintas respuestas han definido el espectro político de China durante más de un siglo.

El legado del imperialismo extranjero en China resulta complejo. Aunque algunos chinos son profundamente antioccidentales y otros están llenos de admiración hacia Occidente, la mayoría se muestran profundamente ambivalentes. Por un lado, aún existe mucho rencor y desconfianza. Cualquier comportamiento que pueda parecer una afrenta para la dignidad china, que se inmiscuya en su soberanía o que amenace con la explotación es rechazado frontalmente. Pero, por otro lado, se aprecia lo que Occidente tiene que ofrecer, y no sólo en el ámbito científico o tecnológico; los chinos que han estado expuestos a Occidente sin sufrir humillaciones también aprecian su cultura y sus valores.

En resumen, los países de la Trilateral dejaron un doble legado en China. Occidente ayudó a crear un fuerte nacionalismo que puede llegar a ser irracional y peligroso si se alimenta con el provincialismo y la xenofobia de las zonas del interior. Pero Occidente también creó cierto internacionalismo, cierto deseo de formar parte de la comunidad mundial, de alcanzar niveles internacionales y contribuir de igual a igual al bienestar de la humanidad. Encabezados por los Estados Unidos, los países de la Trilateral ayudaron a fomentar la faceta antioccidental, provinciana y xenófoba de China durante las décadas de 1950 y 1960. Durante las décadas de 1970 y 1980, los países de la Trilateral trabajaron en aspectos más positivos, y contribuyeron a fomentar la sofisticada imagen internacional de China. El reto para los años 90 consiste en mantener este

esfuerzo en unas condiciones que probablemente resultarán aún más difíciles.

III. El contexto interior de China continental

Al valorar la situación actual de la China continental se deben tener en cuenta una serie de particularidades. China es una tierra de contrastes y paradojas. Es un país tan inmenso y variado que casi todo lo que se pueda decir de él es cierto, pero lo contrario también lo es. Además, la situación china nunca es tan buena como parece en los mejores momentos, ni tan mala como parece en los peores. Superficialmente, China parece estar cambiando constantemente, pero bajo esta apariencia se esconde un importante continuismo en las creencias, instituciones y costumbres.

Además, la incertidumbre es una condición permanente en la China moderna. Durante más de un siglo, se han producido repetidos acontecimientos imprevistos de gran magnitud que han tomado por sorpresa tanto a los propios chinos como al resto del mundo. El camino de China hacia el desarrollo ha sido tortuoso. Una serie de períodos de agitación y desorden -la rebelión de los boxers (1900), la era de los Señores de la Guerra (1912-27), el Gran Salto Adelante (1958-62), la Revolución Cultural (1966-70)- han creado la imagen popular en Occidente de una China ingobernable sumida en un caos permanente. Pero esa imagen puede desaparecer pronto con una China estable en pleno y rápido desarrollo, como la de las décadas de 1870 y 1990, los primeros años 30, los años 50 y los años 80. Cada época de estabilidad y crecimiento ha sido anunciada como el amanecer de una "nueva China", que a su vez evoca otra serie de imágenes populares: el despertar del dragón, el chino pragmático y trabajador o el mundo cayendo en manos de China durante el próximo siglo. En dichos momentos, los *pundits oportunistas de turno recuerdan prudentemente como Napoleón ya advirtió que el mundo se estremecería cuando China despertase. Pero ninguno de estos prometedores comienzos se ha hecho realidad.

Teniendo en cuenta estos precedentes, es necesario adoptar una perspectiva equilibrada y cuidadosa de China que tenga en cuenta tanto las constantes como las discontinuidades, tanto las certezas como las incertidumbres, y las razones tanto para el optimismo como para la cautela sobre el futuro de China.

Constantes

Las constantes más importantes surgen del legado cultural e histórico comentado anteriormente y del reto objetivo de gobernar China y buscar una estrategia de desarrollo económico que resulte congruente con su emplazamiento físico. Por su inmensa población y superficie, la estructuración política de China necesita de seis escalafones: centro, provincia, distrito especial o región metropolitana, condado, término municipal y población. Y para determinadas actividades es necesario añadir otras tres subdivisiones. Ningún otro país del mundo tiene tantos escalafones separando la cima y la base de la pirámide política. La distribución de las competencias entre estos seis niveles -quién es responsable de qué- es una de las tareas más arduas de gobierno. Una excesiva centralización provoca demasiada burocracia y la promulgación de normas que no resultan adecuadas para las distintas condiciones existentes en los distintos lugares. Una excesiva descentralización conlleva el riesgo de la fragmentación y de que un gobierno central debilitado no sea capaz de cumplir con sus responsabilidades fundamentales.

Además, la población tiene que poder alimentarse con el equivalente al 60 por ciento de la superficie cultivada de los Estados Unidos. Es decir, que China debe alimentar a una población cuatro veces mayor que la de los Estados Unidos empleando para la agricultura una superficie de terreno mucho menor que la que se emplea en los Estados Unidos. Por añadidura, China está perdiendo superficie cultivable como consecuencia de la industrialización, la urbanización y la desertización, y para conseguir ampliarla necesita realizar inversiones masivas de capital en inmensos proyectos de irrigación. En la actualidad, los granjeros chinos trabajan la práctica totalidad de la tierra que puede cultivarse.

Si se mide en base al rendimiento por hectárea, la agricultura china ya resulta altamente productiva. El uso extensivo de la irrigación, de cepas avanzadas de semillas y de fertilizantes químicos convierten a la agricultura china en una de las más productivas del mundo. Por ello, el aumento de la renta per cápita agraria sólo se puede garantizar reduciendo el número de agricultores, e incrementando consiguientemente la productividad per cápita. Ello requiere un giro masivo del mercado laboral en el que el trabajo agrario sea sustituido por el no agrario. Durante la década de 1980, más de cien millones de chinos emprendieron este cambio, y el número aumentará durante los años 90.

Discontinuidades

Aunque la inmensa población de China, su inadecuada cantidad de superficie cultivable y su diversidad geográfica no cesan

de plantearle retos a su gobierno, también en estas cuestiones se están experimentando cambios significativos. Sin duda, las décadas de 1980 y 1990 pueden verse como aquellas en las que cambiaron algunos de los rasgos fundamentales de China, de más de 3.000 años de antigüedad. En primer lugar, la economía china se ha basado en la agricultura desde tiempos inmemoriales. Y los campesinos eran básicamente autosuficientes. Pero eso está cambiando. Dentro de una o dos décadas, menos de la mitad de la población vivirá del campo, y la mayoría de los que aún trabajen la tierra estarán ligados a la economía de mercado. En otras palabras, la mayoría de la población vivirá en zonas urbanas y obtendrá sus ingresos de la industria, el comercio y los servicios.

En segundo lugar, la urbanización y la industrialización conllevan una estructura ocupacional más diferenciada y la aparición de nuevas profesiones y asociaciones profesionales.⁸ Las agrupaciones, formales o no, de especialistas, expertos y técnicos, tanto en el seno del Partido Comunista y el gobierno como fuera de él, están influyendo en el terreno político. Los orígenes de muchas de las profesiones se remontan a las décadas de 1920 y 1930, o incluso antes, pero la forma en la que pretenden influir sobre las decisiones políticas chinas no tiene precedentes ni en la cultura política china ni en su propia historia. Aunque se siguen practicando dentro de un sistema autoritario y están sujetas al control político, muchas profesiones muestran señales prometedoras de poder alcanzar una influencia política sin precedentes históricos.

En tercer lugar, históricamente, las economías locales y regionales eran prácticamente autosuficientes.⁹ China carecía de una economía nacional realmente integrada. Las infraestructuras de transportes y comunicaciones eran escasas. Eso también está cambiando. La televisión, el teléfono, los aviones y una intensidad inusitada de movimientos de población y de migraciones están provocando un nivel de integración e interdependencia nacional sin precedentes en la historia de China. Desde luego, todavía existen fuertes barreras locales, provinciales y regionales. Barreras de tipo étnico, lingüístico y burocrático separan unas localidades de otras, dando lugar a diferentes sentimientos de carácter local. Y las nacionalidades que residen en las regiones fronterizas de China -mongoles, tibetanos, uigures- empiezan a pedir una mayor autonomía. Pero, globalmente, los lazos entre la etnia han -aproximadamente el 90 por ciento de la población- se están estrechando en una sola economía nacional y cultura popular.

La cuarta ruptura con el pasado es la integración de China en la economía mundial.¹⁰ En la actualidad, más del 20 por ciento del producto nacional bruto de China corresponde al

sector del comercio exterior. Hace quince años, este índice estaba bastante por debajo del 10 por ciento. La rápida expansión del comercio exterior chino fue una de las causas principales del crecimiento de China durante la década de 1980 y, por ello, de su transición relativamente tranquila de una sociedad de carácter rural a una sociedad urbana.

Por último, la sociedad y la economía están provocando una presión sin precedentes sobre el medioambiente chino.¹¹ La contaminación atmosférica, la contaminación del agua, la contaminación del suelo provocada por la mala administración de los residuos tóxicos, la deforestación, la desertización, la contaminación de las aguas costeras y la lluvia ácida son problemas muy serios. Será necesario invertir decenas de miles de millones de dólares para reducir el ritmo de la deterioración y garantizar el abastecimiento necesario de agua para uso industrial, urbano y agrícola en China. Dada la inevitable dependencia china del carbón como fuente principal de energía, para mejorar la calidad del aire será necesario invertir miles de millones de dólares en tecnologías limpias de carbón. Y para reducir las emisiones tóxicas en un país en el que en la actualidad no se trata el 80 por ciento de los desechos industriales y los vertidos líquidos se tendrán que realizar inversiones por valor de otras tantas decenas de miles de millones de dólares. El medioambiente chino nunca ha estado sometido a una presión tan fuerte en su larga historia.

Las certezas

Como veremos más adelante, el futuro chino está lleno de incertidumbres. Pero algunas cosas sí son seguras. A pesar del enérgico -algunos lo llamarían draconiano- programa de planificación familiar, los 1.200 millones de habitantes de China seguirán aumentando a un promedio anual de 15 a 20 millones de personas durante el tiempo que somos capaces de predecir. Dada esta realidad demográfica y el anhelo del pueblo chino por obtener un mejor nivel de vida, los líderes chinos han de adoptar una estrategia de desarrollo que proporcione altos niveles de crecimiento económico y oportunidades de trabajo para aquellos que abandonan el sector rural. Este imperativo requiere que China prosiga su apertura al mundo exterior -para obtener tecnología, equipamientos, capital y mercados- y lleve a cabo las reformas económicas necesarias para incrementar su eficacia y su productividad. Las burocracias y los líderes nacionales, provinciales y locales han creado importantes intereses en las medidas políticas que se han tomado durante la última década. Cualquier intento por cambiar dicha dirección se toparía con

una gran resistencia y sólo tendría éxito a cambio de un precio muy alto.

Existe otra certeza: China experimentará una mayor agitación social durante la próxima década de la que ha tenido durante los últimos quince años. Tanto los líderes de China como los de los países de la Trilateral deben tener cuidado de no perder la cautela ni llegar a la conclusión de que el malestar social es una señal de fracaso gubernamental. Al contrario, las huelgas de trabajadores, los disturbios provocados por campesinos y las protestas estudiantiles serán una muestra de que el gobierno es menos represivo, de que el control gubernamental de la sociedad ha disminuido y de que el Estado ha reducido el alcance de los servicios sociales que pretendía proporcionar a los ciudadanos anteriormente: pleno empleo urbano, ropa y grano subvencionado, viviendas subvencionadas, etc. La reciente disminución del control de la migración interna también hará que decenas de millones de antiguos residentes rurales se trasladen a zonas urbanas, viviendo al margen de los anteriores mecanismos de control. Lo lógico es que China también experimente los momentos periódicos de malestar social que caracterizan a la mayoría de los países en vías de desarrollo. Las protestas y la disidencia no deben interpretarse sin más desde un contexto occidental, ni equipararse a los movimientos sociales de Occidente.¹² Tanto para los dirigentes de China como para el resto del mundo, el reto ante la aparición del desorden consistirá en no perder la sangre fría, en no caer en el error de pensar que la supervivencia del régimen está en riesgo, sino en valorar el desorden en su contexto chino y actuar consecuentemente. Por ello, los países de la Trilateral no deben pensar que todas las protestas son una señal del anhelo por la democracia y la emergencia de una sociedad civil, y los líderes chinos no deben creer que todos los disidentes pretenden derrocar al régimen. Pero no tenemos la certeza de que ni los líderes chinos ni los países de la Trilateral demuestren tanta sabiduría.

Las incertidumbres

Mientras que el giro hacia el exterior y la continuidad de las reformas económicas parecen irreversibles, gran parte del futuro de China resulta incierto y problemático. Tras desechar sus anteriores planes de sucesión, que se centraban en Hu Yaobang y Zhao Ziyang, Deng Xiaoping ha intentado durante sus últimos años trazar un plan ordenado de sucesión en torno a la figura del Secretario General del Partido y Presidente de la República Popular de China, Jiang Zemin, con el apoyo de un

liderazgo colectivo. Pero los procesos ordenados de sucesión han demostrado ser raros en los sistemas comunistas y en la historia de China. Hasta que Deng no esté fuera de la escena no sabremos cuál de los contendientes cumple los requisitos necesarios para convertirse en el líder preeminente de la nación: carácter implacable, ansias de poder, una visión apropiada para la situación actual de China, una red de contactos personales que le pueda proporcionar el apoyo del Partido, del ejército y de los gobiernos de Pequín y una serie de regiones claves del país. De hecho, hasta que no mueran Deng y los demás supervivientes de la generación de la Gran Marcha no se sabrá si las instituciones creadas por los revolucionarios son lo suficientemente fuertes como para sobrevivirles. La clave será la capacidad de los posibles sucesores para controlar las inevitables luchas internas de poder y para resistirse a la tentación de movilizar a los partidarios que tengan fuera del Politburó y del ápice del sistema.

También tienen que solucionarse algunas cuestiones fundamentales de tipo institucional. La adecuada distribución de autoridad entre Pequín y las provincias es un tema candente, al igual que las relaciones entre los sectores civiles y militares del sistema. El Ejército Rojo es un instrumento del Partido, no del gobierno, y de hecho rinde cuentas directamente al Politburó.¹³ Las cadenas civiles y militares de mando sólo se llegan a reunir en el ápice del sistema político. Los civiles no tienen ningún medio eficaz para controlar realmente a los militares; el ministerio de Defensa Nacional es una institución de papel. Durante la última década, el Ejército Rojo ha reconvertido multitud de industrias militares para fabricar bienes civiles, como neveras o motocicletas. También se ha incorporado al mercado mundial de armas, con el incentivo de que estas ventas le proporcionan divisas extranjeras. El papel del *Ejército Rojo (People's Liberation Army) en el proceso de sucesión y su futura relación con el sector civil son incógnitas ineludibles.

El papel del Partido Comunista también es incierto. ¿Seguirá justificando su monopolio sobre el poder, de acuerdo con la teoría marxista-leninista, como vanguardia de la revolución proletaria, aunque esta pretensión ya no tenga ningún peso tras la bancarrota de la ideología marxista-leninista y su propio abandono de la lucha de clases? Si así fuera, el Partido perdería toda su legitimidad. Pero, ¿qué otra teoría se puede proponer para justificar que el Partido siga al mando de la nación? ¿Qué papel se le puede asignar? ¿Puede convertirse en el defensor de los intereses de las nuevas élites: la clase media urbana, los profesionales, los

hombres de negocios, etc.? En otras palabras, ¿puede transformarse en un partido corporativista, incorporando a su seno a las élites naturales de los distintos sectores de la sociedad, e interpretando así un valioso papel integrador? ¿O puede sobrevivir arrastrándose como una maquinaria política cada vez más corrupta que proporciona puestos de trabajo y patronazgo?

Otra gran incertidumbre institucional consiste en saber si en China se pueden crear un banco central y un sistema fiscal centralizado que resulten eficaces. Nada resultaría más útil para proporcionar al gobierno central instrumentos eficaces que le permitan guiar la economía a través de las reformas monetarias y fiscales. No obstante, las autoridades centrales de China llevan más de una década intentando establecer sin éxito instrumentos eficaces de control monetario y fiscal. Las autoridades provinciales no están dispuestas a renunciar ni a la influencia que ejercen sobre los bancos locales, con las consiguientes ventajas a la hora de obtener créditos, ni a la retención de un porcentaje cada vez mayor de los ingresos del gobierno.

También están sin resolver la cuestión de la participación política y el papel de las asambleas o parlamentos representativos, (especialmente el de la Asamblea Nacional Popular) en el sistema chino. ¿Es posible darles un nuevo impulso a los parlamentos chinos y concederles competencias importantes en la toma de decisiones políticas? ¿Haría esto que el gobierno se mostrara más dispuesto a cumplir la voluntad popular, recuperándose así el apoyo al régimen? ¿Sería posible conseguir que la burocracia rindiera cuentas ante los parlamentos con el fin de controlar la corrupción y el abuso de poder?

Por último, y si es que adoptan alguna, ¿qué tipo de medidas persuasivas adoptarán los líderes para unir y motivar al pueblo? Muchos chinos mantienen que el país está pagando las consecuencias del vacío espiritual legado por el materialismo de la era Deng. Deng obtuvo el apoyo popular prometiendo que mejoraría el nivel de vida. Y cumplió con su promesa. Pero ahora muchos chinos quieren más. Quieren que sus vidas tengan significado. Y ante la ausencia de una ideología oficial sus miradas se están dirigiendo a la religión: cristianismo, budismo, *daoismo, religiones tradicionales...

¿Intentarán rellenar el vacío los sucesores de Deng, como lo han hecho los líderes de otros países, articulando una ideología de tipo nacionalista, quizás incluso acudiendo al legado del confucionismo? Y de ser así, ¿qué produciría esta ideología, un patriotismo benigno o un nacionalismo excluyente?

Estos son algunos de los mayores retos institucionales a los que se enfrenta el régimen: el proceso de sucesión, las relaciones entre el centro y las provincias, las relaciones entre los sectores civil y militar, el papel del Partido Comunista, un sistema bancario y un sistema fiscal centralizado, la función a desempeñar por los parlamentos y la ideología. Una de las principales causas de la existencia de estas incertidumbres es el fracaso de Deng a la hora de emprender reformas políticas de envergadura, y aún no está claro cuándo ni cómo se afrontaran estos complejos problemas. Pero, de no afrontarse pronto, China tendrá que enfrentarse a una gran crisis política en un futuro no demasiado distante.

Razones para el optimismo

A pesar de las incertidumbres políticas, el panorama económico a largo plazo parece brillante. Los factores necesarios para el crecimiento están presentes: un alto nivel de ahorro y, por lo tanto, una gran acumulación de capital; una población emprendedora que puede dar rienda suelta a su talento; recursos naturales; la atracción magnética del dinámico este asiático; una situación internacional favorable; y el apoyo de Taiwán, Hong Kong y los numerosos chinos del sureste asiático, Norteamérica y Europa.

Pero las razones para el optimismo deben ser contempladas desde una perspectiva histórica más amplia. Los historiadores económicos señalan que, a pesar de los períodos de agitación, la economía china ha mostrado una gran vitalidad durante más de un siglo. Las agresiones exteriores, las guerras civiles y los errores políticos se han interpuesto en una fuerte tendencia hacia el crecimiento. Partiendo de esta posición ventajosa, China ha retomado el camino que resultaba evidente durante las décadas de 1920 y 1930, antes de que la invasión japonesa y la agitación revolucionaria interrumpieran esta tendencia. De hecho, y a pesar de partir desde una posición desfavorable, incluso con el trastorno provocado por el Gran Salto Adelante y la Revolución Cultural de Mao, el promedio de crecimiento económico de China ha alcanzado entre 7 y 8 puntos, y no sólo durante los últimos 15 años, sino durante los últimos 40. Ahora, Shanghai, Guangzhou, Tianjin, Wuhan están reclamando la posición privilegiada que perdieron entre las dinámicas ciudades asiáticas tras la Guerra Chino-Japonesa y la revolución comunista.

Existe otra razón para ser optimistas. Anteriormente hemos apuntado que, durante más de un siglo, los debates políticos chinos giraron en torno a lo que se debe aceptar y lo que se debe rechazar de Occidente, y lo que se debe

mantener y lo que se debe descartar del propio pasado chino. A menudo, estos debates ideológicos eran estériles y divisorios. El debate sigue existiendo, pero, con la desaparición de la generación que alcanzó la mayoría de edad durante el movimiento chino del 4 de mayo de 1919 -un movimiento que le dio especial importancia a las cuestiones culturales y nacionalistas, y cuyos miembros dedicaron sus vidas al debate sobre estos valores-, la tendencia parece haber experimentado un cierto giro.¹⁴ Un pragmatismo sin precedentes parece caracterizar a muchos de los mejores intelectuales de la nueva generación, que se muestran más interesados por abordar la problemática concreta del desarrollo político y económico.

La imagen de conjunto

Entonces, ¿cómo se puede resumir la compleja situación esbozada a lo largo de este capítulo? La respuesta requiere un nuevo enfoque conceptual. Como ya dijimos en el capítulo introductorio, durante la próxima década China parece estar destinada a combinar cualidades que tradicionalmente no han coexistido en las potencias emergentes: ser territorialmente amorfa, políticamente desordenada, económicamente activa, socialmente agitada, culturalmente orgullosa y segura de sí misma en sus relaciones internacionales. El desafío para los países de la Trilateral consiste en saber tratar a un gigante tan imprevisible como éste.

IV. Hong Kong, Taiwán y la "Gran China"

La división de China en tres partes (Hong Kong, Taiwán y la República Popular de China) complica sobremanera los intentos por integrarla en la comunidad internacional, pero también proporciona nuevos incentivos para intentar conseguir dicha integración. La última década ha sido una época de gran integración y dinamismo económicos para las tres partes de China. La integración económica ha beneficiado a las tres partes. Durante la década de 1980, en cualquiera de los grandes almacenes de Occidente se encontraban juguetes, vestidos, ropa de caballeros y zapatos con etiquetas que proclamaban "Made in Hong Kong" o "Made in Taiwán". En los años 90 estas mismas etiquetas dicen "Made in China". Si fueran más precisas dirían "Concebidos en Taiwán, diseñados en Hong Kong y manufacturados en China".

La "Gran China"

La comunidad internacional debe cuidarse de no exagerar o distorsionar la importancia política de este dinamismo y esta integración económica. En el próximo apartado trataremos la complicada cuestión de Taiwán y Hong Kong. Pero antes nos concentraremos en la idea de la emergencia de una "Gran China".¹⁵ Para algunos, ésta abarca toda la China continental, Taiwán y Hong Kong. Otros emplean este término de forma más limitada para referirse a Hong Kong, Taiwán y la costa sureste de la China continental, desde las provincias de Guangdong y Fujian hasta Shanghai. Pero aún existe otro grupo de analistas que emplean el término "Gran China" para reunir a todas las personas de etnia china, incluyendo a los chinos del sureste asiático, e incluso a los de Norteamérica y Europa.

Un concepto político y cultural de escasa valía

Dejemos rápidamente de lado las posibles imágenes sensacionalistas que pueda traer a colación la "Gran China" e intentemos capturar su compleja esencia. Sin duda, la "Gran China" no es una sola entidad política, y probablemente continúe sin serlo. Culturalmente, las diferencias que separan las múltiples partes de la "Gran China" también son profundas. Incluso la definición más restringida del término abarca los subgrupos étnicos de los cantoneses, los hokineses, los taiwaneses, los fukineses, los hakka, los shanghaineses y los

habitantes de la región de Swatow. Todos son chinos han que comparten un lenguaje escrito prácticamente similar y muchos atributos culturales comunes, pero los idiomas que hablan son bastante diferentes, su identidad depende de sus distintos lugares de procedencia, y algunos aspectos fundamentales de su cultura -como la cocina, la música y las costumbres matrimoniales y funerarias- difieren entre sí. En el continente parecen estar surgiendo considerables diferencias culturales entre aquellos que recuerdan la época de Mao y los que maduraron durante la era de Deng. Durante las últimas décadas, las partes no continentales de la "Gran China" han estado mucho más expuestas a la influencia de Occidente, y los chinos del sureste asiático y Norteamérica han comenzado el proceso de asimilación cultural. En algunos países, como Tailandia, Filipinas y Estados Unidos, los chinos de la segunda, tercera o cuarta generación han adoptado la forma de vida de sus nuevos países, aunque en otros, como Indonesia y Malasia, el proceso de asimilación es más lento. Resulta indudable que muchos de los chinos que residen fuera de la República Popular se sienten orgullosos del progreso de ésta, pero eso no implica que dejen de ser leales a sus nuevos países.

Algunos de los intelectuales más importantes del continente, Taiwán, Hong Kong y otros países se están esforzando por delimitar las características básicas de la civilización china comunes a todos las personas de esta etnia, y por articular una nueva ideología basada en el confucionismo que sea apropiada para el mundo moderno.¹⁶ No obstante, y en vista de la creciente diversidad cultural entre los miembros de la etnia china, estos esfuerzos parecen estar condenados al fracaso a no ser que se conviertan en una ortodoxia oficial respaldada por el poder del Estado chino. Y un esfuerzo así también tendría sus detractores, además de sus partidarios.

Una fórmula apropiada para referirse a cuatro factores

Por todo lo mencionado anteriormente, el concepto de la "Gran China" no resulta de gran utilidad ni cultural ni políticamente. Tan sólo es una fórmula que alude a cuatro tendencias económicas y sociales interrelacionadas.

En primer lugar alude a las economías cada vez más entrelazadas de Taiwán, Hong Kong y la China continental, especialmente a lo largo de la franja costera del sureste. Estas tres entidades cada vez están más cerca de convertirse en una sola zona económica transnacional. El éxito económico de Taiwán y Hong Kong contribuyó al crecimiento de China y, ahora, el auge económico de China está impulsando el

crecimiento de Hong Kong y Taiwán. El comercio directo entre la República Popular de China y la República de China (Taiwán) es ilegal, pero el hecho de tener a Hong Kong como intermediario no parece haber dañado la relación económica entre Taipei y Pequín: el volumen total de su intercambio comercial ha saltado de 1.500 millones de dólares en 1987 a 14.300 millones en 1993. Más de 5.000 empresas de Taiwán han abierto fábricas en la República Popular. Algunas empresas taiwanesas están trasladando fábricas enteras a zonas remotas del continente para aprovechar la mano de obra barata y la existencia de recursos naturales de más fácil acceso.¹⁷ En la actualidad, más del 50 por ciento de la fuerza laboral de las empresas de Hong Kong trabaja en filiales del continente. Hong Kong y la franja costera del continente están unidas por autopistas, transbordadores, hidroplanos y rutas aéreas. Hong Kong es el principal mercado para las exportaciones chinas, que en su mayoría vuelven a ser exportadas desde ahí. Hong Kong también es el principal proveedor de China, con el 25,5 por ciento de las importaciones totales en 1992 (esto se debe en parte al aumento de la relación comercial entre China y Taiwán).¹⁸ La tabla 3, en el próximo capítulo, muestra cómo casi el 70 por ciento de las inversiones exteriores directas en China procedieron en 1992 de Hong Kong, y casi el 10 por ciento de Taiwán (Japón, Norteamérica y Europa estaban muy por debajo de Taiwán). Desde un punto de vista económico, las tres partes de China cada vez están más cerca.

La aparición de grandes empresas multinacionales con capital chino y dirigidas por chinos también fomenta la idea de una "Gran China". Muchas de estas empresas son familiares.¹⁹ Algunas tienen su base en Taiwán, otras en Hong Kong, y otras en el territorio continental o el sureste asiático, pero lo habitual es que la propiedad, las fábricas, las filiales y las *joint ventures* de la multinacional china estén emplazadas a lo largo de China y el sureste asiático. Muchas son conglomerados, pero otras se concentran en textiles, transportes, plásticos, banca o productos electrónicos. Las más grandes aparecen regularmente en las listas de las mayores empresas del mundo. Algunos ejemplos son Evergreen Corporation y Taiwán Plastics en Taiwán, Hutcheson Corporation y Hopewell Corporation en Hong Kong, China International Trust and Investment Corporation (CITIC) en la China continental y C & P en Tailandia. Cada una de estas empresas ha alcanzado el éxito en manos de un extraordinario hombre de negocios chino. A pesar de su tamaño y de cotizar en las bolsas de Taipei, Hong Kong o Bangkok, la mayoría de estas sociedades son relativamente opacas, y su financiación y dirección no resultan nada claras. Las redes empresariales chinas se están

entretejiendo con las redes mercantiles americanas, los *keiretsu* japoneses y los *chaebols* coreanos. Las empresas extranjeras están logrando adentrarse en el mundo chino mediante *joint ventures* y la contratación de empleados de origen chino. En este aspecto, China se ha abierto mucho más a las inversiones exteriores directas que muchas otras economías asiáticas.

La "Gran China" también incluye la aparición de contactos formales e informales entre profesionales de etnia china, desde arquitectos hasta expertos en el medio ambiente, historiadores, filósofos o zoólogos. Unidos entre sí por intereses intelectuales comunes, estos profesionales superan sus diferencias políticas para lograr un mayor desarrollo de sus campos de especialización, sobre todo en el continente. Estas asociaciones son apolíticas, pero en muchos aspectos su existencia es un reto para el orden político actual. Buscan un grado de autonomía y una capacidad de interacción que los gobiernos de Pequín y Taipei todavía no desean. En este sentido, su aparición promueve la libertad política. Por supuesto, estas profesiones también están integradas en redes profesionales mundiales: médicos, abogados, físicos, etc. Así, al contemplar la aparición de redes profesionales de etnia china también estamos contemplando la incorporación de estas asociaciones a las agrupaciones profesionales mundiales. Y las normas y reglamentos profesionales de la China continental, Taiwán y Hong Kong se están adaptando a los estándares internacionales.

Por último, la imagen de una "Gran China" también es el resultado del resurgimiento de un mundo subterráneo de sociedades secretas, bandas de delincuentes y traficantes de drogas, armas, prostitutas, emigrantes ilegales y mercancías robadas. Sobornan y tienen conexiones con las autoridades locales, especialmente con la policía, los militares y el cuerpo de aduanas. Su resurgir a lo largo de la franja costera china recuerda a otras épocas de la historia china, y sus orígenes y su modo de operar se remontan a los tiempos anteriores a la revolución comunista.

Un análisis cuidadoso de la "Gran China" sugiere que los países de la Trilateral no se enfrentan a la aparición de una entidad cohesionada, coordinada y con un trasfondo conspiratorio. Al contrario, el dinamismo económico es una señal de que muchos cuerpos burocráticos, muchas empresas y muchos individuos chinos están reuniendo grandes cantidades de dinero. Como es natural, están invirtiendo una importante porción de sus capitales en lugares donde los índices de beneficio prometen ser altos, donde se sienten cómodos y donde conocen el modo de operar. Por razones sentimentales o

patrióticas, o para honrar a los antepasados, se invierten cantidades mucho menores. En el mundo chino, las relaciones personales (*quanxi*) facilitan las transacciones comerciales, pero esto es el resultado lógico de la ausencia de un sistema legal eficaz que obligue a cumplir los contratos. Ante tal vacío, la confianza, la amistad y el sentido de mutua obligación son ingredientes necesarios para conseguir que las promesas sean creíbles y las transacciones viables.

El crecimiento de los regionalismos

En el sur de China existe una zona económica transnacional en la que el dólar de Hong Kong circula por Guangdong y el dólar de Taiwán por la provincia de Fujian. De igual forma, las provincias sudoccidentales de Yunnan y Guizhou están estableciendo vínculos con Birmania, Tailandia y Laos. El comercio y las inversiones coreanas cada vez son mayores en Shandong. Está surgiendo una zona económica transnacional en el noreste, vinculando Manchuria con el extremo oriental de Rusia, con Japón, Mongolia y ambas Coreas. Y en el extremo noroccidental de China, Xinjiang está estableciendo importantes lazos comerciales con Kazajstán y el resto de las repúblicas centroasiáticas. En otras palabras, las distintas regiones fronterizas están estableciendo relaciones comerciales propias con los numerosos países que rodean China.

Mientras tanto, en el interior del país, las distintas macro-regiones están siguiendo estrategias de desarrollo diferentes. Cuatro de estas regiones, que están delimitadas por los sistemas fluviales y ferroviarios de China, están emplazadas a lo largo de la franja costera: 1) el delta del río Perla, que incluye Guangzhou y Hong Kong; 2) la cuenca inferior del Yangtze, donde se encuentran los núcleos de Nanjing y Shanghai; 3) las llanuras del norte de China, atravesadas por el río Amarillo y con Pequín y Tianjin como principales poblaciones; y 4) el corredor de Manchuria, desde Harbin hasta Dalian. Estas regiones -especialmente el delta del río Perla y el bajo Yangtze- basan sus estrategias de crecimiento en las exportaciones. Pero las llanuras del norte y el corredor de Manchuria, que poseen importantes centros industriales, están más deseosas de proteger sus industrias estatales, y por lo tanto se inclinan hacia la implantación de estrategias de crecimiento basadas en la sustitución de importaciones. Mientras tanto, las macro-regiones del interior -el Yangtze, con su centro urbano en Wuhan; la cuenca de Sichuan, en el alto Yangtze, con Chengdu y Chongqing; y el noroeste, incluyendo las ciudades de Xian y Lanzhou- se enfrentan a severas deficiencias en la infraestructura de

transportes que limitan su acceso a los mercados exteriores. Sus posibles estrategias, que conllevan inevitablemente tasas de crecimiento más bajas que en la costa, dependen del crecimiento rural basado en el consumo, de conseguir atraer capital de la costa, de las subvenciones del gobierno central, de animar a sus habitantes a buscar trabajo en regiones más prósperas desde las que puedan enviar dinero a casa, e incluso de invertir parte de sus propios fondos en las regiones chinas de alto crecimiento.

En resumen, está surgiendo una "Gran China" pluridimensional que comprende tanto la zona continental como los mundos chinos de fuera de ésta. Al mismo tiempo, la autoridad del centro político del continente se está erosionando y fragmentando. Los países de la Trilateral - volviendo una vez más a una constante de este informe- tienen ante sí el desafío conceptual de comprender y resolver satisfactoriamente esta compleja situación.

Hong Kong y Taiwán

Aunque, en última instancia, el devenir de las relaciones entre la China continental, Taiwán y Hong Kong dependerá de sus respectivos gobiernos y sus ciudadanos, los países de la Trilateral influirán en el discurrir de los acontecimientos.

Hong Kong

Para los chinos, Hong Kong es un doloroso recordatorio de su humillación a manos de Occidente. A partir de 1949, los líderes comunistas sólo permitieron la existencia de Hong Kong como entidad separada porque proporcionaba a China una puerta de acceso al mundo exterior en una época en la que se encontraba aislada por la fuerza. Al abrir China sus puertas durante la era de Deng, Hong Kong interpretó un papel importante en el desarrollo de China, especialmente en el de las regiones de la franja costera sudoriental. Por todo ello, Hong Kong evoca a pequeña escala las imágenes contradictorias que muchos chinos tienen de Europa Occidental, Norteamérica y Japón como fuentes de contaminación cultural y explotación que al mismo tiempo ofrecen vías hacia el cambio económico y acceso a la tecnología moderna.

Estas imágenes contradictorias no han ayudado durante las largas negociaciones chinas sobre el devenir político de Hong Kong, que en el mejor de los casos han sido ajetreadas. La República Popular pretende imponer su supremacía en la vida política y económica de Hong Kong sin alterar el valor de Hong

Kong como motor económico. Se han establecido una serie de medidas para crear una región administrativa especial de 50 años de duración tras la reincorporación de Hong Kong a China en 1997. Estas incluyen la Declaración Conjunta*, el Acuerdo Chino-Británico de 1984 sobre el futuro de Hong Kong y la Ley Fundamental (la Constitución elaborada por Pequín en 1990 para gobernar el territorio a partir de 1997), que establece la convocatoria de elecciones para la jefatura de la Región Administrativa Especial y el Consejo Legislativo (Legco). Pero China, el Reino Unido y los distintos sectores en Hong Kong interpretan de forma diversa la letra y el espíritu de estas disposiciones.

El descontento de Pequín con el gobernador británico Chris Patten, que ha intentado aumentar el electorado y reforzar el estado de derecho antes de que Hong Kong sea devuelto a China, ha deteriorado profundamente las relaciones entre chinos y británicos. En enero de 1994, Patten defendió su política ante la Comisión de Asuntos Exteriores de la Cámara de los Comunes diciendo que "no se trata de una aceleración de última hora de los procesos democráticos. Si hiciéramos eso contrariando las exigencias chinas, incrementando, por ejemplo, el número de escaños elegidos directamente (en el Legco), se podría acusar al gobierno de intentar acelerar la implantación de la democracia. Pero hemos decidido aceptar el ritmo de democratización propuesto por China y plasmado en la Ley Fundamental, y lo que estamos intentando hacer es asegurar la credibilidad del proceso. Se trata de una empresa distinta, de una empresa menos heroica, quizás, pero no igual de importante ..." Sin embargo, las autoridades de Pequín ven las innovaciones de Patten y la forma en la que fueron propuestas como una violación del espíritu de los acuerdos y de las prerrogativas de China. La consiguiente disputa ha dejado a muchos habitantes de Hong Kong, y a muchos extranjeros, preocupados sobre el futuro del territorio después de 1997.

Una razón que invita al optimismo sobre el futuro de Hong Kong es el hecho de que las empresas y las agencias gubernamentales del continente han realizado tantas inversiones en el territorio, y han obtenido tantos beneficios a cambio, que el gobierno central tiene fuertes razones para mantener la economía y la sociedad de Hong Kong tal como están, sobre todo una vez recuperado el territorio. De hecho, Hong Kong ha extendido su sistema económico al sur de China, expandiéndose y difuminando la "frontera" con la China continental. El área monetaria es un buen ejemplo de esta interdependencia. El Hong Kong and Shanghai Bank estima que unos 2.000 millones de dólares en billetes de banco de Hong Kong -aproximadamente el 30 por ciento del total- circulan por

el territorio continental (especialmente por Guangdong), cuando en 1989 sólo circulaba por el continente el 24 por ciento del total. Esta creciente interdependencia entre Guangdong y Hong Kong limita la capacidad de las lejanas autoridades de Pequín y Londres para guiar el destino de esta región económica transnacional. La importancia que tiene Hong Kong para el desarrollo económico del sur de China, y la que a su vez tiene el sur de China para el desarrollo económico nacional chino, también le confieren ventaja a Hong Kong a la hora de negociar con Pequín.

¿Cumplirá Pequín estrictamente el acuerdo durante los 50 años posteriores a 1997? Aunque hay razones para ser optimistas, el contexto político cambiará de forma significativa durante los próximos años. A pesar de su estatuto especial, Hong Kong será una de las distintas zonas que competirán por tener influencia en un entramado chino más amplio. Su papel económico como centro de finanzas y otros servicios tendrá que soportar una dura competencia por parte de Shanghai y, posiblemente, de otros centros chinos, que pueden intentar aprovechar su influencia política sobre Pequín para mejorar su situación económica en detrimento de Hong Kong. Que varios núcleos económicamente dinámicos compitieran entre sí sería positivo para China. Sin embargo, que el desarrollo de los demás centros económicos se produjera a expensas de Hong Kong no lo sería tanto.

Dado su estatuto colonial hasta 1997, los países de la Trilateral tienen multitud de acuerdos y obligaciones especiales hacia Hong Kong, como por ejemplo convenios separados de cuotas textiles. Estas obligaciones no podrían ser transferidas a otras zonas de China si la especial situación administrativa de Hong Kong no fuese respetada, o si Pequín intentara forzar dicha transferencia. Al contrario, desaparecerían. Dada la larga asociación existente entre Hong Kong y Occidente, el trato que China le dé a Hong Kong, tanto en este como en otros aspectos, tendrá una gran influencia sobre el devenir de las relaciones entre China y los países de la Trilateral.

Taiwán

Al margen de la cuestión de Hong Kong, las relaciones entre China y Taiwán presentan retos aún mayores, tanto para China como para la comunidad internacional. A pesar de su creciente integración económica con el continente, el gobierno de Taipei se resiste a entablar contactos políticos directos de carácter oficial con los líderes de Pequín, y cada vez se muestra más disconforme con la ambigüedad de su situación internacional.

Esta insatisfacción pone a la comunidad internacional en una posición difícil, ya que por una parte reconoce que lo mejor es que la cuestión de Taiwán sea resuelta por los gobiernos y los pueblos de Taiwán y el continente, pero, por otra, tiene muchos intereses que dependen de una resolución pacífica del conflicto. Y lo que es más, los países de la Trilateral tienen importantes obligaciones hacia Taiwán.

Las tensas relaciones entre China y Taiwán quedaron patentes en el intercambio de comentarios de los representantes de la República Popular y el Kuomintang durante las reuniones de la APEC que tuvieron lugar en Seattle en noviembre de 1993. El ministro de Asuntos Económicos de Taiwán, P.K. Chiang, causó un considerable revuelo con sus referencias a "...dos naciones soberanas divididas por el estrecho de Taiwán", y al mencionar que en la actualidad Taiwán persigue una "...política de transición hacia dos Chinas". Mientras tanto, el presidente de China, Jiang Zemin, se refirió continuamente a Taiwán como una "provincia" de China.

Resulta irónico que estos comentarios contrapuestos fueran realizados en la reunión de la APEC (Asia Pacific Economic Cooperation), a la que tanto China como Taiwán pertenecen, y que ha sido reconocida como una de las escasas organizaciones multilaterales que ha logrado sortear con éxito este conflicto casi irresoluble. También merece la pena resaltar que China y Taiwán sólo han sido capaces de reunirse y trabajar juntos, aunque no lo hayan hecho en perfecta armonía, por cuestiones de cooperación económica. Las consideraciones económicas ya parecen haber conseguido suavizar la retórica pequinesa respecto a la cuestión de Taiwán. Shang Mingqing, un alto funcionario del departamento de Asuntos de Taiwán del Consejo de Estado, dijo recientemente: "No diré que hayamos aceptado postergar las conversaciones (sobre la reunificación), pero no hay nada que podamos hacer. En gran medida depende de ellos (el gobierno de Taiwán), de que estén dispuestos a reunirse y hablar".²⁰ Este comentario se aleja mucho de las anteriores declaraciones chinas sobre la reunificación. En el pasado, China ha amenazado con intervenir militarmente si Taiwán tan siquiera se atrevía a pensar en la "independencia". En la actualidad, los funcionarios de Pequín admiten que la posición de Taiwán le permite dictar el ritmo de la integración y de la eventual reunificación.²¹

La inestable situación política de Taiwán hace difícil saber cómo jugará sus cartas. En el pasado reciente, el Kuomintang ha abogado por "un país con dos entidades políticas". Sin embargo, el ascenso gradual al poder de taiwaneses nativos, la "taiwanización" de los grupos

continentales que huyeron a Taiwán en 1949 y el proceso gradual de democratización le han dado gran fuerza política a la idea de renunciar a la pretensión de ser el "gobierno legítimo de China" y a la pretensión de buscar el reconocimiento internacional como un gobierno autónomo.

Este giro político se vio reflejado durante las recientes elecciones, en las que el Kuomintang incorporó a su seno a parte de la plataforma del partido de orientación independentista, el Partido Democrático del Progreso (PDP), para mantener su débil mayoría: 47 por ciento frente al 41 por ciento del PDP. El ascenso del PDP podría colocar a los países de la Trilateral en una posición especialmente delicada, ya que una de las principales propuestas de su programa es la reincorporación de Taiwán al seno de las Naciones Unidas (las Naciones Unidas son conscientes de que esta posibilidad ni tan siquiera se puede plantear, y la Asamblea General se ha negado a estudiar la petición de entrada de Taiwán).

Sin embargo, aunque el PDP venciera, resulta improbable que Taiwán se declare independiente. La integración económica también ha influido sobre la orientación política del PDP. Los principales contribuyentes del PDP trabajan en pequeñas y medianas empresas, que han sido las que más han invertido en el continente. A pesar de la retórica oficial del partido, sus partidarios se muestran cautos sobre el tema de la independencia. No tienen la menor intención de poner en peligro unas inversiones que ya se están mostrando rentables. En las circunstancias actuales, la apuesta de Taiwán por la independencia no beneficiaría a nadie, y pondría en peligro todos los logros económicos y políticos obtenidos hasta el momento.

Implicaciones políticas para los países de la Trilateral

Sin duda alguna, la división de China es la causa de los retos más complicados a los que se enfrentan los países extranjeros en su relación con este país. Aunque el futuro de las relaciones entre Taiwán y el continente es una cuestión que en última instancia depende de ambos, los extranjeros también tienen un interés legítimo por que la estabilidad económica y la paz perduren en Taiwán. Los países de la Trilateral no deben oponerse a la pretensión de lograr "una China"; pero tampoco deben hacer creer a Pequín que puede presionar con éxito a los taiwaneses sobre cuestiones que pondrían en riesgo la estabilidad y la prosperidad de Taiwán. En última instancia, los países de la Trilateral deberían seguir una política coordinada que mantenga el delicado *status quo* de la

región y ayude en todo lo posible a que la República Popular y Taiwán mantengan su "estrategia de dilación".

No obstante, dentro de este marco, los países de la Trilateral pueden adoptar varias medidas que quizá contribuyan a mantener el equilibrio regional. Los 21 millones de habitantes de Taiwán y su producto nacional bruto de 210.000 millones de dólares no pueden ni ignorarse ni simplemente olvidarse. Los logros de Taiwán deben ser reconocidos, tanto por su dinámico crecimiento económico como por sus serios esfuerzos de democratización. A los países de la Trilateral les interesa que China y Taiwán sigan teniendo una relación económica saludable. Muchas de las empresas de Taiwán -con más de 10.000 millones de dólares invertidos en el continente- están exportando a Norteamérica, Europa y Japón. Por ello, los países de la Trilateral deben hacer todo lo necesario por mantener su relación económica y política tanto con Taiwán como con el continente. Debería producirse un esfuerzo especial por estrechar los lazos entre los Estados Unidos y la República Popular. Una fuerte presencia de los Estados Unidos ayudará a que las relaciones entre la República Popular y Taiwán sean estables. De forma inversa, las tensiones existentes entre los Estados Unidos y China sin duda influirán adversamente en las relaciones entre la República Popular y Taiwán, al igual que en las relaciones entre el continente y los demás países de la Trilateral.²²

Los países de la Trilateral también pueden satisfacer los deseos de Taiwán por lograr un mayor reconocimiento a través de su afortunada integración en la APEC. Este podría ser un camino especialmente atractivo, ahora que la APEC es reconocida en la región como una entidad política legítima. Las recientes reuniones entre el presidente Li Teng-hui y el presidente Suharto de Indonesia por un lado, y el presidente Ramos de Filipinas por otro, son una buena muestra del mayor reconocimiento y respeto que sus países vecinos muestran hacia Taiwán. A través de la APEC, Taiwán puede reforzar los lazos con todos sus miembros, y quizás incluso pueda encontrar nuevas formas de diálogo con la República Popular. La APEC puede tener un papel relevante como foro neutral donde las tres partes de China se puedan reunir a discutir sus problemas. Una mayor participación en la APEC contribuirá a que las tres partes reconozcan y hagan hincapié en la importancia de colaborar entre sí para resolver sus diferencias en nombre de la paz y la prosperidad económica.

El éxito que supone el compromiso logrado entre las tres entidades chinas al incorporarse a la APEC debe ser un reclamo a la hora de incorporar el Area Económica China a otras organizaciones de tipo regional e internacional. El próximo objetivo debería ser la Organización Mundial de Comercio

(OMC). La integración del Area Económica China en la OMC es una de las prioridades de la Trilateral, y podría resultar especialmente útil para fomentar unas relaciones pacíficas y productivas entre las tres entidades chinas.

En lo que al lado negativo de la ecuación se refiere, los países de la Trilateral deben cuidarse mucho de no adoptar medidas políticas que puedan desestabilizar el equilibrio político existente entre las tres entidades chinas. Uno de los mayores problemas puede ser la exportación a Taiwán de armas claramente ofensivas. Muchos países de la Trilateral pueden sentirse tentados por el próspero mercado de armas de Taiwán; en los Estados Unidos incluso existe una legislación que controla este tipo de exportaciones. Las posibles consecuencias de este tipo de ventas deben ser analizadas a conciencia. Pueden provocar exportaciones desestabilizantes desde China a otras regiones problemáticas. Pueden perturbar el equilibrio de poder en el estrecho de Formosa y animar a la República Popular a restablecerlo aumentando su propio arsenal. O, al contrario, pueden ayudar a mantener el equilibrio militar y la confianza de Taiwán en si misma, contribuyendo así a que amplíe sus contactos con el continente. De lo que no hay duda, es de que se trata de un asunto lo suficientemente delicado como para que los países exportadores analicen cuidadosamente las posibles repercusiones de sus ventas, y no las lleven a cabo tan sólo por razones interiores de índole económica o política.

Los países de la Trilateral también tienen que ser conscientes de las repercusiones que sus relaciones con China tienen sobre las relaciones de Pequín con Hong Kong y Taiwán. Si los países de la Trilateral adoptan políticas que reduzcan el comercio con China, ya sea de forma intencionada o como consecuencia de un eventual deterioro de sus relaciones con la República Popular, Pequín puede sentir las manos más libres para buscar una solución militar al problema de Taiwán y Hong Kong.²³ La política de la Trilateral debe estar encaminada a contribuir a que este tipo de crisis nunca se produzcan. Para ello es importante que los países de la Trilateral cooperen al respecto, y que sean conscientes de que cualquier acción que se tome sólo tendrá un efecto parcial sobre el desarrollo de los acontecimientos en el Area Económica China.

V. La economía china: aspectos globales y regionales

El desarrollo de una economía vigorosa de mercado en un país como China, con 1.200 millones de habitantes, es sin duda uno de los acontecimientos más significativos de la historia reciente. Se mida como se mida, ya sea utilizando los tipos de cambio o las paridades de poder de compra, el producto nacional bruto de China está creciendo a un ritmo sin precedentes, sobrepasando incluso el milagroso crecimiento de los "tigres del este de Asia", y alcanzando cifras de crecimiento anual de hasta el 12 y el 13 por ciento.²⁴

Gran parte de este dinamismo económico es el resultado de la incorporación de China a la economía internacional. La posición de China como el décimo mayor exportador del mundo en 1992 la situó justo detrás de los principales países industrializados (sirva de comparación que en 1955, cuando se incorporó al GATT, Japón era el noveno mayor exportador del mundo). Gran parte del éxito comercial de China se debe a una estrategia pragmática y orientada hacia el exterior que se basa en el incremento de las exportaciones y la atracción de inversiones exteriores. China ha desarrollado lazos económicos con los países que prometen ser los mejores socios. También ha intentado diversificar las fuentes de inversiones de capital, ciencia y tecnología para no depender en exceso de una única fuente de suministros exteriores. Como consecuencia de ello, sus contactos con la dinámica región de Asia-Pacífico han aumentado sustancialmente, al tiempo que Europa y Norteamérica también se han beneficiado del desarrollo económico de China. Por poner un ejemplo, mientras los trabajadores de la Boeing mostraban la fábrica de Seattle al presidente Jiang Zemin en noviembre, el representante de uno de los mejores clientes de la Boeing, el canciller alemán Helmut Kohl, estaba en China dando su bendición a contratos y cartas de intención de sus anfitriones chinos por valor de varios miles de millones de dólares.

Las estrategias económicas de China

A diferencia de lo ocurrido en otros países en vías de desarrollo del este de Asia, las primeras etapas del desarrollo chino no dependieron de una estrategia de crecimiento basada en las exportaciones. La estrategia de desarrollo enfocada hacia el exterior es la más reciente de

las tres estrategias distintas de desarrollo económico y seguridad nacional que han adoptado los líderes chinos desde la aparición de la República Popular en 1949.²⁵ Durante la década de 1950, Mao Zedong y sus lugartenientes emularon el modelo estalinista de desarrollo económico, e intentaron garantizar su seguridad nacional aliándose a la Unión Soviética. Así, Mao nacionalizó la industria, colectivizó la agricultura, buscó ayuda de los soviéticos, movilizó altos índices de ahorro, concentró las inversiones en la industria pesada, dejó de lado el sector servicios y se embarcó en planes quinquenales.

Durante la década de 1960 y los primeros años de la década de 1970, en gran medida por la disputa chino-soviética y la enemistad entre China y los Estados Unidos, Mao buscó un camino propio hacia la modernidad socialista, abogando por la autosuficiencia tanto nacional como regional, la continua acumulación de altos índices de capital y la movilización del pueblo mediante consignas ideológicas. El enfrentamiento con los Estados Unidos y la U.R.S.S exigía un aumento de los gastos destinados a la defensa. Ante la amenaza de la guerra, Mao dirigió las inversiones hacia el sudoeste y el interior, dejando tras de sí un legado de grandes empresas estatales aisladas e ineficientes.

Cada una de estas estrategias fue abandonada por sus evidentes deficiencias. El modelo estalinista era inapropiado para el contexto de China, especialmente por su falta de atención a la agricultura. Además, la Unión Soviética no podía proporcionar el nivel de asistencia económica ni de seguridad que los chinos esperaban. El modelo de autosuficiencia de los años 60 agotó al pueblo sin darle a cambio una recompensa suficiente, y la oposición simultánea de Moscú y Washington dejó a China débil, aislada y en peligro. Además, los grandes errores políticos que acompañaron al Gran Salto Adelante, provocando grandes hambrunas y numerosas muertes a causa de la inanición, y el caos y la violencia de la Revolución Cultural y sus secuelas, desilusionaron y enajenaron a gran parte de la población.

Excepto durante los peores años de administración de la época de Mao, la economía continuó creciendo, aunque no de manera normal. La gran acumulación de capital era la causa principal del crecimiento, pero, hacia el final del período maoísta, los índices de beneficio de las inversiones estaban disminuyendo a pasos agigantados. Mantener un alto índice de ahorro ya no bastaba para lograr un rápido crecimiento. Además, durante las décadas de 1960 y 1970, las economías orientadas hacia el exterior, como las de Japón, Corea del Sur y Taiwán, crecieron de forma vertiginosa. En vez de

encontrarse a la cabeza, China se rezagaba tras el resto de las economías del este de Asia.

Tras ascender al poder, entre 1977 y 1979, Deng Xiaoping proclamó tres estrategias de gran ambición y algo contradictorias para resolver la situación. Estas se han convertido en el sello de su mandato: abrir las puertas de China al mundo exterior, reformar la economía y preservar el poder político comunista.²⁶ Gradualmente, y teniendo que enfrentarse en todo momento a un ejército de escépticos y opositores, Deng y sus colaboradores desarrollaron una estrategia de reformas. Los pasos básicos consistieron en dar prioridad a la reforma económica sobre la política, en asegurarse el apoyo popular mejorando el nivel de vida, en empezar por las reformas en el campo y llevarlas a continuación a las ciudades, en emprender primero las más fáciles y después las más difíciles, en crear clientelas electorales favorables a la reforma (buscando el apoyo fundamentalmente entre los funcionarios de las provincias), en aprovechar los apoyos externos y los acuerdos con el extranjero para apoyar el programa de reformas, en conseguir que los adversarios de las reformas en la burocracia tuvieran algo que ganar con el proceso y -excepto durante un período de indecisión en la primavera de 1989, antes del 4 de junio- en tomar medidas enérgicas para reprimir la disidencia de forma rotunda e inmediata.

Al margen de las directrices generales y las líneas maestras de la estrategia, el proceso de reforma se ha basado en la experimentación, teniendo en cuenta cada caso diferente, y ha ido de menos a más. Las reformas se han desplegado en fases. A finales de los años 70 y principios de los 80 se centraron en el medio rural y en conseguir la apertura inicial al mundo exterior, que se llevó a cabo mediante la incorporación de China al Banco Mundial y el FMI, la creación de Zonas Económicas Especiales (ZEE) y las invitaciones realizadas a empresas extranjeras para establecer *joint ventures*.

Al hacer de la descolectivización de la agricultura su primera medida, Deng estimuló un sector de la economía que empleaba al 80 por ciento de la fuerza laboral china, doblando las rentas de los granjeros y pavimentando el camino hacia un rápido crecimiento económico. Esto, a su vez, espoleó el desarrollo de la industria ligera. Durante esta época, el gobierno fue capaz de mantener controlada la inflación, logrando así que China resultase atractiva para los inversores exteriores.

En 1984-85, el objetivo prioritario ya se había trasladado al medio urbano, donde las ineficaces empresas

públicas representaban el mayor obstáculo contra el crecimiento y la reforma del mercado. En la etapa inicial, las inmensas empresas estatales continuaron siendo subvencionadas como unidades ineficaces de producción. Se reformó su gestión y se adoptaron innovaciones tecnológicas para mejorar su productividad, y se aplicaron algunas reformas arancelarias en los sectores de mayoría pública. Pero los líderes chinos también permitieron el rápido crecimiento de las empresas privadas de las ciudades, y las empresas controladas por el Estado empezaron a producir bienes al margen de la planificación oficial para su venta directa en el mercado. Así, mientras que el tamaño absoluto del sector planificado y estatal se mantuvo más o menos igual, su importancia relativa descendió. En 1988-89, el escenario estaba listo para acometer una reforma más directa de las empresas estatales. Una reforma que obligaba a la privatización y permitía que las empresas ineficaces fuesen a la bancarrota. No obstante, la inflación provocada por el excesivo calentamiento de la reforma económica y monetaria, las manifestaciones de la primavera de 1989 y la brutal represión que tuvo lugar a continuación alteraron el equilibrio político y aplazaron la implantación de nuevas reformas.

Tras el intervalo de 1989 a 1992, el ritmo de implantación de nuevas reformas volvió a acelerarse tras el llamamiento realizado por Deng Xiaoping a favor de un crecimiento más rápido, de mayor apertura y de nuevas reformas durante su gira de 1992 por el sur de China. Al poco tiempo, el envejecido líder recibiría un apoyo político muy necesario cuando tanto el XIV Congreso del Partido Comunista Chino y la VIII Asamblea Nacional Popular como el III Pleno del XIV Comité Central del Partido Comunista Chino apoyaron sus propuestas en marzo y noviembre de 1993. En concreto, el apoyo del III Pleno puede considerarse decisivo; aprobó reformas profundas de los sistemas bancario y financiero, la privatización de empresas estatales y la introducción de mercados de capitales y valores. Todas estas medidas aceleraron la marcha hacia una auténtica economía de mercado.

El éxito comercial y de inversiones

Las medidas implantadas durante la era de Deng ya han hecho de China un país más interdependiente económicamente con el resto del mundo de lo que la mayoría de la gente piensa. Su volumen de exportaciones creció a una media anual de más del 10 por ciento entre 1980 y 1991. Las exportaciones ya representan más del 20 por ciento del producto nacional bruto de China (basándose en las tasas de cambio), un porcentaje

significativamente más alto que los de Estados Unidos o el Japón, y comparable al de las principales economías de Europa Occidental. El 40 por ciento de estas exportaciones proceden de empresas creadas con capital exterior. Al experimentar también las importaciones un gran crecimiento, el intercambio comercial total alcanzó los 165.000 millones de dólares en 1992 (el 2,2 por ciento del comercio mundial), y esta cifra creció espectacularmente en 1993, hasta llegar a los 195.000 millones de dólares.

Las exportaciones chinas han surgido de producciones que requieren una mano de obra intensiva, como la ropa, los zapatos y los juguetes. Más recientemente, también ha empezado a exportar productos tales como ordenadores personales y otros aparatos electrónicos. Las importaciones chinas ofrecen una gran oportunidad para las industrias de los países de la Trilateral. La composición de estas importaciones ha variado a medida que China se ha ido desarrollando. A principios de los 80, los chinos demandaban grandes plantas industriales ya instaladas y preparadas para funcionar, y más tarde equipamiento para renovar dichas plantas. Al aumentar las rentas disponibles al final de la década, también aumentaron las importaciones de bienes de consumo. China ya es, o pronto será, uno de los principales mercados mundiales de bienes de alta tecnología, equipos de transportes y telecomunicaciones, centrales eléctricas, tecnología para la reducción de la contaminación y servicios.

China también se convertirá pronto en un importante importador de petróleo. Aunque en la actualidad es el quinto mayor productor del mundo, su imparable crecimiento ha aumentado la demanda hasta superar la producción interna, convirtiendo a China por primera vez en 1994 en un importador neto de petróleo. Como veremos en el próximo capítulo, este factor tiene implicaciones tanto económicas como estratégicas.

El impacto global de China también se está dejando sentir en los principales mercados financieros internacionales. El deseo de participar en el dinámico mercado nacional chino, la existencia de instalaciones productivas que permiten aprovechar la abundante mano de obra china, los primeros pasos para lograr que su moneda sea convertible y las atractivas ofertas de obligaciones en los mercados internacionales de crédito, están convirtiendo a China en un imán para el capital exterior. Durante los últimos dos años las inversiones exteriores se han disparado en China. Las cifras están reflejadas en la Tabla 1, y se analizan con mayor detalle en las Tablas 2 y 3. Las inversiones exteriores igualaron en 1992 los totales acumulados de los 13 años anteriores, y en 1993 volvieron registrar un enorme aumento. China se ha convertido en el mayor beneficiario mundial de inversión exterior.

TABLA 1
Afluencia de inversiones exteriores en China, 1979-93
(miles de millones de dólares)

	*contratados	*Ejecutados
1979-82	7.0	1.8
1983	1.9	0.9
1984	2.9	1.4
1985	6.3	2.0
1986	3.3	2.2
1987	4.3	2.6
1988	6.2	3.7
1989	6.3	3.8
1990	7.0	3.8
1991	12.4	4.7
1992	58.7	11.3
1993	100.0	20.0

Fuentes: Véase N.T. Wang, "The Role of Foreign Direct Investment in Reform and Development in China", Institute Reports, East Asian Institute, Columbia University, Nueva York (Diciembre de 1993), pág. 10. Calculado según datos de *Zhongguo Tongji Zhaiyao* (Statistical Abstract of China) 1993, Statistical Publishing Association of China, Pequín 1993, pág.106.

Nota: Las cifras incluyen las inversiones exteriores directas y otras inversiones exteriores, según la definición de la Tabla 2. En 1992, las inversiones exteriores directas representaron el 97,5 por ciento del total. Las estimaciones preliminares para 1993 están basadas en los datos ofrecidos para la primera mitad o los primeros ocho meses del año por el ministerio de Comercio Exterior y Cooperación Económica.

TABLA 2
Afluencia de inversiones exteriores en China según tipo, 1992
(porcentaje de la afluencia ejecutada total)

Inversiones exteriores directas	97.5
<i>Joint ventures</i>	54.2
<i>Joint ventures</i> contractuales	18.2
Empresas sólo con capital exterior	6.4
Proyectos conjuntos de desarrollo	1.8
Otras inversiones exteriores	2.5
<i>Leasing</i>	0.4
Comercio de compensación	1.5
*Assembly	0.6
Total	100.0

Fuentes: Las mismas que en la Tabla 1. Wang obtuvo la tabla de la misma fuente (pág. 107), como se cita en la Tabla 1.

TABLA 3
Afluencia de inversiones exteriores directas en China según origen, 1992
 (porcentaje del total)

	*Contratados		*Ejecutados	
Hong Kong*	69.0	68.2		
Taiwán		9.5	9.5	
Macao	2.6	1.8		
Japón	3.7	6.4		
Estados Unidos		5.4	4.6	
Canadá				0.5
Alemania, Francia, Reino Unido, Italia			1.7	
Singapur		1.7	1.1	
Corea del Sur				1.1
Tailandia		1.2	0.8	
Total	100.0	100.0		

Fuentes: Las mismas que en la Tabla 1. Wang realizó los cálculos de la tabla según *Guoji Shangbao* (International Commerce), número 4, (1993), citado en *China Newsletter*, número 105 (Julio/Agosto de 1993), págs. 19-21. Las cifras "ejecutadas" para Canadá, los cuatro mayores países de la Unión Europea y Corea del Sur proceden de una tabla similar en Kiichiro Fukasaku y Mingyuan Wu, "China as a Leading Pacific Economy", Technical Papers, número 89, OECD Development Centre, París (Noviembre de 1993), pág.43.

* Una porción del porcentaje de Hong Kong representa "viajes de ida y vuelta"; algunos inversores chinos canalizan sus inversiones a través de intermediarios exteriores (normalmente emplazados en Hong Kong) para poder obtener el trato ventajoso otorgado a las inversiones exteriores. Véase Nicholas Lardy, *China in the World Economy*, Institute for International Economics, Washington 1994.

Esta rápida afluencia ha venido acompañada de importantes préstamos del Banco Mundial (incluyendo los realizados por la *IDA, su ventanilla de créditos blandos), convirtiendo a China en el mayor receptor de préstamos del Banco Mundial en 1992 y 1993. Probablemente siga siéndolo durante los próximos años. China también es un fuerte prestatario del *Banco de Desarrollo Asiático. La afluencia de capital procedente de estas instituciones, además de los préstamos bilaterales de

Japón, ayudan a financiar los proyectos de infraestructuras necesarios para el desarrollo de China.

Los desafíos del milagro económico chino

Los logros económicos de China ofrecen nuevas oportunidades y nuevos desafíos tanto para China como para los países de la Trilateral. El desarrollo de instituciones económicas no ha seguido el mismo ritmo vertiginoso que el crecimiento, por lo que el desarrollo económico y el comercio chino no gozan de la reglamentación necesaria. Las dificultades políticas, como el debilitamiento de la dirección central y el "faccionalismo", han agravado los problemas de control. Esto plantea serios riesgos para la economía nacional y para sus principales socios comerciales e inversores. Hay que destacar las cuatro áreas siguientes de preocupación: el excesivo calentamiento de la economía, las crecientes disparidades de desarrollo entre las regiones costeras y las del interior, la inhospitalidad de su mercado interior para el comercio y la inversión exterior, y las exportaciones irregulares y potencialmente dañinas. A continuación analizaremos cada una de estas cuestiones.

El excesivo calentamiento de la economía

La inflación amenaza seriamente la expansión económica de China (además del desempleo y un insuficiente sistema fiscal centralizado). Al estar todavía en ciernes sus instituciones financieras y monetarias, China tiene grandes dificultades para controlar su ciclo de crecimiento. El resultado ha sido el continuo zigzaguear existente desde que Deng emprendió sus reformas. En la actualidad, China está viviendo uno de sus momentos de mayor prosperidad económica. Pero es muy posible que la inflación se dispare, lo cual podría resultar perjudicial para las reformas del mercado planeadas para el futuro, como la reorganización y el refuerzo del sistema bancario, de la hacienda pública y del sistema de cambio de divisas. Esto podría hacer peligrar la próxima incorporación de China al GATT.

La inflación también plantea serios retos para la estabilidad social. De hecho, el trasfondo económico de la plaza de Tiananmen fue la tendencia inflacionaria que provocó las protestas de estudiantes y trabajadores. Zhu Rongji, vicepresidente primero encargado de la economía, reconoció la existencia de estas amenazas el año pasado, antes de poner en práctica un programa de austeridad de 16 puntos diseñado para enfriar la economía. Sin embargo, estas medidas provocaron tal reacción de oposición en Pequín y las prosperas Zonas

Económicas Especiales de la costa que los líderes chinos decidieron suavizar la aplicación del programa a pesar de los peligros de un crecimiento excesivo. Las consecuencias pueden redundar en una agravación de las presiones inflacionarias y una expansión excesiva de determinados sectores económicos. Según los datos oficiales, en 1993 el coste de la vida aumentó un 14,5 por ciento a nivel nacional, y casi un 20 por ciento en las ciudades de tamaño mediano y las grandes urbes.

La diversidad de la nación y los diferentes efectos que el crecimiento tiene sobre las distintas zonas urbanas o rurales complica sobremanera la tarea de controlar las presiones inflacionarias. Aunque la inflación es mayor en las ciudades, el desempleo también es alto, lo cual hace políticamente imposible encontrar una solución rápida al problema. Asimismo, las industrias estatales, que todavía representan más de la mitad de la producción industrial, dependen en gran medida de los créditos blandos que les proporciona el gobierno. Pero la necesaria modernización de las desmesuradas empresas estatales probablemente provocará un incremento del desempleo y problemas de estabilidad social, y fueron precisamente estas empresas las que más se opusieron al programa de austeridad de 1993. Recientemente, Zhu comentó que: "lo que queremos es un aterrizaje suave a medida que la tasa de crecimiento desciende gradualmente. Si redujéramos drásticamente la tasa de crecimiento pagaríamos el precio de la estabilidad social".²⁷

Al mismo tiempo, las zonas rurales están pagando las consecuencias del aumento del coste de la vida y de los insuficientes ingresos del gobierno, que obligan a reducir los subsidios rurales. El año pasado, cuando el gobierno distribuyó pagarés en vez de dinero a cambio del grano, las protestas rurales no se hicieron esperar. Muchos campesinos retuvieron el grano que estaban obligados a vender al gobierno, provocando una oleada masiva de adquisición de provisiones por parte de los consumidores que forzó al gobierno a tomar medidas especiales para evitar una posible escasez de alimentos.

El control del crecimiento y la inflación es una tarea delicada pero necesaria. China se encuentra en un momento crítico. Este año el gobierno ha renovado sus esfuerzos por controlar el crecimiento monetario y reducir el crecimiento porcentual del producto nacional bruto, que el año pasado fue del 12,8 por ciento, a un más manejable 9 por ciento. Se están planeando reformas en la banca, el comercio y el cambio de divisas. Pero no está nada claro cuál podría ser una tasa de crecimiento sostenible a largo plazo.

Disparidades entre las regiones costeras y las regiones del interior

Las reformas económicas de Deng se han concentrado en las regiones costeras, donde las ventajas fiscales, el desarrollo de infraestructuras y otros elementos favorables atraen a los inversores. En teoría, la riqueza de la franja costera debe filtrarse hacia el interior. De hecho, esto está ocurriendo en regiones como Guangdong y Fujian, donde los empresarios que han ganado dinero están empezando a invertir tierra adentro; en parte alentados por las exhortaciones gubernamentales, pero también como respuesta a los incentivos económicos, pues estos empresarios son conscientes de que las zonas costeras pueden beneficiarse de los mercados interiores, y de que dependen del interior para la obtención de muchas materias primas.

Sin embargo, la tendencia más generalizada es la disparidad cada vez mayor entre la costa y el interior. Por lo general, la población del interior sólo tiene una mínima fracción de las rentas anuales de sus vecinos de las Zonas Económicas Especiales. Al menos 90 millones de campesinos del interior viven a nivel de subsistencia. Y no puede sorprender que esto haya generado cierto resentimiento hacia las zonas costeras ricas y una migración interna masiva que ha provocado multitud de problemas sociales. En las ciudades costeras, los habitantes nativos muestran resentimiento hacia los inmigrantes recién llegados, que a menudo están desempleados y aparecen como los causantes de la reducción de los salarios, además de plantear enormes cargas para las infraestructuras urbanas.

A pesar de todos los beneficios económicos asociados a las Zonas Económicas Especiales, el sistema de impuestos creado en torno a ellas no ha hecho sino aumentar los problemas. Las zonas costeras han negociado un compromiso político que les permite retener sus beneficios. Esto reduce las fuentes de ingresos del gobierno central. Al mismo tiempo, las zonas del interior, más pobres y débiles, siguen dependiendo en gran medida de la generosidad del gobierno central. Por ello, y como hemos dicho anteriormente, las reformas fiscales encaminadas a lograr una redistribución más equitativa de la nueva riqueza siguen siendo absolutamente necesarias.

Mercados interiores protegidos

Aunque China ha progresado de forma notable en el ámbito de la liberalización económica, los extranjeros aún se enfrentan a distintas barreras que dificultan su acceso a los mercados,

especialmente en el sector servicios. Existen numerosas normas y prácticas diseñadas para proteger a las ineficaces empresas públicas y explotar el capital exterior, o que al menos tienen ese efecto. A menudo se imponen requisitos de exportación, y son frecuentes las prácticas fraudulentas en el cambio de divisas.

Se esperaba que las medidas adoptadas por China para hacer convertible su divisa hicieran disminuir estas prácticas. Pero el impacto de la devaluación y la desaparición progresiva de los carísimos certificados extranjeros de cambio en 1993-94 fueron contrarrestados con subidas ilícitas de los precios para los extranjeros de hasta un 50 por ciento o más.²⁸ Otra serie de problemas también han contribuido a animar a los inversores exteriores a organizarse para formular sus quejas a las autoridades de forma más sistemática. Pero están nadando contra corriente, ya que mientras China no emprenda un proceso serio de privatización de sus empresas estatales seguirán existiendo fuertes presiones políticas para frenar la competencia. Para resolver el problema del incremento ilícito de los precios a los extranjeros y otras actividades similares, se necesitan leyes eficaces que regulen la inversión exterior y las actividades empresariales.

Exportaciones irregulares

La política de reformas de Deng supo ver el potencial de la economía china para producir y exportar productos competitivos, y se sumó a la estrategia de crecimiento basada en la exportación que tan frecuente es en el este de Asia. Su política comercial se basó en la producción de bienes de bajo costo que requieren una mano de obra intensiva, como los textiles, los juguetes y los zapatos y, más recientemente, también productos de mayor sofisticación tecnológica, como los aparatos electrónicos. Como consecuencia, durante la década de 1980 y los primeros años de la década de 1990, las exportaciones chinas crecieron a un ritmo que doblaba el crecimiento del comercio mundial. El mismo ritmo y la envergadura del éxito exportador chino crean problemas de adaptación social a sus socios comerciales. Pero lo que hace las exportaciones chinas especialmente controvertidas es que a menudo han ido acompañadas por prácticas poco escrupulosas que violan los usos y las normas comerciales internacionales. Estas incluyen los subsidios, los precios poco realistas, la falsificación de documentos, la violación de *copyrights* y marcas registradas y el empleo de mano de obra penitenciaria. La ausencia de un firme sistema legal basado en la

transparencia y la aplicación imparcial de las normas agrava estos problemas.

Como consecuencia de ello, se han producido innumerables disputas comerciales que en ocasiones han conducido a la adopción de medidas formales para restringir las importaciones procedentes de China. La Comisión Europea está adoptando medidas anti *dumping* contra el acero y los productos químicos chinos. En enero de 1994, los Estados Unidos amenazaron con aumentar drásticamente los aranceles sobre los productos textiles chinos como consecuencia de las convincentes pruebas aparecidas de las prácticas chinas de transbordos ilícitos, cargas no declaradas y etiquetados falsos. El representante comercial de los Estados Unidos ha puesto a China en su lista de vigilancia prioritaria por su inadecuado cumplimiento de la protección de la propiedad intelectual. Incluso Japón se ha visto obligado a imponer sanciones anti *dumping* sobre determinados aceros chinos, recurriendo por primera vez en su historia a este tipo de medidas.

Los superávits comerciales no son el principal problema. Desde que empezaron las reformas económicas, China ha tenido más déficits comerciales que superávits, aunque durante los últimos años ha conseguido un enorme superávit bilateral con los Estados Unidos y algunos países europeos. El mayor problema consiste en conseguir que China se adhiera a las normas internacionales de comercio y, una vez logrado esto, en su capacidad para hacerlas cumplir. En la actualidad, China no posee los medios necesarios para contener las oleadas de exportación que puedan amenazar a sus socios económicos. Todas estas cuestiones tienen importantes implicaciones para la eventual incorporación de China al GATT.

Implicaciones políticas

Actualmente, muchos chinos y extranjeros con negocios en China tienen la mentalidad de "hacerse ricos rápidamente". En vez de un desarrollo responsable y sostenible, esta mentalidad provoca beneficios a corto plazo y "explotación", en el peor sentido de la palabra. Los gobiernos de los países de la Trilateral también se han visto afectados por esta actitud; por lo general, las visitas de líderes políticos se suelen centrar en la estimulación de la interacción económica, sin prestarle suficiente atención a las implicaciones a largo plazo. Los empresarios extranjeros y los líderes gubernamentales que les apoyan son factores de cambio, pero tienen que sensibilizarse ante el impacto de sus actividades sobre la estabilidad y el desarrollo a largo plazo de China.

Además de las trágicas consecuencias que un desarrollo irresponsable tendría para los chinos y su medioambiente, el hecho de que los extranjeros pudieran llegar a ser culpados de los inmensos problemas medioambientales y sociales provocados por dicho desarrollo tendría consecuencias nefastas para las relaciones a largo plazo entre China y los países de la Trilateral.

Como hemos dicho al principio de este informe, vemos el desarrollo económico de China como una gran oportunidad para que la humanidad saque a muchos de sus miembros de la pobreza y les proporcione un bienestar económico. Pero esta oportunidad conlleva una gran responsabilidad tanto para China como para sus socios económicos, que deben garantizar que el desarrollo se produzca de forma responsable y sostenible, y en conformidad con las reglas de interacción económica acordadas internacionalmente. Por ello, es prioritario involucrar de forma activa a China en las principales instituciones mundiales y regionales de índole comercial, económico, medioambiental y de desarrollo social. Por ejemplo, al formar parte del Banco Mundial y el FMI, el gobierno chino ha tenido que depurar y hacer públicos datos económicos que durante mucho tiempo estuvieron clasificados como secretos de Estado, contribuyendo así a la transparencia de la economía.

Pertenencia al GATT/OMC

China se ha incorporado a la mayoría de las principales organizaciones internacionales y regionales, excepto el GATT, en el que está intentando ser admitida. Que China y Taiwán se comprometan con las reglas y la disciplina del GATT y se incorporen lo antes posible a su seno o al de su sucesora, la Organización Mundial de Comercio (OMC), resulta de gran importancia para los países de la Trilateral. La incorporación de China es crucial para conseguir su integración real en la economía mundial y para que siga emprendiendo reformas económicas saludables.

En China son muchos los que esperan que el país se incorpore al GATT antes de finalizar el año, para que pueda ser uno de los miembros fundadores de la OMC cuando ésta abra sus puertas oficialmente en 1995. El hecho de ser uno de sus miembros fundadores tiene una gran importancia simbólica, pues confirmaría el *status* internacional de China. También podría tener consecuencias prácticas, ya que permitiría a China contribuir a establecer los modos de operar de la organización, sentando precedentes desde el primer momento.

La incorporación de China se lleva discutiendo desde 1988, cuando el GATT creó un grupo de trabajo a tal efecto. No

obstante, las conversaciones languidecieron como consecuencia de la tragedia de Tiananmen y, más recientemente, por la prioridad dada en otras capitales a completar la Ronda Uruguay. Una vez conseguido este último objetivo, las autoridades comerciales de la Trilateral ya pueden prestar más atención a la incorporación de China al GATT. Por primera vez desde 1989, el grupo de trabajo del GATT creado a tal efecto reanudó sus esfuerzos en marzo de 1994.

Existen dos enfoques básicos sobre la cuestión de la incorporación de China. Uno consiste en dejar que China se incorpore sin demasiadas dificultades, permitiendo que los miembros del GATT adopten medidas selectivas de protección, que normalmente están prohibidas en el GATT, en el caso de que se produjeran alteraciones del mercado. Mientras que en China algunos temen que esta estrategia perjudique a la larga a China al permitir que se sigan produciendo violaciones del *status* de nación más favorecida, otros la ven como la forma más fácil y rápida de integración, y un modo de proteger potencialmente a China de posibles sanciones de motivación política. El otro enfoque es la vía adoptada recientemente para la incorporación de México al GATT. Como parte de su acuerdo de adhesión, México aceptó un duro programa de ajustes encaminado a cumplir las condiciones exigidas por el GATT en una fecha determinada.

Dado su gran interés por mantener el actual sistema comercial internacional, los países de la Trilateral deben insistir en que China y Taiwán se comprometan firmemente a cumplir las normas del GATT/OMC. Para los países de la Trilateral, la importancia de tener a China y Taiwán en el GATT/OMC radica precisamente en que garantiza su adhesión a los principios y la disciplina del GATT, algo que también resulta muy beneficioso para las economías de dichos países. Son requisitos indispensables para la admisión en el GATT unos compromisos arancelarios aceptables, el desmantelamiento de las barreras no arancelarias, la transparencia de las normas comerciales y la adherencia a los principios y la disciplina del GATT (incluyendo los puntos negociados durante la Ronda Uruguay). Estos requisitos y las fechas para su cumplimiento deberían fijarse claramente durante los acuerdos de adhesión.

La insistencia de China en ser catalogada como "país en vías de desarrollo" plantea otro posible problema. Permitiría que China mantuviera la protección arancelaria de sus "industrias nacientes", como los automóviles, la maquinaria y la electrónica. Sin lugar a dudas, esto provocaría fuertes quejas de otros miembros del GATT, que ya se sienten frustrados por las barreras mercantiles existentes en China. Según los estatutos del GATT, este tipo de barreras de

protección sólo se pueden mantener durante tres años, y cualquier extensión del plazo debe ser negociada. Probablemente, tanto las protecciones iniciales como las extensiones posteriores serán problemáticas.

A pesar de estas complicaciones, los países de la Trilateral deben colaborar con China y Taiwán para conseguir que su incorporación al GATT/OMC se produzca lo antes posible y de forma concordante con los requisitos de las organizaciones comerciales internacionales. Ambas economías interpretan un importante papel en la economía mundial y, por lo tanto, deben ser admitidas al GATT en cuanto cumplan los requisitos, sin que el acceso de una dependa del de la otra.

La APEC

La Cooperación Económica de la región Asia-Pacífico (Asia Pacific Economic Cooperation) está intentando intensificar el diálogo entre China y el resto de la región. Aunque no fue creada hasta 1989, la APEC ya ha demostrado su utilidad como foro de debate. En noviembre de 1993 recibió un gran impulso adicional al producirse una "conferencia informal de líderes" en la que estuvieron presentes la mayoría de los principales mandatarios de los 15 países miembros de la APEC, incluido el presidente chino Jiang Zemin. Aunque muchos de sus miembros hacen hincapié en que sólo tiene valor consultivo y no es un foro de negociación, la APEC ha empezado a poner en práctica sugerencias concretas para la liberalización de la región, que son elaboradas por sus grupos de trabajo y sus "Grupos de Eminencias". Por su propósito explícito de contribuir regionalmente a la liberalización mundial de la economía, la APEC puede ser una vía eficaz para la integración de China en la economía mundial.²⁹

La APEC resulta especialmente atractiva porque ha conseguido resolver satisfactoriamente el espinoso problema de la incorporación de China a sus filas. La República Popular, Taiwán y Hong Kong fueron admitidos simultáneamente en 1991, y los tres participan en las reuniones de la APEC; no obstante, Taiwán y Hong Kong están representados a un nivel gubernamental más bajo que la República Popular. Esta fórmula ha dado buenos resultados y podría emplearse en otros ámbitos.

Servirse de la APEC para fomentar la integración de China también tiene sentido por la importancia que la región Asia-Pacífico tiene para el desarrollo económico chino. A su vez, el crecimiento sostenido de China puede servir de motor para toda la región. La política china de reformas y apertura también influye sobre otros países de la región, como

Indonesia y Vietnam, a los que empuja hacia la implantación de sus propias medidas de liberalización.

Status de nación más favorecida en los Estados Unidos

Los Estados Unidos han insistido en supeditar la continuidad del *status* arancelario de nación más favorecida en el mercado americano al comportamiento de China en el ámbito de los derechos humanos. China lleva recibiendo el trato de nación más favorecida desde 1979, cuando la enmienda Jackson-Vanik a la Ley de Comercio de 1974 concedió la posibilidad de otorgar dicho trato a las economías no de mercado que permitieran la libre emigración o progresaran en sus intentos por consentirla. Para que una nación siga recibiendo este tratamiento es necesaria la ratificación anual del presidente, sujeta a su vez al veto del Congreso.

La prolongación del *status* de China como nación más favorecida empezó a resultar controvertida en los Estados Unidos en 1989, tras los sucesos de Tiananmen, cuando el Congreso estuvo a punto de vetar la anterior ratificación anual del presidente Bush. En junio de 1993, la administración Clinton ratificó el tratamiento, pero condicionó la extensión de 1994 a que durante el año en curso se produjera una mejora considerable en el terreno de los derechos humanos. La administración esperaba poder recuperar entre tanto el consenso entre los dos partidos sobre el *status* de nación más favorecida para China, devolver la iniciativa política al Ejecutivo, ganar tiempo para reconsiderar la cuestión con los chinos y, con suerte, lograr un avance sustancial en las negociaciones con éstos. Pero ni la administración americana ni los chinos cumplieron con las expectativas, y en 1994 la administración Clinton se encuentra de nuevo ante el mismo problema que en 1993.

Hoy por hoy, no parece políticamente factible que la administración Clinton renueve a China el trato de nación más favorecida sin tener en cuenta la situación de los derechos humanos. Nosotros recomendamos una nueva extensión anual con la esperanza de que China siga avanzando en ese terreno. De hecho, la no renovación sería perjudicial para el respeto de los derechos humanos en China. También conllevaría enormes costos económicos para China y los Estados Unidos, y asimismo para las economías que colaboran más estrechamente en la relación comercial entre ambas, como Taiwán y Hong Kong. Por último, sería perjudicial para las relaciones de los Estados Unidos con Europa y con Asia (que son partidarios de concederle a China el tratamiento comercial de nación más favorecida), y para el comercio mundial.

A largo plazo, esperamos que los Estados Unidos puedan conceder el *status* de nación más favorecida a China sin necesidad de revisiones anuales. Como todas las demás naciones, los Estados Unidos tienen intereses morales y políticos legítimos en el respeto de los derechos humanos en otros países (véase el capítulo VIII). Pero los Estados Unidos es el único país que supedita el trato de nación más favorecida al respeto de los derechos humanos, y sólo lo hace cuando se trata de países comunistas o que lo eran hasta hace poco. A esto se añade que, como consecuencia del proceso político que rodea las ratificaciones anuales, las condiciones exigidas por los Estados Unidos en este terreno están sujetas a interpretación subjetiva y pueden ser modificadas por el Congreso o el Ejecutivo. Irónicamente, muchos observadores creen que la situación de los derechos humanos en China ha mejorado mucho desde 1979, cuando se le concedió el *status* de nación más favorecida, y que es mejor que durante los años 80, cuando dicho tratamiento era confirmado anualmente sin grandes controversias.

A Europa, Japón y Canadá no les interesa en absoluto que aumenten las tensiones entre los Estados Unidos y China, y cabe pensar que sus políticas obtienen a la postre mejores resultados en el respeto de los derechos humanos en China. A largo plazo, un dialogo firme y continuado con los distintos niveles de la administración china sobre el respeto de los derechos humanos al que China se ha comprometido resultará mucho más productivo que las amenazas unilaterales de suspender el tratamiento de nación más favorecida.

VI. La seguridad nacional china

Como hemos visto en la introducción, los líderes chinos quieren tener poder tanto militar como económico. Por ello, si el desarrollo de China tiene éxito y es duradero, plantea un reto distinto al que en su momento planteó la reemergencia de Japón y Alemania como potencias económicas, o la de la Unión Soviética como potencia militar tras la Segunda Guerra Mundial. Desde una perspectiva estratégica, las dimensiones militares y de seguridad de la emergencia de China como una gran potencia plantean tres cuestiones fundamentales.

En primer lugar, ¿cómo empleará China su creciente poder militar? Gracias a su próspera economía, China está emprendiendo un importante programa de modernización militar. Su presupuesto militar está creciendo y, gracias a los bajos precios actuales de las armas y la tecnología de defensa, está importando nuevas armas de gran sofisticación, especialmente desde Rusia. Al mismo tiempo, las fuerzas armadas chinas han sido recortadas en un esfuerzo por incrementar su eficacia y su profesionalidad. No obstante, los objetivos últimos de la modernización defensiva china siguen estando en la penumbra.

En segundo lugar, ¿cómo afectará al orden internacional el papel cada vez más importante de China como proveedor de tecnologías y equipos militares y de doble uso? Las ventas chinas más polémicas son las realizadas a países que no están comprometidos con el *statu quo* internacional; países a los que, por lo tanto, les resulta muy difícil conseguir suministros de los países de la Trilateral. Esto nos hace cuestionarnos los motivos de China; ¿tienen los chinos un propósito político definido al realizar sus ventas, o son transacciones de índole puramente comercial que pasan por alto sus posibles implicaciones geopolíticas?

Por último, ¿cómo puede contribuir China a la reconfiguración del orden internacional y regional posterior a la Guerra Fría? China nunca se ha caracterizado por proponer iniciativas políticas para resolver las cuestiones básicas de seguridad que afectan a su región, como por ejemplo la amenaza nuclear de Corea del Norte. Parece tener una clara preferencia por las reuniones bilaterales sobre asuntos de seguridad, en vez de actuar a través de instituciones y procesos multilaterales. ¿Podría desempeñar China un papel más constructivo en el ámbito de la seguridad, colaborando con los países de la Trilateral o con sus vecinos de la región Asia-Pacífico de forma multilateral?

Necesidades y aspiraciones en el ámbito de la seguridad

Un acercamiento en el ámbito de la defensa entre la Trilateral y China debe basarse en una comprensión realista de las necesidades de la seguridad nacional china y sus aspiraciones de gran potencia. Como en el caso de cualquier otra nación, la política de seguridad nacional china depende de la percepción de sus amenazas y objetivos. En el caso de China, éstos son los de una gran potencia. Según un estratega chino, las preocupaciones relativas a la seguridad nacional son básicamente tres: que Rusia vuelva a emerger como potencia expansionista, que Japón vuelva a militarizarse y que los Estados Unidos puedan convertirse en una fuerza hostil. Se trata de amenazas hipotéticas en el contexto actual, pero desde el punto de vista chino no son tan remotas. Las humillaciones sufridas en el pasado a manos de las potencias imperialistas todavía están muy presentes en las mentes de los políticos y estrategas chinos; para ellos, la experiencia histórica justifica un esfuerzo continuo y sostenido por desarrollar la capacidad defensiva hasta el punto que sea necesario para disuadir a los posibles agresores. En palabras del mismo estratega chino, las aspiraciones de China a largo plazo consisten en "recibir realmente el mismo trato que las otras grandes potencias".

Esto apunta hacia una característica central de la política china de seguridad nacional: sus puntos de referencia son las otras grandes potencias. China no quiere estar relegada con respecto a las demás grandes potencias, pero es consciente de que actualmente sus fuerzas son manifiestamente inferiores a las de los Estados Unidos; sobre todo después del despliegue de fuerza mostrado por éstos durante la Guerra del Golfo. Para los estrategas chinos de defensa, este enfrentamiento bélico confirmó la validez de las directrices de modernización militar trazadas durante la era de Deng Xiaoping, que se apartaban de la defensa basada en las fuerzas masivas, inclinándose por la profesionalización y la sustitución de soldados por tecnología.

Para muchos observadores internacionales, la modernización militar de China resulta incongruente tras el final de la Guerra Fría. En el contexto actual no parece necesario aumentar los gastos de defensa. Rusia ya no representa una amenaza inminente, y lo más probable es que sus recursos, sus inversiones y su preparación en el ámbito militar sigan disminuyendo. Japón también ha reducido sus gastos militares de cerca del 1 por ciento del producto nacional bruto al 0,9 por ciento, y continúa desaprobando

cualquier deseo de volver a tener fuerzas de carácter ofensivo (no obstante, hay que reconocer que desde el punto de vista chino Japón no tiene una fuerza militar desdeñable; en términos de tipos de cambio, los gastos militares japoneses son mucho mayores que los de China). Aunque los Estados Unidos siguen siendo una superpotencia militar mundial, han reducido considerablemente el personal de defensa y las instalaciones militares en el extranjero, además de los gastos de adquisición de armas. En porcentaje del producto nacional bruto, los gastos de defensa de los Estados Unidos han descendido al nivel de la década de 1930. Aunque en comparación con los que han realizado en Europa los recortes del despliegue militar de los Estados Unidos en la región Asia-Pacífico han sido muy modestos (el más importante fue el cierre de las instalaciones en Filipinas), existe una clara tendencia a emprender mayores recortes en la medida que lo permitan las condiciones de seguridad.

El continuo fortalecimiento militar de China, en un momento en el que la tendencia general es la contraria, hace dudar de las intenciones de sus líderes. China es una potencia nuclear. Pero también existen otras cuestiones que llaman la atención sobre las ambiciones chinas. En primer lugar, China sigue manteniendo contenciosos territoriales con algunos de sus vecinos, entre los que se incluyen Rusia, la India y una serie de países del sureste asiático cuyas reclamaciones en el mar de China Meridional entran en conflicto directo con las de China. Como es natural, estos vecinos sospechan que China intenta obtener una posición militar preeminente que le de ventaja a la hora de negociar sus reivindicaciones territoriales.

En segundo lugar, y dado que el fortalecimiento militar chino pretende alcanzar un nivel equiparable al de las demás grandes potencias mundiales, resulta imposible que los países fronterizos de menor tamaño puedan mantener una fuerza militar equivalente. Estos países cada vez se sentirán más inquietos ante el desequilibrio de fuerzas. Por ello, los esfuerzos chinos por reforzar su defensa pueden ser el detonante de una carrera de armamento en Asia. Algunos mantienen que ese ya es el caso.

En tercer lugar, los países asiáticos son profundamente conscientes de la propensión de la República Popular a emplear la fuerza en las disputas con sus vecinos. Algunos ejemplos son la intervención en la guerra de Corea de 1950-1953, sus esfuerzos por expulsar a las fuerzas nacionalistas de las islas de Quemoy y Matsu a mediados de los años 50, la guerra de 1962 con la India, los incidentes fronterizos con Rusia en 1969, la expulsión de las fuerzas sudvietnamitas de las islas Paracel en 1974, la incursión de 1979 en los límites

septentrionales de Vietnam y los enfrentamientos de 1988 contra las fuerzas vietnamitas en las islas Spratlys. Que China tuviese o no razones justificables para emplear la fuerza en cada una de estas ocasiones no es la cuestión, ni tampoco lo es la naturaleza precavida y limitada de muchas de estas intervenciones militares. La cuestión es que China ha demostrado en repetidas ocasiones que está dispuesta a emplear la fuerza militar contra sus vecinos, y que esto causa una gran preocupación ahora que China está embarcada en un programa visible de modernización militar. Además, China se ha mostrado más que dispuesta a estrechar sus lazos y brindar asistencia militar a Corea del Norte, los *jemerres rojos y Birmania.

Para los países del sureste asiático, la política que China siga respecto a las islas Spratlys en el mar de China Meridional resultará una prueba fundamental de la buena voluntad de China en la región. La cuestión tiene aún más importancia por su trasfondo energético. Como hemos dicho en el capítulo anterior, China se está convirtiendo en un importador de petróleo, y a finales del siglo quizá necesite comprar hasta un millón de barriles diarios en Oriente Medio.³⁰ A medida que crece la dependencia china del petróleo, también aumentan los intereses que hay en juego en las Spratlys, situadas en la ruta marítima que se dirige hacia el norte desde el estrecho de Melaka. Además, el valor principal de estos islotes yace en los recursos marítimos y *coralíferos que se asocian con su zona económica exclusiva de 200 millas. Mientras los especialistas discuten sobre el potencial de los recursos del mar de China Meridional, algunos piensan que la zona de las Spratlys puede tener importantes yacimientos de petróleo y gas.

Hay otras dos cuestiones que también plantean dudas sobre la modernización militar de China: la falta de transparencia sobre las doctrinas estratégicas y la ausencia de mecanismos políticos para asegurar el control civil de los militares. Al contrario que un número cada vez mayor de países asiáticos, incluyendo a Japón y Corea del Sur, China no publica un "libro blanco" anual sobre defensa. Y aunque todos los países practican el secretismo en el área de la seguridad nacional, China lo practica en una medida inusual, oscureciendo o distorsionando datos básicos de defensa tanto para los extranjeros como para sus propios ciudadanos. En el sistema chino no existe ningún procedimiento para dar a conocer datos sobre la política de seguridad o los planes de defensa que se pueda comparar a los *hearings* del Congreso de los Estados Unidos o a las sesiones parlamentarias de preguntas que tienen lugar en muchos países de la Trilateral.

En cuanto a la política interior, como ya hemos visto en el capítulo III, el control civil, o del Partido, sobre los militares sólo existe a los más altos niveles, y los militares tienen acceso directo al Politburó. Naturalmente, esto incrementa las dudas sobre la capacidad de los mandatarios civiles para controlar y disciplinar a los militares a largo plazo, y sobre las ambiciones de los militares y su papel en las relaciones exteriores. Ya se han dado señales de su poder y su independencia en cuestiones de política exterior, especialmente en los casos de las islas Spratlys y las ventas de armas.

La venta de armas

Los chinos suelen recordar frecuentemente que aunque en aumento, sus ventas de armas siguen estando muy por debajo de las de Estados Unidos y muchos otros países de la Trilateral. No obstante, sus compradores participan a menudo en carreras locales de armamento, o tienen ambiciones que amenazan con romper el equilibrio del orden internacional. China es un proveedor de armas relativamente nuevo cuyas ventas están dirigidas hacia países que por una razón u otra encuentran dificultades a la hora de conseguir armas a través de los canales establecidos. Suele tratarse de países en vías de desarrollo -en la lista están Argelia, Irán, Irak y Pakistán- que buscan armas baratas o acceso a las tecnologías más sofisticadas que les niegan los países de la Trilateral.

Así, las ventas chinas de armas parecen responder a motivaciones económicas, y no tienen demasiado en cuenta las posibles consecuencias que éstas puedan tener sobre el orden internacional. La venta del año pasado de tecnología de misiles M-11 tierra-tierra a Pakistán es un buen ejemplo. Según los Estados Unidos, la venta violaba el *Régimen de Control de Tecnología de Misiles (MTCR), un acuerdo que, aunque no ha firmado, China ha prometido respetar. Como consecuencia, y de acuerdo con la ley estadounidense, el Departamento de Estado no tuvo más remedio que aplicar sanciones a China. China se defendió argumentando que el alcance de los M-11 es menor que el mínimo de 300 kilómetros establecido por el *MTCR, y tachó las sanciones estadounidenses de "acto flagrante de hegemonía" que "viola brutalmente las normas básicas que gobiernan las relaciones internacionales".³¹ Detrás de los argumentos más técnicos se escondía la preocupación norteamericana por que los misiles pudieran contribuir a empeorar la carrera de armamento en el sur de Asia; una zona en la que las dos potencias principales, la India y Pakistán, tienen capacidad nuclear. Además, los

Estados Unidos se sentían despechados por el fracaso en intentos anteriores de negociar las ventas de misiles.

China denuncia lo que considera, con cierta razón, un doble rasero. Se ha recordado que Occidente vende aviones modernos con una capacidad igual o mayor que la de los misiles M-11 a países en vías de desarrollo. Además, denuncian que el *MTCR fue negociado por las naciones occidentales sin la participación de China, y que el límite de 300 kilómetros fue establecido pensando precisamente en las características de los misiles occidentales.

La contribución de China al orden internacional

Los líderes chinos afirman que en un momento en el que la principal prioridad de China es su modernización económica, su política exterior se rige por encima de todo por el deseo de lograr un entorno estable. Especialmente desde el final de la Guerra Fría, China ha mejorado sus relaciones con algunos de sus vecinos, como Rusia, Corea del Sur, Vietnam y la India. Ha aprovechado su influencia sobre sus clientes de tantos años, los *jemes rojos, para convencerles de que participaran en el proceso de paz de Camboya, y aportó 426 observadores e ingenieros a la misión de paz de las Naciones Unidas en este país. Parece haber alentado a Corea del Norte a someterse a las inspecciones internacionales de sus instalaciones nucleares, al mismo tiempo que aconsejaba a la comunidad internacional que optara por la vía diplomática en vez de por la adopción de sanciones económicas para lograr un acuerdo aceptable de inspección con Corea del Norte. Se ha incorporado al Foro Regional de la ASEAN, participando en las conversaciones intergubernamentales sobre la seguridad de la región Asia-Pacífico, cuyas primeras consultas a nivel ministerial tendrán lugar este mismo año. Más allá de su entorno geográfico inmediato, China no empleó su capacidad de veto en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas para oponerse a la intervención multilateral para restaurar la soberanía de Kuwait tras la invasión iraquí.

Aunque China ha cooperado con otros países en temas de seguridad regional y mundial, no ha estado a la cabeza de los esfuerzos multilaterales ni a nivel regional ni a nivel mundial. De hecho, China da la impresión de limitarse a seguir estos esfuerzos, aprovechando la posibilidad de no cooperar para maximizar su influencia. Parece preferir las vías bilaterales a las vías multilaterales de cooperación con otros países en materia política y de seguridad. Siempre está dispuesta a explotar cualquier oportunidad de aumentar su influencia política. Un ejemplo reciente son los esfuerzos de

China por explotar el aislamiento y la necesidad de Myanmar (Birmania) estableciendo una gran operación de ayuda para reforzar su posición en este país. Ha demostrado bastante poco interés por cooperar de forma intensiva con otras naciones, por ejemplo para resolver cuestiones como el control de armas o el problema de Corea del Norte, lo cual ha planteando serias dudas sobre sus verdaderas intenciones.

Las dudas sobre el grado de compromiso de China con la paz y la seguridad regional y mundial no desaparecerán hasta que China adopte una postura más firme y visible en la protección del orden internacional. En su calidad de nueva potencia, que emerge en un momento de cambios fundamentales en la estructura política internacional, China tiene la responsabilidad de clarificar su compromiso por lograr un orden internacional estable, y no sólo retóricamente, sino también mediante sus acciones de política exterior y su participación en las organizaciones internacionales.

Implicaciones políticas para los países de la Trilateral

Los países de la Trilateral deben hacer hincapié en su voluntad de tratar a China como a un socio en la resolución de problemas comunes de seguridad. Los principales elementos de esta asociación en el ámbito de la seguridad son los siguientes:

1) Los países de la Trilateral deben respetar las legítimas preocupaciones de seguridad de China, y no deben intentar socavar su seguridad nacional. Recíprocamente, esperan que China se muestre sensible a las legítimas preocupaciones de seguridad de los países de la Trilateral y sus amigos y aliados.

2) Los países de la Trilateral deben intentar mantener contactos bilaterales, regionales y mundiales con China, a nivel oficial y no oficial, sobre temas de seguridad. Durante estos contactos, los países de la Trilateral deben manifestar con claridad sus propios intereses de seguridad. Estos intereses incluyen la unidad y la vitalidad económica de China. También incluyen la integridad y el bienestar económico de los países de menor tamaño que rodean a China, como por ejemplo Vietnam.

3) En su calidad de socio de seguridad, se debe esperar que China incremente la transparencia de sus esfuerzos de defensa y que adopte medidas que aumenten la confianza en ella, con el objeto de para mejorar la comprensión de sus

intereses de seguridad y tranquilizar a los demás países sobre su postura defensiva. Para incrementar la transparencia es necesario proporcionar e intercambiar información relativa a cuestiones como la doctrina defensiva, los planes de defensa, las adquisiciones de armas, los niveles de gastos, los ejercicios militares y las alianzas militares exteriores. Las medidas encaminadas a aumentar la confianza pueden incluir la notificación previa y la presencia de observadores en sus maniobras y ejercicios, las maniobras conjuntas, las visitas a buques de la armada, las inspecciones mutuas y otras medidas que puedan ayudar a evitar incidentes. Los países de la Trilateral verían con buenos ojos que China adoptara estas medidas a nivel bilateral, regional y mundial.

4) Los países de la Trilateral desean que China participe plenamente en el desarrollo de tratados subregionales, regionales y mundiales para cuestiones como la no-proliferación, las armas químicas y biológicas, el control de la tecnología de misiles y las nuevas limitaciones y reducciones de armas estratégicas.

5) Los países de la Trilateral deben alentar la plena participación de China en áreas específicas de interés común (pero no necesariamente de intereses idénticos), como la cuestión del armamento nuclear de Corea del Norte y la prevención de las carreras de armamento en el sur y el sureste de Asia. El Foro Regional de la ASEAN es una posible vía para emprender estas conversaciones, aunque aún se encuentra en una fase muy temprana de desarrollo y cubre un horizonte demasiado amplio para tratar con eficacia algunos asuntos de índole subregional.

6) Los países de la Trilateral deben aceptar una mayor participación de China en los esfuerzos pacificadores de las Naciones Unidas, y deben comprometer a China de forma más activa en las conversaciones sobre cuestiones de paz y seguridad fuera de su entorno asiático, como las relativas a Oriente Medio y Africa.

7) Los países de la Trilateral deben dejar claro que desean contribuir a lograr un entorno político internacional estable que, como los propios líderes chinos han reconocido, también será beneficioso para China. A este respecto, los Estados Unidos tienen la intención de mantener su fuerza militar en la región Asia-Pacífico, y Japón pretende proseguir en lo esencial su política de de seguridad nacional basada en la "defensa defensiva". Para poder hacerlo, es necesario que Japón siga siendo un firme aliado de los Estados Unidos.

8) Los países de la Trilateral deben expresar claramente sus preocupaciones sobre la política de defensa y de transferencia de armas de China. Los países de la Trilateral no deben dudar en emplear su ascendiente económico sobre China cuando ésta haya violado claramente los acuerdos internacionales o se haya comportado de una forma que haga peligrar la paz y la estabilidad. China debe entender que su comportamiento afectará al flujo de ayudas y a su disponibilidad de créditos y tecnología.

9) En este capítulo, Europa ha sido mencionada con menos asiduidad que otras zonas de la Trilateral. Sin embargo, Europa puede ayudar de forma substancial a obtener el compromiso de China en cuestiones de seguridad. Gran Bretaña y Francia comparten asiento con China en su calidad de miembros permanentes del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, un lugar clave para involucrar a China en asuntos de seguridad de alcance mundial. Europa y China participan (o deberían hacerlo) en distintas organizaciones de seguridad de ámbito mundial. En algunos aspectos, los países europeos que participan de forma activa en estas organizaciones pueden exponer los principales intereses internacionales a China con mayor claridad que los Estados Unidos y Japón, cuya involucración con los chinos en el ámbito de seguridad es mucho más inmediata. Pero Europa también tiene importantes intereses directos. Europa comparte la preocupación china ante la posible reemergencia de una Rusia expansionista, y la búsqueda de una nueva relación mutuamente beneficiosa con la nueva Rusia tendrá que incluir necesariamente a China. Además, a medida que los intereses de los países europeos en el este de Asia sigan creciendo, también crecerá el interés europeo por la estabilidad política y el desarrollo de la zona. Los intercambios comerciales de Europa con el este de Asia crecen rápidamente, hasta el punto de que en 1992 llegaron a superar al comercio con los Estados Unidos.

VII. PROBLEMAS DE ÍNDOLE MUNDIAL Y EL PAPEL DE CHINA

Aspectos generales

Cuestiones como la no proliferación nuclear, la degradación medioambiental, el control de la población y la salud pública afectan a naciones de todos los puntos de la tierra y todos los niveles de desarrollo. El accidente nuclear de Chernobyl, en Ucrania, provocó una nube radioactiva que llegó hasta el mismísimo límite occidental de Europa. Los *CFC emitidos en los Estados Unidos están relacionados con el agujero de la capa de ozono que está afectando la cadena alimentaria en los mares que rodean la Antártida. Una enfermedad de transmisión sexual originada en el oeste de África se ha convertido en el mayor azote de las zonas urbanas de América, Europa y el Sureste Asiático. La comunidad internacional ha empezado a darse cuenta de que la única forma de combatir este tipo de problemas es mediante la cooperación internacional.

La bipolarización de la Guerra Fría ya no paraliza ni politiza los esfuerzos internacionales. Europa Occidental y los Estados Unidos están ayudando a Ucrania a recubrir el reactor de Chernobyl. Y se han firmado nuevos tratados internacionales, como el *Tratado de la Biodiversidad.

No hay duda de que la participación de China en estos esfuerzos resulta crucial. China no sólo representa a más del 20 por ciento de la población mundial, sino que su rápido crecimiento económico y su posición cada vez más influyente la involucran cada vez más profundamente en estos problemas de índole mundial, permitiendo que pueda contribuir de forma más activa a su resolución.

Existen razones para pensar que China participará de forma activa en los esfuerzos internacionales de cooperación. China está deseosa de obtener el reconocimiento internacional de su nuevo y más elevado *status*, y sabe que la participación en las iniciativas mundiales le reportará prestigio y respeto. Ya ha dejado entrever que está dispuesta a cooperar en determinadas cuestiones. De hecho, en algunas cuestiones medioambientales está al mismo nivel, o incluso por delante, de algunas de las principales naciones industrializadas. Fue uno de los primeros países en aprobar el *Tratado de la Biodiversidad, un tratado que los Estados Unidos aún no han ratificado.³² China acordó adherirse a la prohibición de realizar vertidos radioactivos en el mar al mismo tiempo que

Gran Bretaña.³³ Incluso en las negociaciones en las que plantea serias objeciones, como las actuales conversaciones sobre la regulación del comercio de madera tropical, China se ha encontrado compartiendo posiciones con la Unión Europea y *Austria.³⁴

No obstante, aún hay lugar para mejorar y razones para preocuparse. Dada la idea que los chinos tienen de sí mismos y de la posición que deben ocupar en el mundo, su presencia en los esfuerzos multilaterales resulta especialmente delicada. Aunque cada vez tiene más experiencia en dicho campo, China todavía no se encuentra a gusto en la cooperación multilateral. Tradicionalmente, las relaciones de China con otros países han tendido a ser bilaterales y a estar saturadas de juegos tradicionales de poder. A través de este prisma de *realpolitik*, Pequín ve los compromisos internacionales que pueden interferir en el crecimiento a corto plazo de China como un intento por "mantener a China sojuzgada", especialmente cuando sospecha que otras grandes potencias no se adhieren a estos mismos compromisos. La comunidad internacional tendrá que cooperar estrechamente con China para convencerla tanto de que su participación en los esfuerzos multilaterales de cooperación puede redundar en su propio beneficio a largo plazo, como de que China no será el único país obligado por las nuevas leyes y reglamentaciones.

La actual obsesión china por el desarrollo económico por encima de cualquier otra consideración plantea un segundo obstáculo. Muchos de los problemas que requieren atención internacional son exacerbados por las naciones preocupadas únicamente por obtener ganancias económicas inmediatas. Los ejemplos más obvios son la contaminación y la proliferación de armas. Lo más probable es que China rechace cualquier norma internacional que pueda suponer un obstáculo para sus ambiciones económicas. Además, China a menudo carece del capital, la tecnología y los conocimientos necesarios para emprender a cabo los costosos cambios que exigen las regulaciones internacionales. Sin ayuda, es posible que China no sea capaz de cumplir las nuevas normas internacionales.

Aun cuando se muestre dispuesta a ello, China carece de las leyes y las instituciones necesarias para hacer cumplir las normas internacionales. Esto ha provocado gran frustración entre sus socios comerciales, y también obstaculizará, sin lugar a dudas, la resolución de los problemas de índole mundial.

La no proliferación

La proliferación de armas de destrucción masiva probablemente sea el problema mundial más acuciante una vez acabada la Guerra Fría. Tras la caída de la Unión Soviética, un gran arsenal de armas y tecnología altamente destructivas ha quedado en manos de naciones con gran necesidad de obtener dinero. Gran parte de él se está vendiendo en zonas inestables del mundo, con el consiguiente riesgo de generar mayor inestabilidad y carreras de armamento regionales. China ha comprado a Rusia aviones de combate y misiles. Al emerger como potencia mundial, China cree que debe tener la misma capacidad defensiva que las demás potencias.

En lo referente a la exportación, el *Ejército Rojo se ha incorporado activamente al comercio de armas, deseoso de conseguir divisas para su programa de modernización. Ya hemos mencionado la cuestionable venta de tecnología de misiles a Pakistán. China ha seguido negándose a acatar plenamente cualquier régimen de control de exportación de armas, y ha aprovechado su posición en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas para bloquear las iniciativas destinadas a lograr un intercambio de información sobre las exportaciones de armas. China piensa que la finalidad de estas medidas consiste en mantenerla doblegada mientras se permite que las potencias establecidas sigan haciendo lo que les plazca. Y la gran actividad comercial de armas de las grandes potencias occidentales confirma sus sospechas.

Sin embargo, China no quiere quedarse al margen de la comunidad internacional. Le molesta profundamente que la cataloguen de "nación conflictiva", junto a países como Irán, Irak o Birmania. Los comentarios de este tipo realizados por el consejero para la Seguridad Nacional de los Estados Unidos, Anthony Lake, y la embajadora del mismo país en las Naciones Unidas, Madeleine Albright, representan un fuerte golpe para el orgullo chino.³⁵ China está participando en algunos esfuerzos internacionales para controlar la proliferación, y quisiera recibir el reconocimiento debido. El 16 de marzo de 1994, el presidente Clinton amplió la moratoria estadounidense sobre las pruebas nucleares hasta septiembre de 1995, profundizando la brecha existente entre China y las potencias nucleares que han optado por no realizar nuevas pruebas. En última instancia, esto urgirá a China a acatar la prohibición internacional si pretende deshacerse de su reputación de renegada.

China ha prometido someterse al *Régimen de Control de Tecnología de Misiles, aunque aún no lo ha ratificado con su firma. Es posible que China se muestre más dispuesta a acatar sus reglas si se le concede una mayor capacidad de decisión en el MTCR. La participación de China en el esfuerzo internacional para prevenir la amenaza nuclear de Corea del

Norte es otro ejemplo de la predisposición de China a participar en las iniciativas internacionales de no proliferación (véase el capítulo VI).

En resumen, los antecedentes de China en las iniciativas de no proliferación son mixtos. La combinación de la paranoia china y la hipocresía occidental han hecho imposible que China participe plenamente en los esfuerzos internacionales de no proliferación.

Problemas medioambientales

Como consecuencia de su dependencia casi exclusiva del carbón para satisfacer su creciente demanda energética, China padece un problema especialmente grave de contaminación atmosférica. El carbón de alto contenido sulfúrico produce casi tres cuartas partes de la energía nacional, y el sulfuro del carbón provoca lluvia ácida. China probablemente sea el principal causante de la lluvia ácida de la región, que provoca la destrucción de bosques hasta en la remota Siberia, Corea y Japón.³⁶

La industrialización irresponsable ha causado una gran contaminación del agua. Más de dos terceras partes de los residuos líquidos domésticos e industriales son vertidos a los ríos, los lagos y el mar sin ningún tratamiento. Aproximadamente el 30 por ciento de la población china no tiene acceso a una fuente segura y limpia de agua. Por ello, se da una alta incidencia de diarreas y otras dolencias intestinales que suelen acompañar al suministro de agua contaminada.³⁷ La política china está dañando la producción y la salud nacional: la escasez de agua limpia y aire limpio están reduciendo la productividad agrícola y aumentando los costos de manufacturación.

La administración irresponsable de las reservas de agua y la contaminación atmosférica ya han empezado a afectar a los países vecinos y al medioambiente global. La contaminación de las costas está aumentando en los mares de China Oriental y Meridional, y sin duda afectará pronto a la industria pesquera. Las emisiones chinas de gases que provocan el efecto invernadero, especialmente de dióxido de carbono, representan un importante porcentaje de las emisiones mundiales.

Como consecuencia de todo ello, cada vez existen más iniciativas regionales e internacionales para ayudar a China a mejorar sus prácticas medioambientales. En diciembre de 1993, China y Japón acordaron establecer un tratado de protección medioambiental que venía a sumarse a los acuerdos que China ya había firmado con Corea del Sur, la India y Canadá. El acuerdo entre China y Japón resulta especialmente significativo, ya

que en él China admitió por primera vez en la redacción de un tratado la existencia de lluvia ácida y contaminación atmosférica en su territorio.³⁸ China también ha empezado a emprender sus propias iniciativas nacionales para reducir la contaminación. Pequín planea construir una inmensa planta hidroeléctrica en la zona de las Tres Gargantas del río Yangtze, que, a pesar de plantear nuevos retos medioambientales, proporcionará energía para la región sin producir dióxido de carbono. China ha sido alabada por sus esfuerzos de controlar el consumo energético y promover el rendimiento industrial.³⁹

Sin embargo, muchas de las normas y los reglamentos establecidos por Pequín se han topado con prácticas de corrupción y con leyes e instituciones débiles. La adopción de medidas disuasorias más duras puede poner en peligro puestos de trabajo y el crecimiento económico, algo que el gobierno central no está dispuesto a considerar. Las prioridades del gobierno fueron expuestas con claridad por un funcionario de la Agencia Nacional China para la Protección del Medioambiente: "Simplemente tenemos que intentar reducir el índice de aumento de la contaminación a medida que China se desarrolla; pero no podemos detener el desarrollo".⁴⁰ Hará falta un esfuerzo internacional a gran escala, combinado con importantes incentivos y cooperación tecnológica, para conducir a China hacia la adopción de políticas de desarrollo más responsables con el medioambiente.

Políticas de salud y población

Además de los problemas de salud relacionados con la degradación medioambiental, China cada vez recibirá un mayor número de peticiones para colaborar en los esfuerzos internacionales para controlar la propagación de enfermedades altamente infecciosas. Aunque el SIDA todavía es casi inexistente en China, su rápida propagación por el sudeste de Asia garantiza su aparición en China tarde o temprano.⁴¹ Probablemente, las áreas de China con una alta incidencia de enfermedades de transmisión sexual, como la provincia de Yunnan, serán las primeras en experimentar la plaga del SIDA. Los esfuerzos internacionales (principalmente a través de la Organización Mundial de la Salud), centrados en la prevención y la inclusión de información sobre el SIDA en los programas generales de educación sexual, podrían ser de gran utilidad en China. Aunque estos programas le puedan parecer de mal gusto al púdico Partido Comunista, existen poderosos argumentos para empezar a trabajar lo antes posible en la prevención del SIDA en China.⁴²

En vista del tratamiento que ha dado hasta ahora a la planificación familiar, resultará interesante ver como hace frente China a esta enfermedad. Aunque hayan sido ampliamente censuradas por la comunidad internacional, sus tácticas coercitivas para controlar el aumento de la población se han mostrado eficaces. A pesar de ello, la población china sigue creciendo, y se espera que alcance los 1.300 millones de habitantes en el año 2000.⁴³ No está claro hasta qué punto será capaz el gobierno central de controlar una decisión tan fundamental como la de cuántos hijos tiene cada familia, especialmente si se produce la liberalización política prevista.

La inmensa población de China plantea un serio desafío para la estabilidad interior y el bienestar de sus vecinos. Como hemos dicho anteriormente, ya se está produciendo una migración masiva dentro de China, al ser cada vez más los campesinos pobres del interior que tienen que desplazarse a los prósperos centros urbanos de la costa. Pequín ha intentado reglamentar este proceso migratorio, pero al haber tenido que reducir las restricciones sobre los desplazamientos para poder emprender la reforma económica no hay duda de que el movimiento será cada vez mayor.

La emigración al exterior también ha causado preocupación regional e internacional; especialmente el tráfico ilegal de trabajadores chinos a otros países. La crisis del barco lleno de emigrantes clandestinos chinos que llegó a la costa oeste de los Estados Unidos antes de ser conducido a México llenó de vergüenza a todos los gobiernos involucrados. Desde luego, tanto a China como al resto del mundo les interesa acabar con

este tipo de contrabando y ayudar a resolver los problemas chinos de población. A largo plazo, la mejor forma de evitar un éxodo masivo de chinos, que sin duda inundarían el mundo, es garantizar el éxito del crecimiento económico chino. Tal como están las cosas, si el 0,1 por ciento de la población china decidiera emigrar, un mundo ya inundado de emigrantes tendría que encontrar sitio para otros 1,2 millones de personas.

Implicaciones políticas

Los países de la Trilateral deben hacer todo lo posible para conseguir que China participe de forma urgente en los esfuerzos por resolver estos problemas de índole mundial. Es muy importante transmitir a China la idea de que su participación redundará en su propio beneficio, y que comprenda que estos esfuerzos no pretenden detener su crecimiento, sino hacerlo más sostenible. Y además, los países de la Trilateral deben admitir que ellos también pueden mejorar en las áreas en las que critican a China.

En primer lugar, hay que centrarse en la no proliferación, ya que las actividades chinas en este campo han sido las más problemáticas, y podrían perjudicar el equilibrio del ámbito de la seguridad en varias regiones ya de por sí inestables. La clave estará en trabajar con China, en vez de intentar obligarla de forma unilateral a que acate las normas internacionales. Para que China no vea los intentos de reducir sus exportaciones de armas como un intento de apartarla de este lucrativo mercado, será crucial generar confianza mutua entre China y los países de la Trilateral. Es más, para garantizar el compromiso absoluto de China será esencial asegurarse de que su voz sea escuchada a la hora de confeccionar los regímenes de control (sus quejas sobre el MTCR se debieron al hecho de que los términos de éste fuesen establecidos sin contar con ella). China debe participar en los esfuerzos por extender la moratoria sobre la prohibición de pruebas nucleares.

Los países de la Trilateral tienen que tener cuidado de evitar cualquier tipo de hipocresía en sus demandas a China. Aunque tienen derecho a preocuparse por el rápido crecimiento de las emisiones de dióxido de carbono en China, éstas siguen siendo sin ser ni la mitad de las de los Estados Unidos.⁴⁴

La comunidad internacional debe comportarse de forma lógica y consecuente con China cuando aborde estos problemas de índole mundial. En la resolución de estos problemas lo mejor es que los países de la Trilateral obren como si fueran uno solo. Si un país llega a un acuerdo por separado con

China, por ejemplo para la venta de armas o productos contaminantes, socavarán de forma crítica los esfuerzos internacionales. La ayuda exterior a China debe guiarse por las normas internacionales, y quizá debería desarrollarse un nuevo marco más constructivo para China y para la comunidad internacional.

La Ayuda Oficial al Desarrollo de Japón ha desarrollado directrices que podrían aplicarse con éxito en los programas de asistencia de otros países de la OCDE. Estas nuevas directrices establecen que la ayuda estará supeditada a tres requisitos previos que conciernen directamente a China: el control de los gastos militares y de la compraventa de armas, el progreso en materia de derechos humanos y en la democratización, y la atención a las cuestiones medioambientales. Aunque Japón ha aplicado estas nuevas directrices con gran cautela (es muy poco probable que Japón retire de repente su ayuda a China), ha prometido ser cada vez más exigente con los receptores de su asistencia que no muestren claros progresos en estos tres campos.⁴⁵ Recomendamos que toda la asistencia de los países de la Trilateral se base en directrices similares, en vez de producirse mediante nuevas iniciativas unilaterales.

Sin duda, China necesita desesperadamente fondos para la limpieza medioambiental y la adquisición de tecnologías que no sean perjudiciales para el medioambiente. Creemos que todos los países de la Trilateral deben promover la asistencia prestada al respecto, concentrándose especialmente en la concesión de subsidios para la obtención de tecnologías limpias de carbón y fuentes de energía poco contaminantes. También se debe promover el intercambio internacional de información. Los viajes de aprendizaje (como el de la delegación de expertos chinos que se desplazó a Canadá para analizar los métodos canadienses para reducir las emisiones de los gases que provocan el efecto invernadero) tienen un valor inestimable, tanto para transmitir conocimientos técnicos como para mejorar los lazos internacionales.⁴⁶

Los países de la Trilateral deben ver a China como un mercado en ciernes para sus nuevas tecnologías medioambientales, fomentando así el intercambio comercial al tiempo que se ayuda a China a resolver sus problemas medioambientales. Para ello es necesario que determinados países de la Trilateral superen sus poco constructivas barreras ideológicas, que en el pasado han impedido que China recibiese este tipo de asistencia. Un ejemplo de ello es la negativa de los Estados Unidos a conceder más fondos a China, dentro de su programa de cooperación medioambiental con Asia, como protesta por los métodos chinos de control de población. Como ya hemos dicho, al tratar con China, los planteamientos

de tipo intimidatorio tienen todas las posibilidades de provocar la respuesta contraria a la deseada, mientras que si se le ayuda con asistencia y asesoramiento se pueden obtener resultados positivos.

Por último, la cooperación con China mediante programas de las Naciones Unidas, el Banco Mundial, la *IAEA y de otras organizaciones internacionales podría ser de gran ayuda para entrenar e instruir a profesionales y técnicos chinos. Este tipo de actividades contribuyen a establecer una atmósfera más cosmopolita en el gobierno y, como consecuencia de ello, dan más influencia a los profesionales y los tecnócratas formados en el exterior. En la mayoría de los campos, desde el calentamiento de la tierra hasta la banca internacional, está surgiendo un número cada vez mayor de tecnócratas de la nueva generación que tienen una visión mucho más interdependiente del mundo que sus predecesores.

VIII. El buen y eficaz gobierno de China

Los países de la Trilateral están interesados en el buen y eficaz gobierno de China. Todas las medidas políticas, tanto de índole exterior como interior, que el mundo espera de China -una economía de mercado correctamente reglamentada; un crecimiento equilibrado; una política de desarrollo, adquisición y venta de armas que contribuya a la estabilidad internacional y regional; una atención adecuada a los problemas medioambientales; programas humanos de planificación familiar; mejoras en el bienestar de la población- sólo se pueden lograr si el gobierno chino es capaz de cumplir sus obligaciones internacionales y de implementar sus reglamentos. Un gobierno así debe poder obtener el respeto del pueblo chino. El nepotismo, la corrupción, la inflación, la evasión de capital y la indolencia burocrática erosionan la eficacia del gobierno y promueven el menosprecio popular hacia sus líderes. Al contrario, un gobierno benevolente que responde a las demandas populares y le ofrece a la gente la oportunidad de influir en su propio futuro aumenta su legitimidad y tiene más posibilidades de ser estable.

Todos los pueblos del mundo juzgarán a sus mandatarios en función de sus propias experiencias y tradiciones. Así, para muchos norteamericanos, un buen gobierno es el que permite que sus ciudadanos puedan obtener pistolas, rifles y escopetas sin demasiadas dificultades, mientras que en la mayoría de los otros países las muertes causadas por estas armas serían interpretadas como una clara señal de la incompetencia gubernamental. Para la mayoría de los asiáticos, una sociedad en la que la familia está en decadencia y las tasas de divorcio son altas no está satisfaciendo los derechos fundamentales de los niños a ser criados como seres morales. Debemos comenzar el análisis del buen gobierno de China preguntándonos qué piensan los chinos sobre la tarea de gobernar.

LA HERENCIA CONFUCIONISTA Y EL COMETIDO DEL GOBIERNO

En el capítulo II ya dijimos que las tradiciones culturales de China son más ricas y variadas de lo que muchos se imaginan. El pragmatismo confucionista, el misticismo daoista, las religiones populares hedonistas y el esteticismo budista coexisten incluso en los mismos individuos. Pero algunas poderosas tendencias morales y prácticas que tienen su origen

en Confucio y sus discípulos están muy extendidas, tanto en la cultura popular como entre la sofisticada élite intelectual.

La tradición liberal occidental considera que cada individuo posee una combinación única de cualidades que le confieren su identidad. Por el contrario, la tradición dominante en China sostiene que la identidad humana se deriva del tejido de relaciones sociales al que cada persona está ligada inevitablemente.⁴⁷ Así, la identidad de cada persona no es el resultado de sus cualidades innatas sino del lugar que ocupa en la sociedad y de los pensamientos que sus padres, sus hermanos, sus cónyuges, su comunidad y su gobierno han cultivado en su mente. Según esta visión, los seres humanos no tienen cualidades innatas; son maleables. Y la felicidad no se alcanza descubriendo la esencia cada uno y desarrollando la individualidad y los talentos innatos, sino desempeñando correctamente las obligaciones sociales.

Estas visiones contrastantes provocan ideas divergentes sobre el cometido de gobernar. Según la tradición liberal occidental, el individuo, tocado por la gracia y dotado de derechos inalienables, es supremo. El buen gobierno debe proteger los derechos del individuo de las maquinaciones de sus prójimos; especialmente del mal gobierno de los que ostentan el poder. Según la tradición confucionista, la comunidad es suprema, pues los individuos sólo pueden alcanzar su pleno potencial a través de una comunidad virtuosa. Según esta visión, el propósito fundamental del buen gobierno es crear un orden social armonioso en el que los individuos puedan desempeñar su función y sus responsabilidades sociales.

Así, los documentos que rigen el gobierno en la tradición liberal occidental -la Carta Magna inglesa, la Declaración de Independencia de los Estados Unidos y el discurso de Lincoln en Gettysburg, la declaración francesa de los derechos humanos- ponen el énfasis sobre las limitaciones de poder de los mandatarios y le conceden prioridad a la libertad. La labor fundamental a la hora de elaborar una Constitución consiste en proteger a los gobernados de los abusos de poder de los gobernantes. En contraste, hasta hace poco la labor fundamental en China consistía en forjar instituciones que produjeran gobernantes virtuosos y les concedieran a estos gobernantes un poder ilimitado sobre sus súbditos que les permitiera promover comunidades morales. La piedad filial, la lealtad, el ritual y el decoro eran algunas de las virtudes más estimadas en el léxico confucionista, mientras que los conceptos de individualismo (geren zhuyi) y derechos humanos (ren quan) fueron incorporados al lenguaje en el siglo XIX.

Hemos exagerado a propósito los contrastes entre el pensamiento liberal occidental y las variantes dominantes del confucianismo. De hecho, muchos teóricos de la política

occidental han mantenido ideas que se asemejan bastante a las visiones más extendidas en China, y algunas de las diversas tradiciones intelectuales englobadas en el confucionismo resultan congruentes con el pensamiento occidental liberal, e incluso democrático.⁴⁸

El contraste entre el pensamiento liberal occidental y el confucionismo tradicional tampoco implica que los chinos estén dispuestos a aceptar mayores abusos de su dignidad que los occidentales. Determinados pautas universales de conducta humana están por encima de las diferencias culturales, y las teorías chinas de gobierno le dan tanta importancia a que el mandato sea benevolente y humano como las teorías occidentales. Además, las ideas occidentales sobre el gobierno han tenido un tremendo impacto en China durante el último siglo. Figuras tan dispares como John Dewey y Karl Marx, además de la evangelización social de los misioneros, han influido sobre la concepción contemporánea china de la misión del gobierno. Deng y sus asesores han demostrado ser bastante eclécticos al tomar prestadas ideas del este de Asia, de los antiguos países comunistas y de las democracias desarrolladas.

Nuestra tesis es bastante más modesta: la emergencia de China representa la emergencia de una civilización característica pero compleja. Sus líderes, que son producto de su cultura, afrontan sus labores de gobierno en función de su propia interpretación de la naturaleza humana y la finalidad del acto de gobernar. Esta interpretación es distinta a la de los países de la Trilateral. Por lo tanto, no es razonable esperar que China sea gobernada de la misma forma que Japón, Norteamérica o Europa Occidental. Las tradiciones políticas chinas no descuidan la importancia del individuo, pero ponen más énfasis sobre el desarrollo del individuo en un contexto social. Es importante que los líderes de los países de la Trilateral se aproximen a China mostrando respeto y comprensión por sus tradiciones políticas, en vez de despreciarlas e intentar transformarlas en virtud de los valores occidentales.

Aunque la comunidad internacional tenga intereses legítimos en la evolución pacífica del sistema político chino (un interés que China comparte plenamente), muchos de los actuales líderes de China piensan que gran parte de la presión internacional sobre su país está encaminada a reconfigurar China a imagen y semejanza de Occidente. Estos líderes han argumentado que los chinos deben encontrar su propio camino de desarrollo político, basado en su propia herencia cultural y sus necesidades de desarrollo, y no en los principios occidentales. En la comunidad internacional son muchos los que están básicamente de acuerdo con este argumento, y piensan que el desarrollo económico continuado, la apertura al mundo

exterior y la involucración de China en la comunidad internacional requieren un sistema político más abierto y tolerante. Pero el mundo exterior también puede adoptar medidas para contribuir a este proceso.

LAS RAMIFICACIONES POLITICAS DE LA LIBERALIZACION ECONOMICA
Muchos ejemplos, como los de Corea del Sur y Taiwán, sugieren que el desarrollo económico acaba por provocar la liberalización política. Aunque desde luego no intencionadamente, Deng Xiaoping y sus reformadores están fijando las bases para un Estado más abierto; están creando una clase media que se mostrará dispuesta a participar en la política y exigirá que se le ofrezca la oportunidad de influir sobre las cuestiones públicas.

La cada vez mayor diversidad ocupacional de la sociedad china también está provocando cambios políticos. El crecimiento económico está convirtiendo en ganadores a determinados sectores de la sociedad china: los granjeros que se han beneficiado de la reforma de la tierra y los inversores particulares de las prósperas regiones costeras. Al mismo tiempo, amenaza con convertir a otros en perdedores: los que trabajan en empresas estatales económicamente inviables. La influencia de estos intereses contrapuestos resulta evidente en la medida en que el gobierno vacila entre sus necesidades enfrentadas. Antes o después, la diversificación de intereses dentro de la sociedad china tendrá que verse reflejada en el propio seno del gobierno. Las demandas llegarán a ser demasiado variadas, y los demandantes demasiado numerosos. Entonces, el gobierno tendrá que crear vías institucionales para resolver las numerosas demandas sociales de todo tipo.

En Pequín ya se admite que la reforma política deberá seguir antes o después a la reforma económica. El programa de reforma política de siete puntos del secretario general del Partido Comunista, Zhao Ziyang, que fue presentado en 1987 ante el XIII congreso del partido, reflejaba esta conciencia. Aunque las durísimas medidas adoptadas en Tiananmen detuvieron temporalmente esta tendencia, los esfuerzos reformistas del Partido Comunista ya se están renovando. La fórmula no tan secreta de Pequín para la renovación política puede recordar a las sugerencias realizadas por el asesor de Zhao Ziyang, Bao Tong. Es probable que en un futuro cercano el Partido relaje su control sobre la sociedad, permitiendo un diálogo más pluralista, aunque dejando claro que cualquier cambio debe producirse desde el seno del mandato unipartidista comunista.⁴⁹

Aunque estas futuras reformas puedan parecer casi insignificantes en comparación con la rápida democratización que ha tenido lugar en Europa Oriental y la antigua Unión Soviética, la mayoría de los chinos temen el caos que podría

acompañar a un cambio político demasiado rápido. China se siente mucho más atraída por los modelos de liberalización económica y política de su región, donde países asiáticos que comparten la cultura confucionista de China -Taiwán, Japón, Corea y Singapur- ofrecen ejemplos a seguir para el desarrollo de China.

TRAUMAS RECIENTES Y LA REFORMA POLITICA

La traumática historia reciente de China es otra razón que nos hace pensar que Pequín cambiará. La agitación de los últimos años del régimen de Mao, que culminó con la masiva destrucción social provocada por la Revolución Cultural, ha dejado una señal indeleble en los chinos. Todos los niveles de la sociedad china quedaron seriamente desilusionados con el Partido y su ideología. Esto motivó las reformas de Deng Xiaoping; Deng se dio cuenta de que en esta ocasión el partido tenía que conseguir mejorar el nivel de vida de los chinos.

Si se muestran igual de sensibles a las nuevas actitudes de los funcionarios de bajo rango y el pueblo llano, es muy posible que los sucesores de Deng aceleren el proceso de reforma política. La tortura; la detención de prisioneros sin notificar a sus familias; la aplicación extendida y algo arbitraria de la pena de muerte; la opresión gubernamental de tradiciones religiosas veneradas tanto por los han como por las minorías étnicas; la aplicación despiadada, inhumana e impune de las medidas de planificación familiar a manos de los funcionarios locales; la corrupción; el nepotismo; y las durísimas condiciones penitenciarias son todas prácticas que engendran una actitud cínica del pueblo hacia sus líderes, y que disminuyen el apoyo que éstos obtienen gracias a las mejoras económicas que han conseguido con sus programas. En parte por las nociones universales sobre la dignidad humana, en parte porque muchas de estas prácticas resultan ofensivas para unas normas de conducta que están muy arraigadas en China, y en parte porque el concepto occidental de los derechos humanos está influyendo en las ideas de los líderes y los sectores más influyentes de la sociedad, es probable que los sucesores de Deng se enfrenten a presiones y acicates cada vez mayores para disminuir los rasgos violentos y opresivos del mandato comunista.

Además, ya se están produciendo señales de que la próxima generación de mandatarios probablemente busque remedios institucionales contra la corrupción, el nepotismo y el tan extendido y arbitrario abuso de poder. Por supuesto, el problema fundamental es la ausencia de un sistema legal y de un poder judicial independiente y la existencia de un aparato de coerción -la policía y el ejército- que no está sometido a un control civil real. El ejército y la policía acatan las

órdenes de dirigentes individuales, pero no están sometidos a la disciplina de la ley. Esta situación no sólo facilita el abuso de poder, sino que impide el desarrollo de una economía de mercado predecible y correctamente regulada.

Según los planteamientos liberales chinos, internacionales y occidentales, la solución tiene que estar en la adopción de las siguientes medidas políticas: el desarrollo de un sistema legal y un poder judicial independiente; el fortalecimiento de los distintos cuerpos parlamentarios para que éstos puedan controlar el comportamiento de los burócratas; el incremento del control civil de la policía y los militares; y una mayor libertad para los medios de comunicación que permita que los periodistas de investigación denuncien los abusos de poder. Estas reformas no representan una imposición de nociones occidentales sobre los chinos. De hecho, durante la era de Deng se han adoptado medidas -algunas tímidamente, otras con gran resolución- en estos cuatro terrenos. Estas reformas institucionales son controvertidas y se enfrentan a poderosos intereses personales, pero también cuentan con importantes grupos de partidarios. Los debates han girado en torno a la mejor forma de llevar a cabo estas reformas políticas -en qué secuencia, a qué velocidad y a riesgo de qué.

IMPLICACIONES POLITICAS PARA LOS PAISES DE LA TRILATERAL

Habiendo reconocido la oportunidad de promover la reforma política en China, pero aceptando también que algunos de los métodos empleados actualmente por los países de la Trilateral para forzar este cambio son de una naturaleza poco constructiva, recomendamos tres direcciones políticas: (1) Los países de la Trilateral no deben establecer una relación estricta de dependencia entre la situación de los derechos humanos en China y sus propias políticas comerciales; el respeto de los derechos humanos no debe ser una condición previa para el mantenimiento o el incremento de las relaciones comerciales. (2) Los países de la Trilateral deben ayudar a China a llevar a cabo reformas a través de instituciones internacionales y organizaciones no gubernamentales. (3) La comunidad internacional debe presionar cuidadosamente al gobierno chino para que le preste más atención a las demandas de sus minorías étnicas.

Los derechos humanos y el comercio

Creemos que las mejoras en el campo de los derechos humanos no deben convertirse en un requisito previo para mantener o aumentar las relaciones comerciales normales con China. El requisito previo implicaría que los dos objetivos son

antitéticos, mientras que de hecho se apoyan mutuamente. Para incrementar el intercambio comercial es necesario desarrollar un sistema legal; el contacto con el mundo exterior despierta nuevas ansias de libertad. Las nuevas clases empresariales chinas resultarían dañadas por las restricciones exteriores sobre el comercio. Requisitos previos, como los exigidos por los Estados Unidos, fomentan el nacionalismo chino. E incluso si se cumplen estos requisitos previos, las medidas exigidas no cambiarían de forma esencial la situación de los derechos humanos en China. La solución a largo plazo, aceptada tanto por China como por los países de la Trilateral, está en el desarrollo institucional: fortalecer el sistema legal, ampliar las funciones de los parlamentos, incrementar la autoridad de las cortes de justicia, fortalecer el control civil sobre los militares y la policía y promover una prensa libre. En esto es en lo que deben hacer hincapié, en cooperación con los chinos, los países de la Trilateral.

Organizaciones internacionales y organizaciones no gubernamentales

Los Estados Unidos deberían abandonar el marco unilateral y adoptar vías multilaterales para abordar con China la cuestión de su buen gobierno. Esto permitirá que Pequín responda a las demandas internacionales, ya que los chinos no verán sus respuestas como una humillación ante otra potencia. Como ya hemos visto, China tiene sus propias razones para querer mejorar su contexto político, y está igualmente preocupada por la posibilidad de ser aislada internacionalmente por su política interior. Un enfoque multilateral coordinado podría obtener mayores éxitos que un enfoque unilateral.

El reconocimiento de que China encontrará su propio camino hacia la apertura política no la excusa de su obligación por garantizar el respeto de los derechos humanos reconocidos internacionalmente de acuerdo con la Declaración Universal de los Derechos Humanos promulgada en 1948 por las Naciones Unidas, además de otras declaraciones y documentos colaterales de amplia aceptación internacional. Nuestros países deben hacer hincapié en que la posición de China en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas conlleva responsabilidades además de recompensas. Hay que dejarle claro a China que si pretende ser una potencia mundial debe desarrollar un sistema legal legítimo e instituir derechos civiles dignos de una gran nación estable.

Claramente, el cambio de actitud de China respecto a la inspección de sus prisiones forma parte de su estrategia para mejorar su estatus internacional y la situación de los derechos humanos sin que parezca que ha cedido ante la presión

occidental. Al concederle el acceso a las prisiones chinas al comité internacional de la Cruz Roja, una organización no gubernamental internacional, China no se siente como si su soberanía estuviera siendo violada por otra nación. El hecho de que los informes de la Cruz Roja sean confidenciales, y sólo sean vistos en Pequín, también ayuda.⁵⁰ Aunque es posible que estas medidas de Pequín no sean más que nuevas jugadas cínicas para asegurarse la renovación de su estatus de nación más favorecida, no hay que olvidar que cuando China decidió dar un paso hacia delante en el campo de los derechos humanos, escogió para ello a una organización no gubernamental.

Derechos de las minorías

El trato dado a las minorías y al Tíbet debe formar parte de cualquier discusión sobre el buen y eficaz gobierno de China.⁵¹ Se trata de una cuestión que resulta sencilla y extremadamente compleja al mismo tiempo, y que no es fácil abordar en un espacio tan limitado. En pocas palabras, el gobierno han ha oprimido a las minorías étnicas de China. No se han respetado las tradiciones religiosas. Se han destruido herencias culturales. No se han desarrollado los talentos de los nativos para que puedan asumir responsabilidades cada vez mayores al frente de sus regiones. Hablando claro, estamos ante una injusticia a gran escala.

No obstante, en términos más complejos, las relaciones entre los chinos han y las minorías implican historias ambigüas, fronteras mal definidas y relaciones entre gentes de distintas civilizaciones con distintos oficios.

En el caso del Tíbet, por ejemplo, los líderes espirituales y políticos de la teocracia budista -el Dalai Lama y el Panchen Lama- disfrutaban históricamente de bastante autonomía dentro de su mal definido territorio. Desde su punto de vista, eran soberanos en sus dominios, pero también rendían pleitesía al lejano emperador chino. En varias ocasiones pidieron al emperador que enviara fuerzas para resolver disputas en el Tíbet. Durante la dinastía Qing (1644-1911), varios emperadores fueron adeptos del Dalai Lama, reconociendo así su autoridad espiritual. La Corte Imperial patrocinó templos budistas tibetanos. Pero, al mismo tiempo, los líderes de la teocracia tibetana residían junto a otros mandatarios centroasiáticos en Chengde(?), la residencia imperial de verano situada al norte de Pequín. Ahí, los tibetanos y otros mandatarios centro asiáticos participaban en los rituales que simbolizaban su subordinación al emperador chino. Así, durante varios siglos, la situación fue tremendamente ambigüa, y, por ello, la historia apoya tanto las demandas de aquellos que sostienen que el Tíbet era independiente como las de aquellos

que mantienen que era parte del imperio chino. La cuestión del Tíbet también resulta complicada a nivel territorial. En la región definida actualmente por el gobierno chino como el Tíbet, viven menos de dos millones de tibetanos. Sin embargo, unos nueve millones de tibetanos viven en un vasto territorio que incluye porciones importantes de las actuales provincias de Sichuan(?), Gansu(?) y Qinghai(?). Están esparcidos entre gente han, mongoles y varios pueblos islámicos, y de hecho son una minoría dentro de este gran territorio. Sin embargo, los que promueven la independencia del Tíbet también reclaman toda esta zona.

Los tibetanos son gente nómada de tierras altas que practica una forma muy rica y elaborada de budismo. Los chinos han son un pueblo sedentario de tierras bajas con distintas creencias religiosas. Al igual que ocurre trágicamente con muchos de los nómadas del mundo, los tibetanos han padecido grandes injusticias y su civilización ha sido destruida. La situación ha empeorado aún más por varios factores, incluyendo la importancia geoestratégica del Tíbet para Pequín y la reciente inmigración a gran escala de chinos han al Tíbet; y los consiguientes problemas sociales. Los intentos chinos por establecer una esfera autónoma de responsabilidades para los tibetanos se han enmarañado ante las distintas visiones de lo que corresponde al ámbito religioso, y por tanto a la jurisdicción minoritaria, y lo que es secular, y por tanto está sujeto a la dirección del gobierno central.

Al abordar la cuestión de los tibetanos y de otros grupos minoritarios en Xinjiang, los países de la Trilateral deben tener en cuenta su complejidad. Deben estimular la consecución de mejoras dramáticas en el control chino del Tíbet y otros lugares, y deben apoyar las negociaciones entre el Dalai Lama y las autoridades de Pequín. Los países de la Trilateral deben estar preparados para ampliar la asistencia de desarrollo a los gobiernos provinciales y a los residentes del Tíbet a través de instituciones internacionales como el Banco Mundial y el Banco de Desarrollo Asiático, para mejorar la calidad de la educación, los hospitales, la agricultura y el pastoreo, etc... Pero no deben hacer creer a estas minorías que les concederán su apoyo incondicional si no están preparados para hacerlo realmente.

IX. RESUMEN DE RECOMENDACIONES POLITICAS

VISION GENERAL

La comunidad internacional se enfrenta a un gran desafío. Su reacción ante la emergencia de China como una potencia mundial demostrará si la comunidad internacional es capaz o no de cooperar multilateralmente con éxito. Los países de la Trilateral deben comprometer a China en vez de intentar contenerla. La mejor forma de hacer esto es cooperando de forma multilateral. Tanto China como los países de la Trilateral deben trabajar juntos para lograr que el crecimiento chino sea sostenible, y no se desorbita. Tienen que cooperar para construir instituciones, tanto en China como a nivel regional e internacional, que puedan canalizar el crecimiento chino y resolver las diferencias que pueda provocar. Pero los países de la Trilateral también tienen que saber que es posible que esta estrategia de cooperación no obtenga la respuesta constructiva que se espera de China. No obstante, el respeto de China se debe a la fuerza y la prosperidad de los países de la Trilateral, y no a sus debilidades. La política de Occidente y Japón respecto a China también debe basarse en consideraciones tan clásicas como el equilibrio de poder, el realismo y la defensa de los intereses de la Trilateral.

Nuestras recomendaciones abarcan los niveles internacional, regional y subregional. La comunidad internacional debe cimentar su política en los marcos de integración que ya existen en Asia, como la APEC y el foro regional de la ASEAN, que intensifican la interdependencia regional de China sin levantar barreras contra los extranjeros. Resulta crucial que China establezca lazos firmes y duraderos con el resto de Asia, asegurando así un entorno de estabilidad y prosperidad para toda la región.

Las organizaciones regionales de carácter multilateral pueden contribuir de forma significativa a la integración mundial. La APEC siempre ha abogado por que se concluyera con éxito la Ronda de Uruguay, y ha adoptado medidas para la liberalización del mercado encaminadas a espolear las negociaciones del GATT. Las organizaciones regionales también pueden ofrecer modelos útiles para organizaciones mayores de carácter internacional: los métodos seguidos para lograr la asociación de las tres partes de China en la APEC se podrían extrapolar al caso del GATT.

Para la política que recomendamos respecto a China es necesario comprometer a su gobierno en la resolución de problemas regionales e internacionales de distinta índole: integración económica, asuntos de seguridad, problemas

mundiales y estándares internacionales de respeto de los derechos humanos. En la esfera económica, la prioridad más inmediata consiste en incorporar a China a la Organización Mundial de Comercio. La combinación entre el impacto cada vez mayor que China tiene sobre la economía mundial y la naturaleza insuficientemente regulada de su crecimiento económico podría desestabilizar la economía internacional. China tiene que ser incorporada al control de la OMC, que, además de asegurarse de que China cumpla las normas internacionales de comercio e inversión, puede ayudar a los chinos a forjar las instituciones necesarias para controlar su crecimiento.

También es muy importante fijar la posición de China dentro del marco de seguridad internacional y regional. Sin un contexto estable en el ámbito de la seguridad, el crecimiento de China y sus relaciones con sus socios económicos no podrán ser sanos. El tercer campo, el de los problemas de índole mundial, es igualmente importante, ya que no tiene sentido debatir el futuro del mundo si la comunidad internacional no puede cooperar para reducir las probabilidades de que éste sea destruido. Es absolutamente necesario que China coopere con sus vecinos y sus socios internacionales para mejorar las prácticas medioambientales y las políticas de población, para controlar el comercio de armas de destrucción masiva y para luchar contra el narcotráfico. El futuro de Hong Kong y Taiwán son una cuarta preocupación. El quinto punto, el buen gobierno, requiere mucha sensibilidad y grandes dosis de imaginación por parte de los países de la Trilateral y de China. Aunque China puede tener razones justificadas para pensar que ha sido aislada injustamente en el comercio de armas, también resulta razonable que se le exija que aborde la cuestión de su reforma política. La liberalización económica provoca presiones para que se lleve a cabo la apertura política, y por su propio bien, China debe progresar en ambos aspectos. Los países de la Trilateral deben apoyar generosamente a China en sus esfuerzos por edificar el amplio espectro de instituciones que contribuirían a su buen y eficaz gobierno.

INTEGRACION ECONOMICA

1. Animar a China a que se incorpore lo más antes posible al GATT/OMG aceptando su reglamento

Para los países de la Trilateral es muy importante conseguir que China se comprometa a acatar las normas y la disciplina del GATT, y se incorpore lo antes posible al GATT o a su sucesora, la Organización Mundial de Comercio (OMC). La asociación de China resulta crucial para su integración real a

la economía mundial y para garantizar la correcta adopción de nuevas reformas comerciales en China. Entre los dos enfoques básicos que existen para abordar la cuestión de la incorporación de China, nosotros abogamos por insistir en que China se comprometa firmemente a adoptar las medidas necesarias para alcanzar los estándares del GATT/OMC. Para los países de la Trilateral, el valor de tener a China en el GATT/OMC estriba precisamente en poder asegurar su adhesión a los principios y la disciplina del GATT, lo cual también sería muy beneficioso para la propia economía china.

2. Trabajar con la APEC

Los países de la Trilateral deben colaborar en los mecanismos de integración de la APEC para promover una mayor integración a nivel regional. El dinamismo y la creciente interdependencia de la región Asia-Pacífico convierten a la APEC en el vehículo natural para fomentar la integración económica de China. Las economías integradas en la APEC deben favorecer la consecución de acuerdos como el del marco de comercio e inversión de noviembre de 1993, que, a pesar de no ser vinculante, ha resultado muy beneficioso para la liberalización económica regional. La APEC debe emplearse como una herramienta para la integración económica global. El acuerdo alcanzado para la asociación de las tres partes de China puede servir como modelo para agrupaciones comerciales multilaterales de mayor envergadura.

3. Una dependencia no demasiado férrea entre los lazos económicos y la reforma política

Ya que las reformas políticas contribuirán a la estabilidad de China a largo plazo y, además de mejorar la situación de los derechos humanos, harán que China resulte más atractiva como socio económico, pensamos que lo apropiado es establecer una relación no demasiado férrea entre la reforma política de China y el número cada vez mayor de lazos económicos que tiene con los países de la Trilateral. Respecto a la renovación de su tratamiento de nación más favorecida en los Estados Unidos, recomendamos que ésta se produzca por un año ante la expectativa de que China siga progresando en el respeto de los derechos humanos aceptados internacionalmente. Con el tiempo, esperamos que los Estados Unidos puedan seguir concediéndole el trato de nación más favorecida sin tener que realizar revisiones anuales.

4. Realizar inversiones a largo plazo

Los países de la Trilateral deben colaborar con China para conseguir un crecimiento económico más sostenible a largo

plazo, en vez de explotar la prosperidad a corto plazo. Asegurarse de que China siga creciendo y prosperando resulta beneficioso para todos. Para conseguirlo, los países de la Trilateral deben ayudar a China a forjar instituciones y mecanismos de regulación que aseguren el futuro de las reformas mercantiles y la liberalización económica.

CREAR UN NUEVO CONTEXTO DE SEGURIDAD

El gran objetivo a la hora de adaptarse a la nueva China en el ámbito de la seguridad consiste en intentar comprometerla con los intereses mundiales, en vez de intentar contenerla. Los países de la Trilateral deben ver a China como a un socio potencialmente fructífero en el campo de la seguridad, en vez de como una amenaza inminente para ésta. En este campo, la cooperación multilateral resulta crucial. Para lograr este objetivo, recomendamos:

1. Una mayor transparencia

En la actualidad, la estrategia china de defensa es una de las más opacas del mundo. China ayudaría mucho a la mejora del estado de la seguridad a nivel regional y mundial si diera a conocer claramente sus prioridades de seguridad nacional. La publicación anual de un "libro blanco" trazando las líneas generales de su política de defensa sería un gran paso hacia delante para mitigar los temores cada vez más extendidos en la región.

2. Fomentar los grupos regionales y subregionales de seguridad

Las nuevas organizaciones regionales de seguridad, como el foro regional de la ASEAN, y las agrupaciones subregionales, como el posible marco para convertir Corea en una zona no-nuclear, podrían ayudar mucho a mejorar la situación de seguridad de la zona. Los países de la Trilateral deben fomentar el crecimiento de estas agrupaciones, además de promover el desarrollo gradual de "medidas para aumentar la confianza" que fortalezcan las relaciones regionales.

3. Formar un "grupo de hombres sabios"(?) para abordar el problema del mar de la China Meridional.

Para alcanzar una solución fructífera al conflicto del mar de la China Meridional, se debe abrir un proceso de mediación encabezado por los miembros de la ASEAN que no estén involucrados directamente en el conflicto, como por ejemplo Indonesia, Singapur y Tailandia. Los países de la Trilateral deben apoyar la formación y la labor de un "grupo de hombres sabios" formado por representantes de estos tres países que se encargue de llevar a cabo este esfuerzo conciliador.

4. Centrarse en la no-proliferación

Los países de la Trilateral deben conseguir que China participe en un dialogo constructivo sobre el recorte del comercio de armas de destrucción masiva. Se debe alentar a China a que se adhiera a las leyes internacionales de control de la proliferación, como el Tratado de No-Proliferación Nuclear (NPT?) y el Régimen de Control de Tecnología de Misiles(?) (MTCR?). Al mismo tiempo, los países de la Trilateral tienen que dejar bien claro que ellos también se someterán a estas normativas, y que en ningún caso pretenden dejar a China fuera del mercado de armas. Los países de la Trilateral deben admitir que la incorporación de China al marco reglamentario del NPT(?) y el MTCR(?) aumentaría significativamente las posibilidades de que Pequín se adhiera a las medidas acordadas en estas instituciones.

5. Fomentar el comportamiento militar responsable

Aunque hacía ya mucho tiempo que la fuerza militar china necesitaba acometer un programa de renovación, el rápido incremento del presupuesto de defensa y el aumento de sus exportaciones de armas resultan preocupantes. Además del diálogo con China para desalentar el desarrollo de su capacidad de despliegue de fuerzas, los países de la Trilateral deben apoyar estas conversaciones con programas de cooperación condicionados a un comportamiento militar responsable. Entre otros criterios, las ayudas deben tener en cuenta la actividad y los gastos militares. Después de todo, los gastos militares reducen las cantidades disponibles para el desarrollo económico. Se deben explorar las maneras en las que la ayuda exterior puede dirigir el desarrollo de la defensa china en la dirección adecuada.

6. Evitar acciones provocativas hacia China

Al alentar a China a cumplir las normas de no-proliferación y adoptar una postura de no-agresión, los países de la Trilateral deben evitar toda acción que pueda parecer amenazadora. Obviamente, los países de la Trilateral deben evitar venderle armas a Taiwán que aumentarían su capacidad de despliegue de fuerzas. A ojos de China, este tipo de acciones son agresivas, por lo que las aprovecha para justificar su venta de armas a otras regiones inestables.

7. Mantener el tratado de seguridad entre los Estados Unidos y Japón

El tratado de seguridad entre los Estados Unidos y Japón es crucial para mantener un entorno de seguridad saludable en la

región. Le pedimos a los Estados Unidos que mantengan desplegada una importante presencia militar en la región. La situación de China no debe debilitar la relación entre los Estados Unidos y Japón. Le advertimos a todas las naciones, China incluida, que no vuelvan a jugar a realpolitik, a antiguos juegos de "batallitas" ("THREE KINGDOMS(?)"). Sin duda, este tipo de actividades desestabilizarían la región, y podrían provocar más violencia y desbaratar la creciente prosperidad que ha disfrutado la región durante las últimas décadas.

8. El papel de Europa

En muchos sentidos, los países activos de Europa pueden hacerle entender mejor a China los rasgos fundamentales de los intereses internacionales que los Estados Unidos o Japón, cuya relación con China a nivel de seguridad es mucho más inmediata. El papel de Europa también se vería fortalecido si los miembros de la Unión Europea se expresaran con una voz única. Es hora de moverse hacia delante en ambos sentidos, dentro del marco de una política común exterior y de seguridad. Hasta el momento, los Estados miembros han adoptado "estrategias divergentes basadas únicamente en la conveniencia... China está teniendo que tratar con posturas nacionales en vez de con una postura comunitaria, algo que sólo aumenta la dificultad de dibujar y llevar a cabo una política comunitaria".⁵²

9. Fomentar los contactos entre militares

Para mejorar la comunicación y la confianza entre China y otras potencias militares, los países de la Trilateral deben fomentar los contactos directos entre militares de todos los rangos de las distintas naciones. Se deberían doblar los esfuerzos para incluir a China en las operaciones de paz que se llevan a cabo tanto a nivel regional como mundial, y se deberían seguir estudiando las posibles maneras de realizar operaciones militares conjuntas.

PROBLEMAS DE ÍNDOLE MUNDIAL

Para intentar resolver estos problemas de índole mundial, las medidas internacionales tienen que ser multilaterales por definición. Los problemas que analizaremos a continuación deben ser abordados adoptando medidas multilaterales altamente coordinadas. Al abordar estos problemas resulta especialmente importante que China participe como un socio, y no como un receptor de órdenes. Si China y los países de la Trilateral logran cooperar con éxito no sólo podrían resolver algunos de los problemas más acuciantes de nuestro mundo, sino que

también sentarían un precedente de gran valor para aumentar la confianza entre China y las otras potencias mundiales. Para todo ello, recomendamos las siguientes medidas:

1. Centrarse en la no-proliferación

La proliferación de armas de destrucción masiva es una de las mayores amenazas de nuestra era, y la participación activa de China en la campaña contra la proliferación resulta crucial. China debe adherirse a la moratoria sobre las pruebas nucleares. Es muy importante dejar claro que las leyes y los reglamentos internacionales afectan de igual forma a todos los países, y que en ningún caso se pretende apartar a China injustamente de sus actividades en el comercio de armas.

2. Emplear la ayuda exterior para guiar el comportamiento de China

Los países de la Trilateral deben considerar la posibilidad de aprovechar el peso de la ayuda exterior para fomentar determinados comportamientos y desalentar otras actividades. Se deberían aumentar las ayudas destinadas a proyectos de limpieza medioambiental o a la adquisición de tecnologías que no sean perjudiciales para el medio ambiente. Asimismo, los países de la Trilateral deben considerar la posibilidad de que la concesión de algunas ayudas dependa de un mejor comportamiento en determinadas áreas, como el medioambiente y los gastos militares. No recomendamos que se establezca una dependencia inmediata e inflexible entre la concesión de ayudas y determinados comportamientos, sino algún tipo de relación flexible.

3. Promover los intercambios entre gobiernos

Los programas bilaterales y multilaterales de intercambio destinados a mejorar la comprensión china de determinadas tecnologías podrían mejorar mucho la predisposición china a cooperar en los acuerdos mundiales. En concreto, se puede contribuir significativamente a los esfuerzos chinos por mejorar sus prácticas medioambientales invitando a los especialistas chinos a que vean como se han resuelto determinados problemas de vertidos industriales y contaminación atmosférica en los países de la Trilateral. Además, este tipo de intercambios pueden crear partidarios del cambio dentro del propio gobierno chino. En concreto, si se establecen programas de intercambio a través de organizaciones internacionales (como las Naciones Unidas o el IAEA(?)), Pequín se sentirá más cómodo con la acción multilateral y con las propias organizaciones. Involucrando a los participantes chinos más profundamente en las actividades de las Naciones

Unidas, los países de la Trilateral pueden contribuir a crear una nueva generación de líderes chinos con una perspectiva mucho más internacional.

HONG KONG Y Taiwán

Dentro del marco de "una única política respecto a China", los países de la Trilateral deben concederle a Taiwán un estatus digno de sus logros económicos y políticos. Esto implica que la admisión de Taiwán al GATT no debe depender de las negociaciones con la República Popular, sino tan sólo de sus propios méritos. Los países de la Trilateral tienen la obligación de contribuir a garantizar que el pueblo de Taiwán siga disfrutando de un futuro prospero y pacífico bajo un gobierno democrático.

El destino de Hong Kong después del 1 de enero de 1997 no dejará en absoluto de preocupar e interesar a los países de la Trilateral, que tienen buenas razones para esperar que China cumpla sus compromisos respecto al gobierno de Hong Kong como un área separada y realmente autónoma. Una vez desarrollada una estrategia común, los países de la Trilateral deben advertirle con tacto a Pequín que sus relaciones con el mundo exterior se verían muy perjudicadas si no cumpliera sus compromisos hacia Hong Kong.

EL BUEN GOBIERNO

Los países de la Trilateral tienen un interés legítimo por que China establezca un sistema político más abierto que garantice un gobierno más responsable y responsivo, que no estaría completo sin un estado de derecho (THE RULE OF LAW AND DUE PROCESS(?)). También es necesario que se produzca un esfuerzo concertado por parte de los países de la Trilateral para abordar las cuestiones relacionadas con el respeto de los derechos humanos en China con mayor sensibilidad y respeto hacia los valores y la cultura de este país. Tenemos varias sugerencias para lograr estos objetivos:

1. Enfoques multilaterales además de bilaterales

Los países de la Trilateral deben cooperar con China en este ámbito de forma multilateral y bilateral. Si se abordan con vigor, los enfoques multilaterales tienen más probabilidades de ser fructíferos que los bilaterales. China desea obtener el respeto de la comunidad internacional y un estatus internacional. Si los países de la Trilateral expresan claramente con una sola voz que China tiene que comportarse como una nación avanzada para ser tratada como tal, China quizás se muestre dispuesta a mejorar su comportamiento. Las medidas acordadas por las naciones del G-7 durante la cumbre

de Houston de 1990 son un ejemplo de la eficacia de este enfoque. También se deben considerar otras medidas multilaterales, como la de condicionar las ayudas exteriores al respeto de los derechos humanos.

2. Trabajar a través de organizaciones internacionales y no gubernamentales

Los países de la Trilateral deben seguir confiando en la información recogida por las organizaciones internacionales y las organizaciones no gubernamentales, y animarlas a que continúen su trabajo. Se puede hacer mucho para promover la liberalización política a través de estos grupos. Los países de la Trilateral deben dejar claro que en su calidad de miembro permanente del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, con la responsabilidad explícita de hacer respetar los principios de las Naciones Unidas, los patrones actuales del gobierno chino dejan mucho que desear.

3. Participar en el desarrollo institucional

Los países de la Trilateral deben aunar esfuerzos con los chinos, mediante vías tanto bilaterales como multilaterales, para promover las instituciones que contribuyen a un buen y eficaz gobierno: un sistema legal, un poder judicial independiente, fuerzas policiales y militares controladas por la ley, una prensa libre y cuerpos parlamentarios más eficaces. Además de facilitar la cooperación china con los países de la Trilateral, estas instituciones son necesarias para garantizar el respeto de los derechos humanos más básicos y para acabar con los abusos de poder.

4. Emprender intercambios culturales y de aprendizaje

La falta de comprensión entre China y los países de la Trilateral sigue siendo importante. Los países de la Trilateral deben contribuir a mejorar la comprensión mutua promoviendo la implantación de estudios sobre China en las universidades, fomentando las ciencias sociales y las humanidades en las universidades chinas, animando al gobierno chino a que permita que los periodistas extranjeros puedan reflejar con exactitud el desarrollo de los acontecimientos en China, aumentando los intercambios culturales, subvencionando el entrenamiento de profesionales chinos en países de la Trilateral y animando al gobierno chino a hacer todo lo necesario para animar a estos chinos a volver a su país y contribuir a su desarrollo.

Incluso si todas y cada una de nuestras recomendaciones fueran seguidas al pie de la letra, seguiría siendo imposible asegurar nada sobre el futuro de China. Porque, más que en ninguna otra, hay que evitar caer en la tentación de creer que es posible determinar el futuro de China desde el exterior. China es milenaria, inmensa y siempre impredecible. Durante la última década ha experimentado un inmenso auge, un éxito mayor del que nadie podía sospechar. Tiene inmensos recursos para aprovechar, y ya ha establecido lazos fructíferos con el mundo exterior. Se habla poco del retorno de China a su pasado, ya que resulta casi imposible. Pero eso no implica que exista ninguna certeza sobre su futuro.

Los países de la Trilateral deben aproximarse a China con un optimismo cauto, y tienen que estar absolutamente dispuestos a enfrentarse con lo inesperado. A China no le causa ningún remordimiento romper la ortodoxia académica destinada a delinear su comportamiento. China cambia tan rápido, que los países de la Trilateral necesitan ser pragmáticos y muy realistas, en vez de adoptar formulas que pronto quedan desfasadas.

Al tiempo que reconocen que no existe ninguna certeza sobre lo que pueda brindar el futuro de China, los países de la Trilateral tienen que darse cuenta de que sus acciones sí afectan a China. Tanto por la cada vez mayor interdependencia de la economía mundial, como por lo sensible que se muestra China a la opinión internacional, lo que haga la Trilateral puede tener una influencia crítica sobre los cálculos y el comportamiento de China. Los países de la Trilateral tienen que tener cuidado de actuar de forma coordinada, entre sí y con China. Nuestras llamadas a la acción multilateral se hacen eco de la necesidad de incorporar a China al orden internacional, en vez de "apandillarse" contra ella. Al lograr ahora el compromiso de China, y colaborar con ella para encaminar su crecimiento en una dirección sostenible y pacífica, los países de la Trilateral quizá no tengan que enfrentarse con ella en el futuro.

1. Véase el Anexo IV del *World Economic Outlook May 1993*, FMI, Washington 1993, págs. 116-19.

2. Véase "Table 5. Commercial energy" en *World Development Report 1993*, Banco Mundial, Washington 1993, págs. 246-7. Una columna de esta tabla indica el consumo de energía per cápita (en kilogramos equivalentes de petróleo) durante 1991. Con 602, China está muy por debajo de todos los países de la Trilateral en términos per cápita (Portugal es el más bajo, con 1.584, y Canadá el más alto con 9.390), pero cuando se multiplica por la población, el consumo total de China es mayor que el de cualquier país de la Trilateral excepto los Estados Unidos. Con 692.300 millones de kilogramos equivalentes de petróleo (602 multiplicado por 1.150 millones de habitantes en 1991), China supera ampliamente los 440.448 millones de Japón (3.552 multiplicado por 124 millones de habitantes en 1991).

3. John King Fairbank, *China: A New History*, Harvard University Press, Cambridge 1992. Véase también Charles O. Hucker, *China's Imperial Past: An Introduction to Chinese History and Culture*, Stanford University Press, Stanford 1975; y Jonathan D. Spence, *The Search for Modern China*, Norton, Nueva York 1990.

4. John King Fairbank, ed., *The Chinese World Order: Traditional China's Foreign Relations*, Harvard University Press, Cambridge 1968.

5. William T. Rowe, *Hankow: Commerce and Society in a Chinese City 1796-1889*, Stanford University Press, Stanford 1984; y William T. Rowe, *Hankow: Conflict and Community in a Chinese City 1796-1889*, Stanford University Press, Stanford 1989.

6. Este tema está especialmente bien desarrollado en Mark Mancall, *China at the Center: 300 Years of Foreign Policy*, Free Press, Nueva York 1984.

7. Este apartado recurre repetidamente a Albert Feuerwerker, *The Foreign Establishment in China in the Early Twentieth*

Century, University of Michigan Center for Chinese Studies, Ann Arbor 1976.

8. Merle Goldman, ed., con Timothy Cheek, *China's Intellectuals and the State: In Search of a New Relationship*, Harvard University Press, Cambridge 1987.

9. G. William Skinner, "The Structure of Chinese History", *Journal of Asian Studies*, 44:2 (Febrero de 1985), págs. 271-92.

10. Nicholas Lardy, *Foreign Trade and Economic Reform in China 1978-90*, Cambridge University Press, Cambridge 1992.

11. Vaclav Smil, *China's Environmental Crisis: An Inquiry into the Limits of National Development*, M. E. Sharpe, Armonk (Nueva York) 1993.

12. Elizabeth Jean Perry, *Shanghai on Strike: The Politics of Chinese Labor*, Stanford University Press, Stanford 1993; y Elizabeth Jean Perry, ed., con Jeffrey Wasserstrom, *Popular Protest and Political Culture in Modern China: Learning from 1989*, Westview, Boulder 1992.

13. Michael D. Swaine, "The Military and Political Succession in China: Leadership, Institutions, Beliefs", RAND Report R-4252-AF, RAND Corporation, Santa Mónica 1992.

14. Perry Link, *Evening Chats in Beijing: Probing China's Predicament*, Norton, Nueva York 1992; Joseph Fewsmith, *Dilemmas of Reform in China: Political Conflict and Economic Debate*, M. E. Sharpe, Armonk (Nueva York) 1994; y Robert C. Hsu, *Economic Theories in China, 1979-88*, Cambridge University Press, Cambridge 1991.

15. Harry Harding, "The Concept of 'Greater China': Themes, Variations and Reservations", *China Quarterly* 136 (Diciembre de 1993), págs. 660-86; y David Michael Lampton, "The Emergence of 'Greater China'", *China Quarterly* 136 (Diciembre de 1993), págs. 653-9.

16. Tu Wei-ming, "Cultural China: The Periphery at the Center", *Daedalus* 120:2 (Primavera de 1991), págs. 1-32; y Tu Wei-ming, "Cultural Perspectives", *Daedalus* 122:2 (Primavera de 1993), págs. vii-xxiii.

17. Murray Harding, "Greater China: A New Economic Colossus?", *The Washington Quarterly* (Otoño de 1993), pág. 3.
18. Si no se indica lo contrario, la mayoría de las cifras incluidas en este párrafo proceden de la Oficina para China, Hong Kong y Mongolia del Departamento de Comercio de los Estados Unidos.
19. S. Gordon Redding, *The Spirit of Chinese Capitalism*, Walter de Gruyter, Berlín 1993.
20. Simon Holberton, "Hong Kong/Taiwan: Challenges Ahead", *Financial Times*, 18 de noviembre de 1993, pág. 8.
21. Ibid.
22. Barber B. Conable, Jr., y David M. Lampton, "China: The Coming Power", *Foreign Affairs* 71:5 (Invierno de 1992/3), pág. 140.
23. Ibid., pág. 39.
24. Nicholas R. Lardy, China in the World Economy (Washington: Institute for International Economics, 1994). Los autores se han basado en el libro de Lardy para distintas cuestiones abordadas en este capítulo.
25. Roderick MacFarquhar, ed., The Politics of China 1949-1989 (Cambridge: Cambridge University Press, 1992).
26. Harry Harding, China's Second Revolution (Washington, DC: Brookings Institution, 1987); Susan Shirk, The Political Logic of Economic Reform in China (Berkeley: University of California Press, 1993); y Michel Oksenberg con Bruce Dickson, "The Origins, Processes and Outcomes of Great Political Reform: A Framework of Analysis", en Dankwart A. Rustow y Kenneth Paul Erickson, eds., Comparative Political Dynamics: Global Research Perspectives (Nueva York: Harper Collins, 1991).
27. Tony Walker, "Long Leash for a Runaway Economy", Financial Times, 2 de febrero de 1994, pág.19.
28. Daniel Sutherland, "Western Firms Accuse China of Gouging Foreigners", Washington Post, 8 de febrero de 1994, pág. A12.

29. La APEC(?) le ha negado a la Unión Europea el estatus de observador. La participación de observadores de fuera de la región Asia-Pacífico -quizá de alguna organización mundial de índole económica-, podría ayudar a convencer al resto del mundo de que la APEC(?) realmente está persiguiendo su objetivo de apoyar la liberalización a nivel mundial.

30. Fereidun Fesharaki, "Asia's Thirst for Middle East Oil" (Informe presentado en la Segunda Conferencia del Petróleo y el Gas en Oriente Medio, 16-18 de enero de 1994), pág. 5.

31. "China Protests US Trade Sanctions", *New York Times*, 28 de agosto de 1993. El comentario le fue realizado al embajador de los Estados Unidos, J. Stapleton Roy, por el viceministro chino de Asuntos Exteriores, Liu Huaqiu.

32. "Biodiversity Treaty to Take Effect Dec. 29, UNEP Executive Director Says", *BNA Daily Report for Executives*, 5 de octubre de 1993, pág. A191.

33. "China, World Bank Sign Agreement to Phase Out Ozone Depleters", *Ozone Depletion Network Online Today*, 2 de diciembre de 1993; y Bronwen Maddox y Tony Walker, "UK and China join ban on dumping nuclear waste at sea", *Financial Times*, 19 de febrero de 1994, pág. 1.

34. "Producers, Consumers of Tropical Woods Reach New International Accord on Trade", *BNA International Environment Daily*, 3 de febrero de 1994.

35. Michel Oksenberg, "China and the Japanese-American Alliance", en Gerald L. Curtis, ed., *The United States, Japan and Asia: Challenges for the U.S. Policy*, Norton, Nueva York 1994 (de próxima aparición).

36. Nicholas D. Kristof, "The Rise of China", *Foreign Affairs* 72:5 (Noviembre/Diciembre de 1993), pág. 66.

37. World Development Report 1993, World Bank, Washington 1993), págs. 90-1 y 216-9.

38. "China, Japan Agree to Sign Bilateral Environment Protection Treaty", *BNA International Environment Daily*, 20 de diciembre de 1993.

39. Philip Boffey, "China and Global Warming", New York Times, 8 de diciembre de 1993, pág. A24.
40. "Pollution: It Will Get Worse", Financial Times, 18 de noviembre de 1993, pág. xi.
41. China es la única zona con un indicador del SIDA del 0,0 en las dos detalladas tablas correspondientes a 1990 que se incluyen el World Development Report 1993 del Banco Mundial. Véanse las tablas B.2 y B.3 en las páginas 216 y 218.
42. Según las peores hipótesis barajadas por el Banco Mundial, a partir del año 2.000 cada año serán infectadas por el virus del SIDA casi cuatro millones más de personas en toda Asia. Según las mejores hipótesis las nuevas infecciones anuales seguirían ascendiendo a bastante más de un millón por año, partiendo de 250.000 en 1990. Véase la página 101 del World Development Report 1993.
43. Ibid., pág. 288.
44. Melissa Healy, "Clinton Unveils First Phase of Fast Action Global Warming Plan" Los Angeles Times, 20 de octubre de 1993, pág. A5.
45. Anthony Rowley, "Japan set to be world's largest aid donor for next five years", Business Times, 19 de junio de 1993, pág. 15.
46. "China CO² Report: Use Less Coal Fuel, Boost Plant Efficiency to Clean Air", Utility Environment Report, 21 de enero de 1994, pág. 11.
47. Donald J. Munro, The Concept of Man in Contemporary China (Ann Arbor: University of Michigan Press, 1977).
48. William Theodore de Bary, The Liberal Tradition in China (Hong Kong: Chinese University Press, 1983).
49. A. Doak Barnett, China's Far West (Boulder: Westview Press, 1993), págs. 642-52. Esta sección describe la entrevista que el Dr. Barnett mantuvo con Bao Tong.
50. Lena Sun, "China Says it May Allow Red Cross to Inspect Conditions in Its Prisons", Washington Post, 10 de noviembre de 1993.

51. Para más información sobre el Tíbet, véase Tibet: Issues for Americans, National Committee on U.S.-China Relations Policy Series, Número 4 (Nueva York: NCUSCR, abril de 1992); Joseph Fletcher, "Tibet", en John King Fairbank, ed., con Denis Twitchett, The Cambridge History of China (Cambridge: Cambridge University Press, 1978), vol.10, págs. 90-106; John F. Avedon, In Exile from the Land of Snows (Londres: Michael Joseph, 1984); y Melvyn Goldstein, History of Modern Tibet 1913-1951: The Demise of the Lamaist State (Berkeley: University of California Press, 1989).

52. Informe del Parlamento Europeo sobre las relaciones entre la Unión Europea y la República Popular de China, 7 de enero de 1994.